

BRIAN FREEMAN

LA HUELLA

DEL MAL



Lectulandia

El detective Jonathan Stride regresa con *La huella del mal*, una novela corta —ambientada justo antes de *Sin memoria*— que sus fans no pueden perderse.

Jonathan Stride llega, casi por casualidad, al pueblo donde reposan los restos de su madre. Mientras está ante su tumba, descubre un sepulcro saqueado en el que alguien ha escrito una sola palabra: «Diablo». Stride tenía pensado seguir su camino en pocas horas, pero un suicidio inesperado, una viuda dispuesta a cualquier cosa y un misterio por resolver son todo lo que necesita el policía para quedarse una temporada en un lugar cada vez más amenazador.

Lectulandia

Brian Freeman

La huella del mal

Jonathan Stride 5.6

ePub r1.0

Titivillus 16.01.16

Título original: *Turn to Stone*
Brian Freeman, 2013
Traducción: Begoña Prat Rojo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Marcia

PRIMERA PARTE

1

Jonathan Stride contempló cómo la nieve cubría el cementerio. La tormenta asolaba las tumbas y depositaba una sábana blanca como el hueso sobre la hierba dormida, amortiguando cualquier sonido. En la oscuridad, con la ayuda de una linterna, Stride guió sus pasos a través del pequeño cementerio rural escondido entre los rastrojos de los campos de maíz invernales, pero no recordaba con exactitud adónde se dirigía. Sólo había estado allí una vez.

¿Cuándo había sido? Debía de hacer veinte años, cuando aún era un hombre joven. Su esposa Cindy y él habían peregrinado hasta el cementerio para visitar a la madre de Stride después de que colocaran la lápida.

El haz de luz de la linterna iluminaba las tumbas, vestigios del Wisconsin rural que se remontaban a más de un siglo atrás. Un moho amarillento tapizaba las lápidas más antiguas y cubría los nombres. Vio epitafios escritos en alemán, reminiscencias de la herencia étnica de la zona. *Der Herr ist unser Hirte; uns wird nichts mangeln*^[1]. La mayoría de las lápidas eran modestas; otras, enormes, hacían ostentación irónica acerca de la importancia de las personas allí enterradas.

Irónica porque, ¿quién las recordaba?

Stride distinguió los toscos bordes de granito. Mármol gris, marrón y rosado. Algunas flores mustias, depositadas por los visitantes de unos meses atrás, antes de que llegara el invierno, salpicaban la hierba. El suelo estaba alfombrado de hojas húmedas. Según el calendario estaban en primavera, pero aquella noche glacial de abril era tan fría como una de enero. Una ráfaga de aire serpenteó por el cementerio. Stride oyó tañer débilmente una campana, leve como campanillas de viento. La linterna iluminó un corazón de hierro forjado colocado sobre una lápida, con una campana oxidada colgada en el centro.

«No preguntes por quién doblan las campanas; aquí no», pensó.

En realidad, no estaba seguro de por qué se hallaba en aquel lugar. Le quedaba un largo trayecto en coche hasta llegar a su casa de Duluth. El juicio federal por el caso de drogas en el que había testificado en Milwaukee había terminado de forma inesperada con un acuerdo entre ambas partes, y él había enfilado el camino de vuelta a casa antes de lo previsto. Ni siquiera se había parado a pensar que el regreso, siguiendo la ruta septentrional y evitando la carretera en obras, lo llevaría a pasar junto al pueblo ribereño de Shawano, en la autopista 29.

Ni siquiera al ver el nombre de la localidad en los carteles de la autopista se había planteado detenerse. Y de repente, allí estaba. Nevaba, en la resbaladiza carretera no había tráfico y, aunque lo único que Stride quería era seguir conduciendo, sus manos giraron el volante del Expedition en la salida hacia Shawano. Cruzó el río Wolf y condujo por la calle principal del tranquilo pueblo, que parecía una estampa navideña bajo la tormenta. Pocas cosas habían cambiado en las dos últimas décadas. Los

pueblecitos del Medio Oeste permanecían congelados en el tiempo.

Recordó que la iglesia de St. Jakobi se hallaba al norte de la población, en una carretera rural solitaria que discurría entre granjas despobladas. Estaba construida en ladrillo, con un esbelto campanario y estrechas vidrieras; nada demasiado vistoso, acorde con el gusto luterano. Cerca del edificio habían levantado dos modestas viviendas, a oscuras excepto por una única luz en la más próxima. Por lo demás, estaba solo, protegido por los altos pinos; allí donde terminaba el cementerio empezaban los campos abiertos.

La nieve derretida dibujaba hilillos en su pelo entrecano y despeinado y, con cada respiración, el vaho formaba una nube frente a su cara. Stride vestía unos vaqueros viejos y una cazadora de cuero aún más vieja. Era alto y delgado. De joven había sido un hombre guapo, con los rasgos marcados. Cindy siempre decía que no se podía ser atractivo sin ser algo inmaduro, algo descuidado. En una ocasión lo había descrito como un hombre de fuego, de honor, de ego y de gran terquedad, todas ellas buenas cualidades, aunque no siempre en las proporciones adecuadas. Ahora, cerca de cumplir medio siglo, el rostro que una vez había sido joven estaba más curtido. Era el rostro de un hombre del norte, un hombre que vivía al aire libre, tostado por el sol incluso en los meses fríos y castigado por el viento del lago. Las arrugas de la frente se habían ahondado como cañones y, por lo general, su barbilla solía necesitar un afeitado. Sus ojos oscuros —ojos de pirata, los llamaba Cindy— acumulaban más sabiduría, pero también se resentían del peso del mundo. Las mujeres que lo conocían seguían considerándolo atractivo.

Stride se abrió paso entre las hileras de tumbas mientras oía el crujido de las piñas caídas bajo sus botas hasta que, en mitad del cementerio, encontró el camino de tierra que los coches fúnebres utilizaban para transportar los ataúdes. Incluso los muertos necesitaban un camino de entrada, si no uno de salida. Entonces, recordó la disposición de las lápidas y supo adónde se dirigía. Su madre estaba enterrada cincuenta metros más allá, bajo una losa. En su única visita anterior, Cindy le había cogido de la mano y había llorado. Él, sin embargo, no había derramado una sola lágrima.

Avanzó con rapidez dejando sus huellas sobre el mullido suelo, pero se detuvo cuando el haz de la linterna enfocó los brillantes ojos rosa de una rata blanca que le miraba con fiereza. Stride pateó la nieve con el tacón de la bota. El roedor dio un chasquido con la cola y echó a correr para refugiarse entre los pedazos de una lápida destrozada por lo que parecían repetidos golpes de un martillo. Las piedras rotas, salpicadas de nieve, cubrían la hierba. Sólo el fragmento en que aparecía el apellido permanecía en pie: Black. La fecha de la muerte se remontaba a cuatro años atrás.

La piedra estaba manchada de pintura roja. En ella se leía sólo una palabra.

Teufel^[2].

Stride recordaba el suficiente alemán de sus años escolares como para saber qué significaba. «Diablo».

Se agachó y tocó la piedra profanada. El grafiti parecía haber sido trazado con ira, premura y un violento odio. Primero habían destrozado la piedra con un martillo, y después habían mancillado los restos. A su espalda, la campanita oxidada volvió a tañer con furiosa rapidez, como si una mano invisible la sacudiera. Stride se irguió y barrió el cementerio con la linterna hasta alcanzar la linde del campo de maíz, entre los árboles, y luego la enfocó hacia la fachada de ladrillos de la iglesia. Examinó el suelo y no vio más huellas que las suyas. Allí no había nadie.

Sólo él y los huesos de Black. Los huesos del diablo.

Dejó atrás la sepultura. Quería presentar sus respetos y marcharse; abandonar la autopista había sido un error.

Las tres lápidas, simples contornos rectangulares sobre el suelo blanco, se ubicaban allí donde terminaban los árboles. Se arrodilló y apartó la nieve y las agujas de pino con la mano desnuda, dejando al descubierto el apellido grabado sobre la tumba. Su propio apellido. Stride. Bajo la inscripción, el nombre y apellido de soltera de su madre: Beatrice Heling. A su lado había un espacio vacío. Su padre no había llegado a reunirse con ella para pasar juntos la eternidad. Poco después de haber adquirido la parcela familiar, una ola monstruosa lo lanzó por la borda de un carguero y lo hizo caer al lago Superior. Nunca encontraron su cuerpo.

Stride despejó las dos tumbas junto a la de su madre. Perteneían a Lewis y Greta Heling, sus abuelos, a los que había visto una sola vez cuando era un niño y a los que no recordaba en absoluto.

Beatrice Heling se había marchado de Shawano siendo adolescente para estudiar en la Universidad de Minnesota, en Duluth; tras conocer y casarse allí con el padre de Stride, había regresado en raras ocasiones a su Wisconsin natal. Aun así, siempre había insistido en que la enterraran en aquel lugar. Stride y su padre no lograban entenderlo, pero tras su muerte ella quería volver a reunirse con sus padres. En ese aspecto, la gente tomaba decisiones muy curiosas.

—No me sepultes bajo tierra—le había pedido Cindy poco antes de que el cáncer se la arrebatara tan raudamente como una ola gigante—. Echa mis cenizas al lago, Jonny. No quiero que vayas a lamentarte ante unos huesos viejos.

Y eso era lo que había hecho: llevarse la urna con las cenizas de Cindy en un barco de pesca en compañía de su amigo Steve Garske y entregarle los restos de su esposa al agua.

Ahora, allí estaba, lamentándose ante unos huesos viejos. Su madre yacía enterrada bajo sus pies, en la tierra helada. Stride no era la clase de hombre que hablaba con los fantasmas, y tampoco habría sabido qué decir. Apagó la linterna y se quedó en silencio en la oscuridad, recordando a su madre. En su juventud había sido una mujer cariñosa y vivaz, pero tras la muerte de su marido había perdido gran parte de su chispa. El dolor la consumía y le impedía preocuparse por cualquier otra cosa. Durante un tiempo, Stride la había culpado por permitir que aquello destrozara para siempre su vida, pero finalmente lo había entendido. Cuando perdió a Cindy, supo lo

que había sufrido su madre y lo sencillo que habría resultado cavarse un agujero y olvidar el modo de salir.

Había llegado la hora de marcharse.

No estaba seguro de cuál era la razón por la que su madre lo había impelido a abandonar la autopista e ir a Shawano, pero ahora estaba listo para volver a casa, a Duluth. Se dirigió hacia la iglesia y, a mitad del camino, oyó el sonido del motor de un coche y tuvo que entornar los ojos, cegado por el resplandor de unos faros.

Un vehículo abandonó la carretera y enfiló el camino de tierra por el que circulaban los coches fúnebres.

Stride permaneció invisible entre los abetos. El vehículo se detuvo a unos diez metros y dejó el motor y las luces, cálidas y blancas, encendidos. Observó el distintivo en el lateral del sedán: era un vehículo perteneciente al departamento del *sheriff* del condado de Shawano, y pensó que probablemente estaba allí por él. Alguien había visto el haz de su linterna zigzagueando por el camposanto y había llamado a la policía.

La puerta del coche patrulla se abrió para revelar la figura de un agente que avanzó hacia la parte delantera del vehículo, donde quedó bañado por la luz de los faros, algo que a Stride le pareció curioso. Cuando un policía acudía a investigar una llamada, incluso en un pueblo pequeño, no se exponía de aquel modo. La nieve caía ahora con más intensidad y danzaba en remolinos a su alrededor, a través de las luces blancas. El hombre se detuvo y alzó la vista hacia el cielo. Stride cayó en la cuenta de que no se encontraba muy lejos de la lápida destrozada que había visto antes.

El agente iba uniformado y las luces le enfocaban de costado, dejando medio rostro sumido en las sombras. Tendría unos cuarenta años, casi una década menos que Stride. Ambos eran aproximadamente de la misma estatura, alrededor de un metro ochenta. El policía de Shawano era un hombre fornido, rubio y de pelo corto, con las orejas un tanto despegadas y un afeitado tan pulcro como el de un granjero que cantara en la misa dominical. No vio a Stride entre los árboles.

A pesar de su buen aspecto, había algo inquietante en su expresión. Aflicción y palidez. Uno de sus fieros ojos azules estaba poseído por el dolor y el otro, perdido en la noche. A Stride no le gustó lo que veía. Dio un paso hacia el agente con la intención de anunciar su presencia, pero se detuvo, atónito, al ver que desabrochaba la funda que llevaba al cinto y deslizaba su pistola en la mano.

—¿Qué co...? —murmuró.

Su primer pensamiento fue que el hombre iba a apuntarle con la pistola, pero se equivocaba. De repente, Stride entendió qué estaba ocurriendo y se lanzó a través de la nieve, pero era demasiado tarde para evitar lo que vendría a continuación. No quedaba tiempo. El viento volvió a la vida con un rugido. La campanita tañó otra vez.

El apuesto agente no vaciló, como si obrara guiado por una determinación que había tomado mucho tiempo atrás. Se llevó la pistola a la sien oculta entre las sombras y tensó el dedo sobre el gatillo. Stride gritó, pero la bala fue más rápida que

su voz. En mitad del ruido y el fuego que siguió, los copos de nieve que cruzaban los faros del coche patrulla se volvieron rojos.

2

—Percy Andrews —dijo el forense.

Stride estaba distraído y no contestó. Observó a dos agentes de policía de veintitantos años que trataban de abrirse paso con una camilla de aluminio sobre los diez centímetros de nieve que cubrían el aparcamiento de la iglesia. La puerta trasera de la ambulancia estaba abierta, a la espera de que trasladaran la bolsa con el cuerpo.

—¿Disculpa? —dijo Stride.

—El agente. Se llamaba Percy Andrews. No sabía si alguien le había informado. Stride asintió con la cabeza.

—Tienes razón; nadie lo había hecho. Gracias.

El forense vestía un mono de un blanco impoluto; en la placa identificativa que le colgaba del bolsillo de la pechera se leía su nombre: Neal Gandy. Llevaba el pelo, castaño y despeinado, recogido por debajo de una gorra del equipo de béisbol de los Shawano County. Era aún más alto que Stride y desgarrado como un árbol recién plantado. Avanzó entre la ambulancia y la furgoneta forense con una cojera pronunciada. El joven, que no sobrepasaba en mucho la treintena, tenía una nariz grande y prominente y unas cejas de las que salían disparados unos pelos rebeldes.

Gandy trasteó con sus guantes azules entre los artículos del kit para el análisis de residuos de pólvora y anotó los detalles sobre una etiqueta de pruebas con un rotulador.

—Lamento todo esto, teniente —se disculpó Gandy—. El *sheriff* Weik ha insistido en que hagamos la prueba para cubrirnos las espaldas.

—No te disculpes. Es el procedimiento correcto. Aquí nadie me conoce.

El forense desgarró la parte superior de un envoltorio sellado y hurgó entre los discos adhesivos del interior. Stride sonrió y extendió las manos.

—No haces esto muy a menudo, ¿verdad? —preguntó.

Gandy levantó el brazo de Stride en el aire con gesto torpe y presionó el disco contra la piel de la mano izquierda.

—De hecho, es mi primera vez. Yo me dedico al trabajo de laboratorio, así que Weik quiere que me encargue de recoger las muestras.

—¿Necesitas ayuda?

El joven le dedicó una sonrisa torcida.

—Muy gracioso.

Con cierta dificultad, Gandy completó la recogida de muestras en las manos y la mejilla de Stride. A continuación, colocó los discos en viales etiquetados, los introdujo en una bolsa de pruebas y la selló.

—¿Serás tú quien haga la autopsia? —quiso saber Stride.

Gandy negó con la cabeza.

—Yo no soy médico; sólo soy un técnico de emergencias. En los condados rurales, la mayoría de los forenses no son licenciados en medicina. No hay mucha

demanda.

—Vivir en un lugar donde el trabajo del médico forense es a tiempo parcial debe de resultar un cambio agradable —comentó Stride.

Gandy soltó una risita.

—Sí, recibo más llamadas para hacer trabajos de taxidermia que para examinar cadáveres. Si quiere que le diga la verdad, nunca he tenido que acudir al escenario de un crimen, aunque lo cierto es que soy bastante nuevo en esto. La mayor parte del tiempo me dedico a certificar muertes después de un ataque cardíaco. Si necesitamos un forense de verdad, llamamos a alguien de Green Bay o Milwaukee. Tendré que hablar con el *sheriff* respecto a este caso; me imagino que querrá que se realice la autopsia, puesto que se ha usado un arma.

Stride notaba la molestia de los residuos químicos en las manos, así que se inclinó para limpiárselas con la nieve que cubría el suelo y paseó la mirada por el aparcamiento, donde vio al *sheriff* Karl Weik apoyado en el muro de ladrillos de la iglesia. El uniforme se le ceñía al cuerpo como la piel de una salchicha mientras permanecía acuclillado, y parecía que ni siquiera la nieve se atreviera a posarse sobre su sombrero de ala ancha. La boca estaba escondida bajo un espeso bigote y una barba.

La mirada de Weik no era amistosa. Cuando llegó al escenario del crimen, no había hablado más de treinta segundos con Stride. Su actitud no traslucía ninguna clase de cortesía profesional, ni siquiera al descubrir que hablaba con el teniente a cargo del departamento de detectives de Duluth, en Minnesota. De hecho, a partir de ese momento su actitud se había avinagrado y había ordenado a un agente de patrulla que tomara el resto de la declaración de Stride.

El forense percibió la mirada gélida del *sheriff*.

—Weik no quiere que hable con usted —dedujo.

—Es normal. Soy un testigo.

Gandy se encogió de hombros.

—No puede tomar muchas represalias conmigo. Se comporta como si yo respondiera ante él, pero no es así. Además, Weik es un matón. Cree que cuando uno vive en un pueblo pequeño, la placa es como el anillo del Papa.

—Bueno, dale un respiro —dijo Stride—. Esta noche ha perdido a uno de los suyos. He pasado por la misma situación, y no es fácil.

—Oh, no me malinterprete, Weik hace su trabajo. La gente sigue eligiéndole, ¿no? Pero ya sabe cómo funciona esto. Ser el *sheriff* tiene tanto que ver con la política como con el mantenimiento del orden. Hay que elegir bien las batallas y pensar siempre en la impresión que causa cualquier acto, ¿sabe?

—Lo sé.

Stride sonrió.

—Por eso prefiero ser teniente, y no comisario. No me meto en política.

Gandy se quitó los guantes con un gesto rápido, se agachó, se desprendió de los

patucos de plástico que le cubrían las deportivas y lo metió todo en los bolsillos del mono. Al erguirse, la espalda le crujió y esbozó una sonrisa. Dirigió otra mirada al *sheriff* Weik y añadió:

—Esto va a dar mucho que hablar.

—¿El suicidio de un policía? Sin duda.

—Sí, pero hay algo más. Weik y Percy no eran precisamente amigos. Por el pueblo corría el rumor de que tal vez Percy se enfrentara a Weik en las próximas elecciones. Hace tiempo que el *sheriff* no tiene un verdadero contrincante.

—¿Qué problema tenía Percy con Weik? —quiso saber Stride. Gandy se aseguró de que nadie podía oírlos.

—Como le he dicho, en un pueblo pequeño todo acaba siendo política. Uno ha de adoptar compromisos, hacer feliz a la gente importante, esa clase de cosas. Percy no entendía ese aspecto del trabajo. Era un *boy scout*, y creía que había que gobernar el pueblo de una cierta forma, aunque levantara ampollas. Opinaba que Weik debería enfrentarse más a menudo a la junta del condado, y él mismo lo hacía desde el periódico local, lo cual sacaba al *sheriff* de quicio. Weik entiende que sus agentes deben serle leales, punto final. Si tienes un problema, acudes a él en primer lugar.

—Me parece razonable —señaló Stride.

Gandy se sacó la gorra, se secó el sudor de la frente y volvió a colocársela sobre el pelo chafado.

—La verdadera norma de Weik es que sus agentes deben mantener la boca cerrada y hacer lo que él dice. Pero Percy no se regía por ella. Además, creo que en estos últimos años se sentía libre de decir lo que pensaba. Suponía que Weik no se atrevería a despedirlo; nadie se mete con el héroe local.

—¿Héroe?

—Claro. El secuestro en el viejo edificio del noviciado, hace cuatro años. Seguro que llegó a los periódicos de Duluth.

Stride arqueó las cejas; recordaba el caso.

—¿Fue Percy?

—Fue Percy.

Cuatro años atrás, una joven psicóloga llamada Kelli Westmark había desaparecido en Shawano, lo cual había desencadenado una búsqueda a gran escala. Durante una semana, no se halló ni un rastro que indicara dónde se encontraba o la razón de su desaparición. Hasta que un agente de policía, Percy Andrews, oyó hablar a dos chicos de unos fantasmas que merodeaban por las ruinas de un monasterio abandonado a orillas del Río Rojo. Percy investigó aquella pista y descubrió que la mujer había sido retenida en aquel lugar por un vecino de la localidad que había acudido a ella para someterse a una terapia de control de la ira dictaminada por un juez. El hombre se enzarzó en un tiroteo con Percy, y Percy le disparó, lo mató y rescató a la mujer.

Un año más tarde, añadiendo romance a la historia, se casó con ella. Y ahora, tres

años después, se había volado los sesos.

—La gente es rara —comentó Gandy—. Uno nunca sabe por dónde va a salir, ¿verdad?

—Así es.

Stride cruzó los fuertes brazos sobre el pecho y pateó la nieve. Se sentía frustrado por lo que había hecho Percy, aunque tenía por norma no juzgar nunca a otro policía. Sabía lo que significaba caer en un pozo, y él se consideraba afortunado por haber contado con gente que una vez lo había ayudado a salir. En aquel mismo momento se hallaba perdido en otro, amargado por los errores que había cometido recientemente. Aun así, había pozos más hondos que otros, y de algún modo Percy Andrews se había encontrado en uno del que resultaba imposible escapar.

Se preguntó qué había llevado a Percy hasta allí. Se suponía que las cosas no debían ser de aquel modo. No para un policía. No para un héroe.

—¿Teniente? —Neal Gandy estaba a su lado—. ¿Está bien?

Los ojos oscuros de Stride observaban la noche. A su espalda, el aparcamiento era un hervidero de luz y actividad, pero al otro lado de la autopista reinaban los campos de maíz y las tierras vacías estaban a oscuras. La tormenta se había reducido a nevisca. El conductor de un coche que pasaba lentamente por la carretera del condado miró con curiosidad los coches patrulla y la ambulancia aparcados cerca de la iglesia. A unos veinte metros, allí donde los faros iluminaban el arcén de tierra, Stride vio a un adolescente en la linde del campo de maíz, a horcajadas sobre una motocicleta roja. Tendría unos quince años, el pelo largo y moreno, y un rostro alargado medio oculto entre las sombras. Su piel brillaba bajo la nieve. El chico contempló a Stride con una mirada intensa y oscura, y él le devolvió la mirada. El humo de un cigarrillo flotaba sobre el camino.

—¿Teniente? —repitió el forense.

—Lo siento. Esta clase de cosas siempre te dejan noqueado —explicó Stride—. ¿Conocías a Percy?

Gandy hundió las manos en los bolsillos.

—Sí, pero supongo que uno nunca llega a conocer del todo a nadie. Quiero decir que, desde fuera, parecía tenerlo todo: una esposa guapa y fama por lo que había hecho. Era un buen tipo; todo el mundo lo quería.

—Las cosas pueden irse al traste sin que uno se dé cuenta —señaló Stride.

—Dígamelo a mí. Yo era un fenómeno del tenis hasta séptimo curso, el próximo Sampras o Becker. Si no fuera porque mi padre dejó su vieja pistola sobre un estante en su armario, y yo la encontré y conseguí volarme dos dedos del pie. Las cosas cambian, pero nunca lo ves venir. No creo que Percy imaginara que su vida no volvería a ser la misma cuando se bajó del coche patrulla en el noviciado.

—No. Las cosas pasan sin remedio.

—Sí, siempre que nos enfrentamos a un accidente de tráfico pienso en ello. Esa mañana, alguien se levantó sin tener ni idea de que era el último día de su vida.

Otro coche pasó por la carretera rural y, a poca distancia, una *pick-up* aminoró el paso cerca de la iglesia. En Shawano, aquello era un atasco. Y no por casualidad: la noticia había comenzado a correr; en un pueblo pequeño, los chismes se propagan como un virus. Las luces altas de la *pick-up* volvieron a iluminar al chico de la motocicleta. Algo en la expresión solemne del adolescente despertó en Stride el deseo de cruzar el camino y hablar con él pero, como si le hubiera leído el pensamiento, el chico salió disparado con un gemido del motor y los neumáticos patinaron sobre la nieve. Stride vio cómo se alejaba.

—Todo el mundo siente curiosidad —observó.

—Claro. Los periodistas no tardarán en llegar. Todos cubrieron la historia cuando Percy y Kelli se casaron.

—¿La conoces? —quiso saber Stride.

—¿Kelli? Si me cruzara con ella por la calle, la reconocería, igual que todo el mundo. Aparte de eso, no.

—¿Percy tiene algún otro pariente en el pueblo?

—No que yo sepa. No es de aquí. Yo nací en Shawano, pero él se mudó al pueblo a los veintitantos años. Era un policía muy popular; a la gente le gustaba. Muchos recién llegados no logran sentirse nunca aceptados, pero la gente de aquí se encariñó con Percy, incluso antes de aquel episodio. Probablemente fuera porque Tom y él se convirtieron en grandes amigos. Si Tom decía que era un tío legal, la gente de aquí daba por hecho que podía fiarse de él.

—¿Tom? —preguntó Stride.

—Tom Bruin. El forense anterior. Un médico de verdad. Si has nacido en Shawano durante los últimos veinte años, lo más probable es que Tom te diera el primer cachete en el culo. Murió el pasado otoño. A todo el pueblo le afectó mucho.

El joven meneó la cabeza y escupió en el suelo.

—¿Qué ocurrió?

Gandy formó una «C» con la mano derecha.

—Lo siento.

—Ya, es una putada. Tom era un buen tipo.

El forense hizo una mueca de dolor y apoyó el peso de su cuerpo sobre la pierna sana.

—Una vez le comenté que, después de tantos años, me fastidiaba que el pie me siguiera doliendo.

—¿Qué dijo él?

—Me preguntó: «Entonces ¿por qué fuiste tan zopenco como para volarte los dedos?».

Gandy soltó una risita.

—Así era Tom. Le echo de menos. Lo peor fue que su esposa Anna y él llevaban toda la vida intentando tener un hijo, y le diagnosticaron la enfermedad justo después de que ella se quedara por fin embarazada. Cuando murió, el bebé no había cumplido

todavía seis meses. Lo ha pasado muy mal estando sola. Mi hija le hace muchas veces de canguro, y Percy también se pasaba la vida allí. Esto va a ser tan duro para Anna como para Kelli.

Stride asintió. La muerte siempre lo trastocaba todo, no importaba cómo o cuándo sucediera. Ponía patas arriba la vida de la gente como si fuera un juego de bolos. Sobre todo el cáncer. En este caso, su instinto le decía que hiciera lo que hacía siempre. Investigar. Plantear preguntas. Quería saber más sobre Percy Andrews, el hombre cuya vida se había cruzado con la suya en un momento crítico. Entonces recordó que se hallaba lejos de casa, en un pueblo que no era el suyo. Se sacudió la nieve del pelo, se subió la cremallera de la cazadora de cuero y le tendió la mano a Neal Gandy.

—Buena suerte —le deseó, y añadió con una sonrisa—: si el resultado del análisis de pólvora es positivo, ya sabéis dónde encontrarme.

—¿Vuelve a Duluth esta misma noche?

—Ya es un poco tarde —observó Stride.

—Si necesita un lugar donde quedarse, tengo una pequeña granja en el campo. Vivimos mi hija y yo solos; hay sitio para usted.

—Eres muy amable, Neal, pero ya me las arreglaré. Además, quiero buscar a alguien en el pueblo.

Gandy asintió.

—Si no le importa que se lo diga, teniente, parece muy interesado en la muerte de Percy. Lo entiendo; que alguien se mate delante de ti no es algo que ocurra todos los días. Aunque se lo advierto: el *sheriff* Weik es un hombre posesivo y no va a gustarle nada que meta las narices en su territorio.

—Muchas gracias —le dijo Stride—, pero no estoy aquí para interferir. Regresaré a casa por la mañana. Este misterio no tiene nada que ver conmigo.

3

Stride ya había decidido que, si la casa estaba a oscuras, no se detendría. Retrocedería hasta el Confort Inn que quedaba cerca de la carretera y saldría hacia Duluth al amanecer. Sin embargo, mientras seguía el curso del río más allá de Kuckuck Park, vio las luces encendidas en el piso de abajo. Tuvo la sensación de que le esperaban.

Aparcó en el camino de grava cubierto de hierba, cerca del garaje independiente. Sólo había estado allí una vez, en el mismo viaje con Cindy, veinte años atrás. Los robles que llevaban años creciendo en la calle se erguían por encima del barrio con los brazos desnudos. Las casas de una sola planta, del tiempo de la Segunda Guerra Mundial, constituían el recordatorio de una época en que la gente se daba por satisfecha viviendo en habitaciones pequeñas. Dormitorios pequeños. Cocinas pequeñas. Vidas sencillas. A Stride no le hizo falta llamar al timbre: Richard Heling abrió la puerta y esperó en el escalón de la entrada mientras su sobrino avanzaba con dificultad sobre la nieve.

—Me preguntaba si te pasarías —dijo el hombre—. Le he dado un cincuenta por ciento de posibilidades.

—Hola, tío Richard —lo saludó Stride.

—Ya somos los dos bastante mayores, Jon. Creo que puedes ahorrarte lo de «tío»; llámame Richard. O Dick^[3], si lo prefieres. Así es como me llamaban la mayoría de mis alumnos, y ni siquiera sabían mi nombre.

Stride sonrió. ¿Hay que abrazar a un hombre al que sólo has visto unas pocas veces en la vida, aunque sea el hermano de tu madre? Stride le tendió la mano para estrechársela y su tío hizo lo mismo. Tras una pausa incómoda, también se abrazaron. Stride percibía algunos rasgos de su madre en el rostro de su tío. Richard debía de tener setenta y cinco años; había sobrevivido dos décadas a su hermana mayor.

—Las noticias vuelan —comentó Stride.

—Bueno, has hablado con el *sheriff* Weik, ¿verdad? Me ha llamado; quería saber si de verdad tenía un sobrino que trabajaba en la policía de Duluth.

—Gracias por responder por mí.

—De hecho, le he dicho que eras un farsante y que te pusiera unos grilletes —repuso Richard con un guiño—. Eso te enseñará a pasarte por aquí de vez en cuando en el día de Acción de Gracias.

Su tío le indicó con un gesto que entrara. La casa no había cambiado; los muebles de madera maciza tenían el mismo aspecto. El empapelado de las paredes se estaba desprendiendo en las esquinas, cerca del techo. La chimenea encendida calentaba la sala y la casa olía al guiso de atún que su tío había cocinado en el horno. El plato sucio de la cena descansaba sobre la mesita de centro, y el viejo televisor estaba en silencio. La casa desprendía un aire solitario, pero tal vez fuera porque a Stride le

recordaba su propia caja de cerillas en la franja de tierra de Duluth que se adentraba en el lago Superior.

Había dos cervezas abiertas.

—Veo que de verdad me esperabas —observó Stride. Richard se encogió de hombros.

—Vale, tal vez pensaba que las posibilidades estaban sesenta cuarenta a tu favor.

Los dos hombres se sentaron, Richard en el sofá y Stride en un sillón cerca de la chimenea. Ambos eran corpulentos. Su tío parecía un radical de los sesenta sin modernizar, con una corona de pelo cano alrededor de su cráneo calvo y una barba de profesor. Vestía una camisa de franela roja, unas bermudas a pesar del frío y sandalias de cuero. Físicamente le recordaba a su madre, pero los dos hermanos nunca habían tenido mucho en común ni habían estado muy unidos. Su madre siempre había sido una luterana devota y una mujer introvertida, antes incluso de que la vida la destripara con la muerte de su marido. Richard, por el contrario, había desarrollado su carrera como profesor de ciencias ateo que aprovechaba los veranos para viajar por todo el mundo. Para su tío no existían los desconocidos; quería conocer a todo el mundo.

Como a su madre, a Stride no le interesaba mucho viajar. Le encantaba Duluth, cada hermoso y gélido día que pasaba allí. También él era introvertido, y más después de perder a Cindy.

En la habitación hacía calor, y Stride se despojó de su vieja cazadora. Tenía las botas mojadas, pero a juzgar por el aspecto de la moqueta, Richard no era muy quisquilloso con esas cosas. Por el rabillo del ojo vio un espejo antiguo que reflejaba el cansancio de su rostro.

—¿Te has enterado? —preguntó.

—Sí. ¿De verdad era Percy? ¿Qué ha pasado?

—Se ha disparado, eso es lo que ha pasado.

Richard meneó la cabeza.

—Cuesta de creer.

—¿Lo conocías?

Su tío hizo un gesto con la cabeza hacia la pequeña ventana que daba a la calle.

—Su casa está justo enfrente.

Stride miró al otro lado de la calle, donde vio las luces centelleantes de un coche patrulla que había aparcado junto al bordillo. Estaban con la mujer de Percy, dándole la noticia, consolándola. Stride se había encontrado en esa situación más veces de las que podía recordar; era la peor parte del trabajo.

—Lo siento —dijo.

—Percy era un buen hombre. Los buenos hombres no hacen esa clase de cosas.

Stride se encogió de hombros.

—La vida es diferente vista desde dentro.

—Bueno, todos tenemos días mejores y peores, pero no hacemos nada al

respeto. —Miró a Stride—. ¿Verdad?

—Verdad.

Richard bebió del botellín. Parecía enfadado, pero en su caso, el enfado era una forma de encubrir la tristeza.

Stride cogió la cerveza de la mesita que quedaba a su lado e hizo lo mismo. Era una Hoptimum IPA de Sierra Nevada, de graduación alta. Bebieron y permanecieron sentados en silencio, hasta que su tío dijo:

—Bueno.

—Bueno —dijo Stride.

—¿Habías venido a visitar a Bea?

—Sí.

—Me alegro. Me sorprendió que quisiera que la enterraran junto a nuestros padres, pero ella estaba más unida a ellos que yo. Lo cual es curioso, teniendo en cuenta que yo me quedé en el pueblo y ella fue la que se marchó. La verdad es que no entiendo el misterio de los cementerios. Yo prefiero desaparecer como una canción *country*; que Neal Gandy me diseque como una cabeza de ciervo y me cuelgue junto a la gramola en el Tom's Tap.

—Lo recordaré —repuso Stride con una sonrisa.

Richard se apoyó en el respaldo del sofá hecho jirones y se rascó la barba.

—Tienes un aspecto horrible, Jon.

—Gracias.

—Oí lo de tu caída del verano pasado. ¿Estás mejor?

—La pierna me sigue causando molestias. Ha sido un proceso largo; me ha afectado más de lo que creía.

—Estuviste a punto de morir, es normal.

Los ojos de Richard, ojos de pirata como los de Stride, le miraron del modo en que lo haría una adivina en la feria del condado. Los parientes eran capaces de leerle la mente, incluso los más lejanos.

—Bueno, ¿qué ocurre? Te vi en Duluth cuando vivías con Serena. Una chica muy guapa. Parecía felices; me alegré de que hubieras encontrado a alguien después de Cindy.

—Serena se marchó en otoño.

—¿Lo has estropeado? —preguntó Richard.

—Sí —reconoció él.

—¿Y no se puede arreglar?

—No estoy seguro. No hemos hablado.

No entró en detalles; el dolor de la ruptura aún era reciente. Tras una caída desde uno de los puentes de la autovía que casi acaba con su vida, se había pasado varios meses recuperándose físicamente al tiempo que se deterioraba emocionalmente. Los médicos lo consideraban una especie de síndrome de estrés postraumático. Stride alejó a Serena de él, y Serena, quien lidiaba con sus propios problemas, no trató de

impedirlo.

En el punto más bajo de su existencia, se había encontrado entre los brazos de su compañera en el departamento de policía, Maggie Bei, y la aventura le había costado la vida que compartía con Serena. Su relación con Maggie había disfrutado de una existencia efímera, lo cual no constituía ninguna sorpresa para ninguno de los dos. Ahora, Stride estaba solo.

—Es una lástima que las relaciones tengan que incluir a seres humanos —observó Richard.

—¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir que, si yo me llamara Jonathan Stride, estaría intentando recuperar a esa chica. Tal vez no seas perfecto, pero cualquiera que te conozca sabe la clase de hombre que eres.

Stride no contestó. Apreciaba la arenga, pero no creía merecer el perdón. Se levantó de la butaca, cogió la cerveza y se dirigió a la ventana. Al otro lado de la calle, distinguió varias siluetas dentro de la casa de los Andrews. La policía aún se hallaba en el interior de la vivienda.

—¿Conocías bien a Percy? —preguntó.

—No, no mucho. Era un hombre introvertido. Tranquilo, religioso. Kelli y él se mudaron aquí después de casarse y vinieron un par de veces a mis barbacoas. Eso es todo. A ella la conozco mejor. Una chica dura. Tuvo que serlo para superar lo que superó y salir del túnel. El tipo que la secuestró era uno de sus pacientes. Cualquiera pensaría que después de algo así Kelli iba a dejar el trabajo, pero no lo hizo. Me gusta. Diría que incluso se parece un poco a ti, Jon. Nunca se rinde y esconde muchas cosas bajo la superficie.

Stride vio encenderse una luz en casa de los Andrews y, por un momento, distinguió a través de los ventanales a una mujer joven de pelo oscuro. Aun sin conocerla, supuso que era la esposa de Percy. Se hallaba a demasiada distancia para verla con claridad, pero algo en su forma de comportarse le hizo pensar que su tío estaba en lo cierto. Había pasado la mayor parte de su vida rodeado de víctimas; algunas se desmoronaban y otras soportaban el envite del huracán. Con aquel único vistazo a través de la calle que les separaba, pensó que Kelli Andrews pertenecía al segundo grupo.

—Estoy muy cansado, Richard —dijo—. Ha sido un día largo.

—Quédate a dormir; arriba hay una cama libre.

—Te lo agradezco. Me marcharé por la mañana.

Richard se encogió de hombros.

—Quédate todo el tiempo que quieras. Podrías tomarte un día libre, ¿no?

—¿Para hacer qué? —preguntó Stride.

—No lo sé —contestó su tío—. De vez en cuando resulta agradable dejar que la vida te sorprenda, ¿no crees? Aunque supongo que a los policías no os gustan mucho las sorpresas.

—No mucho —convino Stride.
—En cualquier caso, quédate a desayunar.
Stride le puso una mano en el hombro.
—No lo dudes.

Media hora después, Stride estaba tumbado sobre una cama individual en la oscuridad mohosa de la buhardilla.

Una ventana abierta dejaba entrar el aire frío. Richard era una especie de urraca, y el reducido espacio de la buhardilla bajo el tejado inclinado estaba atestado de décadas de muebles rotos, cajas de mudanza atiborradas de ropa vieja y toda una carrera como profesor acumulada en libros de texto y anuarios. Antes de apagar la luz, Stride había explorado la habitación y descubierto sobre una cómoda de nogal varias pilas de postales y fotografías amarilleadas. Encontró una instantánea de su madre, Beatrice, de adolescente en Shawano. Era una chica guapa. Feliz. Con una sonrisa tímida. Congelada en su juventud.

Con la mirada perdida en el techo, pensó en el rostro de su madre. Unas pocas horas antes, estaba de pie encima de sus restos sepultados bajo tierra. La chica de la fotografía. La mujer del ataúd. No parecía un trayecto muy largo.

Se sumió en el sueño y tuvo pesadillas. Se hallaba de vuelta en el cementerio y su madre estaba allí, y Cindy estaba allí, y él oía una risa infantil inquietante y aviesa. «¿Quién es?», le preguntaba a Cindy, pero ella se limitaba a menear la cabeza como si fuera la pregunta más estúpida del mundo y le contestaba: «Ya sabes quién es, Jonny».

Y Stride lo sabía. Reconocía la risa que rondaba por el campo sagrado: era *Der Teufel*.

Entonces aparecía un policía al volante de un Ford Expedition negro, pero no era Percy Andrews, sino él. Stride permanecía allí de pie contemplando como él mismo sacaba su propia arma. Su madre y su mujer le miraban con tristeza y, al igual que Percy, Stride no vacilaba en hacer lo que había ido a hacer. Observó cómo se apuntaba a la sien con la pistola y apretaba el gatillo.

Se despertó con un sobresalto. La luz se filtraba a través de la cortina raída y el sueño se esfumó. Estaba desorientado, pero entonces recordó dónde se encontraba. Un olor dulzón a canela flotaba por toda la casa.

Stride se vistió y bajó las escaleras; su tío le esperaba en la cocina cubierto con un delantal mientras extendía un glaseado blanco por encima de unos rollitos recién horneados. Richard no estaba solo.

Había una mujer joven a su lado, con los ojos enrojecidos clavados en la calle y el hermoso rostro surcado por regueros de lágrimas secas. Su pelo color chocolate estaba hecho un desastre, apelmazado en mechones sucios y despeinados. Llevaba lo que debía de ser la ropa del día anterior. No había dormido. Cuando miró a su tío,

Stride llegó a la conclusión de que él tampoco había descansado. Había cruzado la calle para ir a consolar a su vecina y había pasado allí la noche.

La mirada de Stride se cruzó con la de su tío, y éste asintió.

—Kelli Andrews —la presentó—, éste es mi sobrino, Jonathan Stride.

Ella se volvió lentamente y escrutó su rostro. Stride recordó que era psicóloga, y percibió cómo su mente tomaba nota de todas las señales no verbales que él emitía. Se preguntó si esperaba que él hablara de lo ocurrido. «Lamento tu pérdida», los tópicos habituales. De algún modo, Stride se dio cuenta de que las condolencias sobraban y de que las palabras no habrían significado nada para ella.

—Tú estabas allí —dijo al fin—. Lo presenciaste.

—Sí.

Kelli asintió. Aquel suceso había creado un vínculo entre ambos. Un lazo inquebrantable. Stride era el único hilo que unía a Kelli con Percy. Él había estado presente en los últimos momentos de su esposo y sabía cosas que ella no sabría nunca.

—Richard dice que eres policía —murmuró.

—Así es.

—Lo que necesito es precisamente un policía, señor Stride —dijo Kelli—. Tengo que saber por qué se suicidó mi marido.

Dieron un paseo junto al río Wolf.

La mañana era fría pero radiante. El sol, bajo entre los árboles, había reemplazado a la nieve. El Kuckuck Park bordeaba el cauce del río, visible a través de una intrincada red de ramas y arbustos. La superficie estaba congelada, pero la corriente había fundido el hielo en algunos puntos y dejado áreas abiertas de agua cerca de las orillas arboladas. La primavera libraba una lenta batalla contra la parálisis del invierno.

La pendiente del parque estaba todavía cubierta por la nieve caída durante la noche, pero los servicios del ayuntamiento habían despejado el camino asfaltado. Mientras caminaban, Kelli habló poco. Llevaba las manos metidas en los bolsillos del chaleco de plumón; por debajo, vestía un jersey azul marino de manga larga y unos vaqueros grises tachonados. Era una mujer alta, de casi metro ochenta, con brazos y piernas bien torneados y fuertes. Sus orejas y sus cejas eran un alfilerero de numerosos *piercings*, y llevaba unos pendientes de ámbar. A un lado del cuello vio tatuada una «M» formada por dos serpientes verdes entrelazadas. Tenía un cierto aire de motera, un estilo que Stride no lograba encajar con el de su conservador esposo. A pesar de ser una mujer dura, la envolvía un delicado perfume floral que planeaba sobre el aire frío. Era una fragancia agradable que hizo pensar a Stride en días más cálidos.

Kelli se dio cuenta de que la miraba.

—En Shawano llamo bastante la atención —comentó.

—Lo imagino.

Señaló su tatuaje y preguntó:

—¿Eme?

—Marina. Mi prima —explicó ella—. Crecimos muy unidas y murió cuando yo tenía doce años. Se suicidó. Algunas chicas de la escuela la acosaban y la situación llegó a tal punto que decidió ahorcarse.

—Lo siento.

—Marina y ahora Percy. ¿Qué dice de una persona el hecho de que dos seres amados se suiciden?

—No creo que diga nada —repuso Stride.

—Muy amable de tu parte, pero yo no estoy tan segura. Marina fue la razón por la que me convertí en terapeuta; me especialicé en casos de abuso desde ambos puntos de vista: trabajo con quienes los sufren y con quienes los cometen.

Se detuvo en el camino y apretó los labios rojos hasta formar una delgada línea.

—Supongo que ya sabes quién soy y lo que ocurrió en el noviciado.

Stride asintió.

—A la gente le cuesta creer que haya seguido con mi profesión después de aquello. Percy quería que lo dejara. Supongo que soy lo bastante ingenua como para

creer que lo que hago sirve de algo. Me centro en los casos exitosos y trato de no recrearme en los fracasos.

—Suenas admirable.

—Oh, no lo sé. La mayoría de los terapeutas se dedican a esto sólo para encontrar gente que esté más jodida que ellos.

Stride sonrió.

—¿Te criaste aquí?

—No, vine con un novio cuando terminé la universidad. Al final, él se marchó y yo me quedé. Me gusta la vida en un pueblo pequeño. Milwaukee, Madison, Wausau... Mi trabajo me obliga a viajar con frecuencia, pero en Shawano me espera siempre un hogar al que regresar. De todos modos, resultaba mucho más sencillo cuando nadie me conocía. El noviciado lo cambió todo.

A Stride le pareció interesante que identificara su secuestro y tortura con el lugar en el que había ocurrido, y no con el hombre que la había atacado. Para ella, el incidente se había convertido simplemente en «el noviciado». Se preguntó si aquello le proporcionaba alguna clase de distancia emocional respecto a lo que le sucedía por dentro. Las víctimas encontraban distintas formas de salir adelante.

—Es una clase de celebridad rarísima —prosiguió Kelli—. La gente sigue sintiéndose incómoda en mi presencia, incluso cuatro años después. No saben qué decir. Cuando Percy y yo nos mudamos, tu tío fue el único que nos recibió de verdad con los brazos abiertos.

—Richard es bueno en eso —confirmó Stride—. Acepta a las personas tal como son.

—Bueno, no culpo a los vecinos. Les complicamos la existencia por el mero hecho de vivir aquí. Los periodistas se presentaban en el pueblo y los desconocidos se acercaban con sus coches para curiosear. Era espeluznante. Percy y yo no queríamos llenar las portadas de las revistas ni los magazines matutinos. Sólo deseábamos que nos dejaran en paz.

—América adora los romances de cuento de hadas —observó Stride.

Kelli frunció el ceño.

—Los cuentos de hadas no son más que eso: cuentos de hadas.

Después, Kelli agachó la cabeza y dejó que los mechones de pelo sucio le cubrieran la cara. Stride era incapaz de discernir si en ella predominaba la ira o el dolor. Lo había visto antes, y en más de una ocasión. El suicidio desgarraba las vidas de los que se quedaban, como una ola gigantesca de culpa y furia.

—Kelli, soy consciente de lo difícil que debe de resultarte —le dijo—, pero tengo que ser sincero: no creo que pueda ayudarte. Sabes tan bien como yo que, cuando alguien toma esa decisión, no existen respuestas sencillas. Todo el mundo quiere saber el porqué, pero casi nunca lo hay. Lo siento, pero considero que más bien necesitas el consuelo de un sacerdote o la ayuda de otro terapeuta, no un policía.

Ella respiró hondo y, con ambas manos, se apartó el flequillo de los ojos.

—Richard me ha contado que perdiste a tu esposa.

Stride no se lo confirmó. Su tío no tenía ningún derecho a compartir los detalles de su vida personal con una desconocida. El disgusto se reflejó en su rostro y a ella no le pasó desapercibido.

—No te estoy pidiendo que compartas tu pérdida conmigo —prosiguió—. Es sólo que me ayuda saber que lo entiendes. Tú sabes a quién puedes culpar por la muerte de tu mujer, Stride: a una cosa terrible y despiadada llamada cáncer.

Kelli cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, relampaguearon, y su voz se endureció como el hielo del río.

—Yo también quiero encontrar a un culpable. Tal vez la mayoría de las veces no exista un porqué para el suicidio, pero en este caso sí lo hay. Conozco a mi marido, sé la clase de hombre que era. Había cambiado, le había sucedido algo. Ésa es la razón por la que lo ha hecho y quiero averiguarla, y nadie más va a ayudarme. Sé que el suicidio no es un delito, Stride. El *sheriff* Weik ha dejado muy claro que no hay nada que investigar. Acaba de arrancarse una espina que tenía clavada, así que está dispuesto a pasar página. «Lo lamento, señora, pero así son las cosas». En este momento no le importo a nadie, y no les importaré nunca.

Se detuvo y lo cogió del brazo.

—Pero ¿sabes qué? Anoche le expliqué todo esto a Richard y él me aseguró que me equivocaba. «No conoces a mi sobrino», dijo. Afirmó que el hombre que había visto cómo un compañero de las fuerzas del orden se volaba los sesos en un cementerio no iba a descansar hasta conocer el porqué. Así que ahora te pregunto si lo que decía Richard era cierto, Stride. Has visto cómo un buen hombre se mataba delante de tus narices. ¿Puedes dar media vuelta e ignorar para siempre qué lo llevó a suicidarse?

Kelli se expresaba sin ambages. A Stride le gustaba esa clase de mujeres. Mujeres que no dudaban en mostrarse fuertes. Cindy lo había sido y Serena, también. Su tío estaba en lo cierto: no podía dejarlo correr. Dar media vuelta no era una opción. Las cicatrices que acumulaba pertenecían a todas las personas a las que había fallado, y no quería añadir el nombre de Percy Andrews a la lista. Si tenía alguna fe en que las cosas sucedían siempre por una razón, debía creer que esa noche estaba destinado a hallarse en el cementerio en aquel preciso momento.

Estaba destinado a presenciarlo.

—Háblame de Percy —le pidió a Kelli.

La satisfacción afloró a sus mejillas en forma de rubor y una sonrisa de alivio cruzó su rostro. Stride no había dicho que sí, pero tampoco que no... y eso significaba un sí. Retiraron la nieve de un banco del parque y se sentaron uno al lado de otro. Ella cruzó las piernas por debajo de su cuerpo, como un indio.

—Éramos muy distintos —empezó—. Eso resultaba difícil. Percy era un hombre conservador; nunca faltaba a la iglesia. Y yo... bueno, si me miras, ya te imaginarás que no soy así. La diferencia de edad suponía otro problema. Él era diez años mayor

que yo, y eso le generaba inseguridad. No sé, creo que siempre se preguntó si yo realmente le quería o si se trataba sólo de... gratitud. Ya sabes, que me sintiera obligada a estar con él por lo que hizo. Porque me salvó.

—¿Le querías? —quiso saber Stride.

Kelli asintió con fiereza.

—Sí. Mucho. La edad, el temperamento, la religión: nada de todo eso me importaba en absoluto. Me enamoré de Percy porque era decente hasta la médula, y quedan muy pocas personas decentes en el mundo. No digo que siempre fuera fácil. Las relaciones nunca lo son, pero yo le quería y él me quería a mí.

—Has dicho que notaste un cambio en él.

—Sí, pero no sé a qué se debía. En las últimas semanas se comportaba de forma extraña. Estaba distante, asustado. Le pregunté qué le pasaba, pero no quiso contármelo. Tenía la sensación de que me evitaba.

—¿No lo relacionaste con nada en concreto?

Ella negó con la cabeza.

—No.

—¿Qué ocurría en su vida? —preguntó Stride—. He oído que había perdido a un buen amigo.

—¿Tom Bruin? Sí, fue espantoso. A Percy le afectó mucho. Hacía veinte años que eran amigos; habrían hecho cualquier cosa el uno por el otro. Desde entonces, Percy se había sentido muy solo; hay cosas que uno comparte con sus amigos pero no con su esposa. Después de la muerte de Tom, apoyó mucho a Anna, su mujer, y a su hija pequeña. Anoche llamé a Anna para contarle lo que había pasado y se quedó hecha polvo.

—¿Cuándo falleció Tom Bruin?

—El año pasado.

Stride sabía, por experiencia propia, que perder a un amigo era un hecho duro, pero no creía que bastara para llevar a Percy Andrews a suicidarse meses después.

—Y en el trabajo, ¿tenía problemas? Según he oído, Percy y el *sheriff* no se llevaban demasiado bien.

—Así es. No se gustaban, no es ningún secreto. Percy había comentado la posibilidad de presentarse a las próximas elecciones, pero no eran más que palabras. Odiaba la política.

—¿Qué hay de sus casos? ¿En qué estaba trabajando?

—Bueno, esto no es como la gran ciudad, así que la mayoría de las llamadas hacían referencia a los asuntos habituales: robos de coches, peleas de borrachos, violencia doméstica. Aunque sí que dedicaba mucho tiempo a un caso en particular, que parecía obsesionarle.

—¿Cuál era?

—La desaparición de un hombre de la localidad, Greg Hamlin, el mes pasado. Es un mandamás del pueblo, tanto él como su mujer lo son. Serían los primeros en

hablarte de su importancia. Él dirige una agencia inmobiliaria y ella es gerente del banco; por aquí, eso implica mucha influencia.

Stride asintió. Las dimensiones de la localidad eran lo de menos: el dinero y las tierras tenían siempre la última palabra.

—¿Qué le ocurrió a Hamlin?

—Nadie lo sabe —contestó Kelli—. Se esfumó. Y su coche también. Percy dedicaba al caso día y noche, pero no creo que encontrara nada. No me hablaba de ello, pero no parecía trabajar en nada más. Supongo que el *sheriff* Weik le presionaba para que averiguara lo sucedido.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo —confirmó ella.

Stride escogió con cuidado las palabras:

—Por lo general, el suicidio es un asunto personal, Kelli, no relacionado con el trabajo ni con los amigos. Si hay un motivo, debe buscarse en casa. Y suele tener que ver con la depresión.

—Lo sé —insistió Kelli—, pero Percy no estaba deprimido. Algo le preocupaba, pero no estaba deprimido. Conozco la diferencia.

—Tengo que preguntártelo: ¿cómo marchaban las cosas entre vosotros?

—Bien.

Había respondido demasiado rápido.

—En otras palabras, no muy bien —dijo él en tono tranquilo.

Kelli levantó la cabeza y contempló el azul del cielo.

—Sí, de acuerdo, las cosas entre nosotros eran complicadas.

—¿En qué sentido?

—Todas las parejas tienen problemas —repuso ella—. Cuando pasas por algo como lo que me sucedió a mí, no aceptas necesariamente bien la intimidad. Si a eso le añades un marido luterano tradicional, asumámoslo, no obtienes la receta para una pareja que vaya a hablar con franqueza de sus problemas emocionales.

—¿Le eras fiel? —preguntó Stride.

—Sí —le contestó ella con brusquedad.

—¿Y él te era fiel a ti?

—Percy no me habría engañado. Jamás.

—¿Estás segura?

—Lo estoy —insistió ella.

Kelli percibió la expresión de Stride y agregó:

—Ya sé adónde quieres ir a parar, Stride. Crees que debería abrir el manual de psicología: problemas de intimidad, cuestiones emocionales, soledad. Percy se sentía incapaz de enfrentarse a sus problemas, así que acabó apuntándose a la cabeza con una pistola.

Stride frunció el ceño.

—A veces es exactamente así como sucede, Kelli.

—Lo sé, pero no esta vez. Esto es distinto. Si no consigo averiguarlo, pasaré el resto de mi vida contemplando en la cara de la gente la misma expresión que veo ahora en la tuya. Todo el mundo creerá que mi marido se suicidó por mi culpa.

De pie en el pasillo frente al despacho del *sheriff* Weik, Stride oyó gritos. No distinguió las palabras, pero era una voz de mujer, enfadada y chillona. La pesada puerta de roble se abrió de golpe y una rubia menuda se lanzó al corredor como un caballo de carreras al que acabaran de levantar la barrera. Stride no tuvo tiempo de esquivarla y la mujer se topó de bruces con él, rebotó contra su pecho y desparramó el contenido de su bolso sobre el suelo de mármol.

—¡Mire por dónde va! —le chilló.

Stride esbozó una sonrisa paciente.

—De hecho, no iba a ninguna parte.

La mujer soltó un resoplido de exasperación, se agachó con dificultad enfundada en su ajustado vestido y empezó a recoger los artículos de su bolso: monedas, barra de labios, espejo de mano, bolígrafos y docenas de tarjetas de visita. Stride se inclinó para ayudarla, pero ella se lo impidió.

—Puedo hacerlo sola —replicó en tono brusco.

Reunió la mayor parte de lo que se había caído y lo metió atropelladamente en el bolso. El suelo seguía cubierto de monedas, pero la mujer las dejó allí. A continuación, se puso en pie, se alisó el vestido color melocotón y se atusó la esponjosa melena de paje. Era pequeña, no medía más de metro sesenta y cinco incluso con tacones, y probablemente usaba una talla 34. Sus rasgos estaban enterrados bajo una gruesa capa de maquillaje, con los labios tan rojos como las cerezas del condado de Door, y sus ojos azules estaban rodeados de pequeñas arrugas. El rubio immaculado de su pelo no se correspondía con su edad, que Stride calculó en casi sesenta años.

—¿Quién es usted? —preguntó ella—. ¿También es policía? No lo conozco.

Sonaba como una acusación, como si conociera a todo el mundo en el pueblo y todo el mundo debiera conocerla.

—Soy policía —confirmó él—, pero no de Shawano.

La mujer abrió la boca para vociferarle algo pero volvió a cerrarla. Lo dejó correr con otro ladrido irritado y se alejó taconeando. Stride sujetaba una de las tarjetas de visita en la mano y leyó el nombre: Hope Hamlin, gerente del banco de Shawano.

—Stride —dijo una voz cavernosa desde la puerta del despacho.

El *sheriff* Weik, vestido con un uniforme almidonado y bien planchado, le esperaba de pie con las fornidas manos apoyadas en las caderas.

—Hola, *sheriff*.

—Creía que a estas alturas estaría conduciendo hacia el norte por la autovía 53. ¿No dijo que pensaba regresar a Duluth?

—Cambio de planes —replicó Stride.

Weik no parecía feliz, pero le hizo un gesto con la mano a Stride para que entrara en el despacho y cerró la puerta. El *sheriff* se sentó y cruzó los brazos por encima del

pecho. La barba castaña dibujaba una línea bien definida y bordeada por el cuello de la camisa blanca de uniforme. Un bigote le ocultaba el labio superior, y llevaba el pelo tan corto que parecía casi una sombra sobre su cráneo.

El escritorio del *sheriff* estaba organizado con esmero. Las carpetas, ordenadas en una bandeja, tenían las esquinas tan bien alineadas como la cama de un recluta. Cuatro bolígrafos y cuatro lápices iguales descansaban dentro de una taza de café. Las paredes estaban decoradas con pósteres en contra de las drogas orientados a la comunidad y fotos locales históricas que se remontaban a la década de los setenta. Los únicos objetos personales eran un puñado de fotos enmarcadas sobre el aparador situado por detrás de la mesa. Stride vio a una esposa, tan adusta y corpulenta como Weik, tres chicos adolescentes y un *collage* de imágenes de caza y pesca.

Aquella era la vida del *sheriff* de un condado rural.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó Weik.

—Esperaba que pudiera contarme algo más sobre Percy Andrews.

—¿Por qué?

Stride se pasó una mano por el pelo ondulado.

—Verá, su esposa Kelli es una buena amiga de mi tío; son vecinos. Naturalmente, está desconsolada por la muerte de Percy. No entiende por qué ha sucedido.

—Estoy de acuerdo; uno no espera que un *héroe* se vuele los sesos —convino Weik, con un leve énfasis cínico en la palabra *héroe*—. Aunque aún no tengo claro que eso tenga nada que ver con usted.

—Kelli me pidió que hablara con algunas de las personas que conocían a Percy; no se ve con fuerzas para hacerlo ella misma. Quiere saber si él dijo o hizo algo que pueda darle alguna pista de por qué se suicidó. Según ella, ha sido del todo inesperado. —Stride hizo una pausa y añadió—: Debo admitir que siento curiosidad. Yo estaba allí; tengo un interés personal en todo esto.

Weik se atusó el bigote con un dedo.

—¿No tiene un trabajo en otro sitio, teniente?

—Le he dicho a Kelli que me tomaría un día, quizá dos. No más. No quiero entrometerme, pero en ningún caso estamos hablando de una investigación criminal. Sólo quiero ofrecerle a su mujer un lugar desde el que empezar a darle sentido a su desgracia.

Stride intuyó que Weik estaba buscando la forma de oponerse. Tenía los ojos caídos pero enfocados, como la mirada de un sabueso. Era un hombre inteligente y serio, pero sin duda también un político, tal como le había dicho Neal Gandy. En este caso, uno de sus agentes se había suicidado. Eso daba una mala imagen ante el público, y que un desconocido empezara a hacer preguntas al respecto añadía una vuelta de tuerca que no le convenía en absoluto.

—Seré discreto —agregó Stride.

Weik asintió.

—Nada de prensa; no hable con ningún periodista. En cuanto se corra la voz, los

medios van a tomar el pueblo.

—Por supuesto.

—Aquí no tiene usted ninguna competencia. Es un ciudadano privado; si alguien no quiere hablar con usted, márchese.

—Indudablemente.

—Y no alargue el tema, teniente.

—No lo haré.

Stride se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas.

—¿Tiene alguna idea de por qué se suicidó Percy, *sheriff*?

—No.

—Usted era su jefe —señaló Stride.

—Así es, yo era su jefe, no su psiquiatra ni su sacerdote. Manteníamos una relación profesional, eso es todo.

—Deduzco que no le gustaba.

—Ni me gustaba ni dejaba de gustarme —replicó Weik—. No sé cómo lleva usted sus asuntos, pero una de mis normas es no intimar con los agentes. Son mis empleados, no mis amigos.

—Lo entiendo. Sólo me preguntaba si, últimamente, algún compañero le había comentado algo acerca de su rendimiento. O si había percibido algún cambio en su actitud. El trabajo de la policía conlleva un gran estrés, y no todos los agentes saben manejarlo.

Weik se encogió de hombros.

—Si a Percy le preocupaba algo, no me lo contó. Éste es un condado rural, teniente. Mis agentes no tienen un trabajo fácil, pero no se enfrentan a las situaciones extremas que se presentan en un entorno urbano.

—Percy mató a un hombre —observó Stride—. Eso siempre resulta traumático para un policía.

—Fue hace cuatro años, y estaba cumpliendo con su deber. Eso hizo que su cara ocupara la portada de las revistas nacionales, y como resultado se llevó una esposa joven y guapa. Se convirtió en nuestro héroe y en el famoso local, todo a la vez. En términos generales, yo diría que salió ileso de la experiencia.

—Aun así, podía ocultar un sentimiento de culpa bajo la superficie.

—Si lo había, yo no se lo vi.

—¿En qué estaba trabajando Percy? —quiso saber Stride—. Kelli mencionó un caso de desaparición.

—Greg Hamlin —confirmó Weik, y su bigote se torció en algo parecido a una sonrisa—. La que acaba de salir de mi despacho es su esposa, Hope Hamlin. Se cree que, si uno tiene suficiente dinero y chilla lo bastante, puede conseguir todo lo que quiera.

—¿Hay algo inusual en el caso?

—Un hombre rico de cincuenta y tantos años se esfuma de un pueblo. Es algo

poco habitual, pero no me atrevería a tacharlo de inusual. Ha desaparecido, él y su coche. Nadie ha tocado sus tarjetas de crédito ni sus cuentas. Percy tenía dos teorías: o bien cayó con su coche de noche en el lago, en cuyo caso lo encontraremos antes o después, o bien se cansó de escuchar parlotear a Hope y huyó para siempre, en cuyo caso lo más probable es que esté tumbado al sol en una playa de México donde no quiere que nadie lo encuentre. Fuera lo que fuese, nuestro «héroe» no hizo muchos progresos en la resolución del caso, pero considero que eso no es razón suficiente para suicidarse.

—¿Percy tenía amigos íntimos en el cuerpo? —quiso saber Stride.

—No que yo sepa. Su mejor amigo era Tom Bruin, pero Tom está muerto.

—¿Bruin era el anterior forense?

—Así es. Podría hablar con su esposa, Anna. Percy pasaba mucho tiempo con ella tras la muerte de Tom. Mucho tiempo.

Stride percibió algo en el tono del *sheriff*.

—¿Cree que había algo más entre ellos?

—Soy el *sheriff*, no el columnista de cotilleos —replicó Weik con desdén—. En los pueblos, la gente habla y los rumores vuelan. ¿Quién sabe si hay algo de cierto en ellos?

Stride lo sabía todo de los pueblos. Si un hombre de negocios tenía trapos sucios o su matrimonio estaba a punto de irse a pique, la policía local era la primera en enterarse. Y si el rumor afectaba a un rival potencial, Stride estaba seguro de que un político astuto como Weik encontraría la forma de asegurarse de que los rumores no cesaran.

Se puso en pie y le tendió la mano.

—Gracias por dedicarme su tiempo, *sheriff*.

Weik le estrechó la mano con la fuerza de un oso.

—Recuerde los límites, teniente. Esto es personal, no profesional. Líquidelo rápido y márchese a casa. Nada bueno puede salir de una tragedia como ésta.

—En eso tiene razón —convino Stride.

Aún no había llegado a su Ford Expedition, aparcado en la calle mayor, cuando la enérgica Hope Hamlin se interpuso entre él y su coche y le clavó en el pecho una uña pintada de rojo rubí. Parecía un águila que hubiera bajado en picado desde el cielo con las garras extendidas.

—¡Ya sé quién es! —le espetó.

—¿Ah, sí?

—He preguntado por ahí. Es el sobrino de Richard Heling; un poli de Duluth.

—Así es —confirmó Stride—. Yo también sé quién es usted, señora Hamlin. Lamento mucho lo de su marido.

Hope desdobló un periódico y sacudió un artículo frente a su rostro. Una ráfaga de aire frío agitó el papel.

—¿Lo ve? Este es Greg. Lleva semanas desaparecido, pero a la policía no podría

importarle menos.

—Estoy seguro de que eso no es verdad.

—¡Ya lo creo que es verdad! Quiero contratarle. Necesito que alguien haga algo. Usted es investigador. ¡Investigue esto!

Stride sonrió con educación.

—Lo siento mucho, no puedo ayudarla.

—Tengo dinero. Pagaré lo que me pida.

—No se trata de dinero.

Hope arrugó el periódico, lo apretó en una bola y lo metió en su bolso. Tenía la cara roja, a conjunto con el carmín.

—Claro, los polis se apoyan unos a otros, ya lo entiendo. Barren las cosas debajo de la alfombra. A Percy Andrews tampoco le importaba; no dedicó ni diez minutos a averiguar qué le había ocurrido a Greg. Cada vez que le llamaba, prácticamente me colgaba. Y ahora Weik hace lo mismo.

—La comprendo, señora Hamlin —le dijo Stride—. A menudo las investigaciones no avanzan tan rápido como desean las familias, lo cual no significa que la policía no esté haciendo nada.

—¿Cree que no sé qué comenta la gente? Dicen que Greg me ha abandonado, que ha desaparecido porque quería huir de mí. Pues créame, mi marido jamás haría algo así.

Stride se puso las gafas de sol y se desabrochó la cremallera de la cazadora de cuero al tiempo que abría la puerta del Expedition. Su aliento dibujaba una nube de vaho.

—Espero de verdad que lo encuentre, señora Hamlin.

—Entonces ayúdeme a averiguar dónde está. Ya le he dicho que le pagaré. Mucho más de lo que gana un poli como usted.

—Lo siento, ése es trabajo de la policía local, no de un forastero como yo. Si de verdad quiere contratar a un investigador, en internet encontrará una lista de detectives privados con licencia. Estoy seguro de que alguno de ellos estará encantado de trabajar para usted.

Hope Hamlin, que ni siquiera llevaba un abrigo para protegerse de la fría mañana, giró sobre sus altos tacones y se alejó hacia el edificio de los juzgados del condado agitando los codos con enfado. Stride la observó. Pese a lo irritante que resultaba, entendía su frustración. La gente que había perdido a un allegado no quería tener paciencia: quería respuestas. De inmediato.

Como Kelli Andrews.

Pero había algo que le preocupaba. Hope Hamlin había dicho que Percy Andrews apenas había dedicado tiempo a la búsqueda de su esposo desaparecido. Que el caso no le importaba. Que lo barría debajo de la alfombra, que no atendía sus llamadas: tal vez fuera su forma de lidiar con una víctima difícil y exigente, pero seguía sin tener sentido.

Kelli Andrews afirmaba lo contrario. Había dicho que Percy estaba obsesionado con averiguar qué le había ocurrido a Greg Hamlin.

6

El intercomunicador para bebés graznó desde el estante. Stride llevaba media hora oyendo a un bebé que jugaba felizmente y la voz en *off* de una adolescente que cantaba temas de Lady Gaga, pero ahora la niña reclamaba a su madre con sus lloros. Anna Bruin dejó la taza de té sobre la mesa con una sonrisa y se disculpó mientras abandonaba la habitación.

Segundos después, Stride oyó a Anna coger a su hija de brazos de la canguro y consolarla. Los llantos cesaron de inmediato. Stride se levantó y se acercó a las puertas del patio. La parte trasera de la casa de los Bruin daba a un jardín cubierto de nieve y al río Wolf, medio congelado. Vio un bote de pesca cargado sobre un remolque y un muelle que aguardaba el deshielo de la primavera. Aquella era la casa de un médico, espaciosa y confortable, con las mejores vistas de la zona. La parcela estaba ubicada en la ribera oeste del río, en una larga calle sin salida bordeada de casas igualmente lujosas. En la orilla opuesta se emplazaba la zona industrial del pueblo, donde los trabajadores de la serrería podían tomar el almuerzo al lado del río y contemplar las mansiones construidas junto al agua.

Shawano era como la mayoría de los pueblos de Wisconsin. Tenía una reducida población de profesionales de clase alta y otra mucho más extensa de granjeros y trabajadores no cualificados. Más allá del entramado de calles urbanas que había junto al río, los tranquilos caminos conducían a vastas extensiones de campos de cultivo y tierras densamente arboladas. El pueblo se hallaba en la autopista 29, entre Wausau y Green Bay; desde que la habían ampliado a cuatro carriles, ya no cruzaba el centro del pueblo como había hecho durante décadas. El desdoblamiento había privado a Shawano de los ingresos del turismo, pero los lagos cercanos y los bosques seguían atrayendo a excursionistas y pescadores durante el verano, y a cazadores y aficionados a las motos de nieve en invierno. La fría primavera, después del crudo invierno y antes del verano, era la época más tranquila del año.

Algo en el hogar de los Bruin le resultaba familiar. Con una sensación de claustrofobia, Stride reconoció en él un lugar de tristeza y pérdida. La casa era demasiado grande para una viuda y un bebé. Los recuerdos la poblaban; la presencia de Tom Bruin seguía percibiéndose. El difunto doctor había sido sin duda un aficionado al deporte, y tanto los paneles de madera que cubrían las paredes como las cabezas de ciervo colgadas sobre la chimenea de piedra aportaban a la sala un toque masculino. Vio una hilera de fotografías enmarcadas que descansaban sobre la repisa de la chimenea. Bruin, que en el momento de su muerte contaba sólo cuarenta y siete años, lucía un pelo color pajizo y mejillas rosadas. Era un hombre alto y fornido, con barriga cervecera y una amplia sonrisa. Las fotografías le mostraban en sus momentos de ocio, vestido con una sudadera de los Packers en el Lambeau Field, brindando con una botella de Leinie's en un partido de béisbol de los Brewers y agazapado con ropa de camuflaje y un rifle entre las manos. Resultaba fácil

imaginarlo abriendo de golpe la puerta y entrar contando un chiste, pero todo lo que quedaba de él ahora no era más que un recuerdo. Tras la muerte de Cindy, su propia casa le había despertado esos mismos sentimientos.

Percy Andrews aparecía en dos de las fotografías junto a Tom Bruin. Percy era varios años más joven que Tom y parecía más tímido y tranquilo que el médico, quien lo rodeaba por los hombros como si fuera la garra de un oso. Percy no fruncía el ceño, pero en realidad tampoco sonreía. Parecía un hombre que se tomaba el mundo muy en serio.

—Lo siento —se disculpó Anna cuando regresó a la sala—. Sophie es maravillosa con Mya, pero cuando empiezan los llantos a veces necesita que la rescaten.

—Lo entiendo.

—¿Tiene usted hijos, señor Stride? —le preguntó.

—No, mi mujer y yo quisimos tenerlos, pero no pudimos.

Anna asintió en un gesto comprensivo. Era el vínculo tácito que se establecía entre las personas que habían perdido a su cónyuge. Ambos formaban parte del club del cáncer.

—Mya es una bendición —le explicó Anna—. Por muy duro que sea estar sin Tom, la tengo a ella para recordarlo. Lamento que usted no tuviera tanta suerte.

—Es muy amable.

—La gente que no ha pasado por esto no puede entenderlo, ¿verdad?

Él negó con la cabeza.

—No, no puede.

Ambos volvieron a sentarse. Anna era alta, y sus rasgos le recordaron los de un pájaro: huesos finos y un cuello largo. Llevaba gafas, y su cara era estrecha y afilada. El pelo, moreno y con un corte sin pretensiones, le caía en ondas hasta los hombros. Stride suponía que tenía dinero, pero no hacía ostentación. Vestía con sencillez y no llevaba más joyas que una alianza y una cadena de oro con una cruz colgada del cuello. Era a todas luces más joven que su esposo, y Stride calculó que tendría más o menos la misma edad que Kelli Andrews: treinta y pocos.

—Tengo que decirle que la muerte de Percy me ha cogido por sorpresa —comentó Anna.

—Claro.

—Kelli debe de estar destrozada.

—Lo está.

—Lo entiendo muy bien. No es algo que uno pudiera esperarse de Percy. Era un hombre de fe y un esposo devoto de Kelli. Sencillamente, no puedo concebir qué pudo llevarle a hacer algo semejante. ¿Estaba usted allí? ¿Lo vio?

Stride asintió.

—¿Y no dio ninguna pista?

—No.

—Estoy desconcertada —dijo Anna.

—Según parece, lo conocía usted bastante bien.

—Oh, sí, era como un hermano mayor. Cuando conocí a Tom hace diez años, Percy y él eran uña y carne. Justo al salir de la facultad de enfermería entré a trabajar en el hospital, y Tom y yo empezamos a salir poco tiempo después. Entonces ya sabía que Percy iba incluido en el paquete; eran inseparables. Los dos eran unos fanáticos del deporte, de la pesca y de la caza. Tom tiene una caravana en un terreno de nuestra propiedad cerca de Richmond a la que solían ir para resolver los problemas del mundo.

—Qué bonito.

—Sí. Cuando Tom falleció, lloramos juntos; fue tan duro para Percy como para mí. Perder a Percy es como volver a enfrentarme a la muerte de Tom. No sé qué habría hecho sin él en este último año. Yo tenía que ocuparme de Mya, y Percy se encargaba de la casa. Fue tan amable de ayudarme siempre que podía.

Su rostro se ensombreció, y frunció los labios.

—Aunque ya sé lo que dice la gente sobre nosotros. Los rumores no son ciertos, no teníamos ninguna aventura. Percy no era esa clase de hombre y yo no soy esa clase de mujer.

Stride esperó sin decir nada. Anna dejó la taza de té sobre la mesa y se alisó la falda. Luego se levantó del sofá y cogió una fotografía de su marido. Su boca se curvó en una sonrisa triste.

—Cuando el cáncer te golpea, buscas a alguien a quien echarle la culpa —murmuró.

—Lo sé.

—A Dios, a ti misma, al universo.

—Es cierto —dijo él.

—Todo sucedió tan deprisa... En sólo unos meses, Tom pasó de ser un hombre fuerte y lleno de vida a convertirse en un esqueleto, en una sombra de lo que había sido. Tuvimos que trasladarlo a la planta baja porque la debilidad le impedía ya subir las escaleras. Yo le escuchaba a través de intercomunicador para bebés y oía cuánto le costaba respirar. No sé si la agonía es más dolorosa para la víctima o para el que sobrevive.

—Es terrible para los dos —señaló Stride.

Anna contempló el rostro sonriente de su marido en la fotografía y se le rompió la voz.

—Tom creía que el cáncer era una maldición, como si hubiera vendido su alma. Como si le estuvieran castigando.

—¿Por qué?

—No me lo contó, pero creo que se sentía culpable. Durante los últimos años, hubo una especie de sombra en su relación con Percy. Seguían saliendo juntos, pero algo había cambiado entre ellos. Creo que la enfermedad de Tom contribuyó a que

ambos dejaran de lado sus diferencias. Ya sabe, cuando uno se enfrenta cara a cara a la muerte, se concentra en las cosas realmente importantes.

—¿Qué problema había entre ellos? —preguntó Stride.

Ana vaciló.

—Kelli.

—¿Cómo?

—Tom... Bueno, no estoy segura de que Tom aprobara su matrimonio con Percy.

—¿Por qué no? —quiso saber Stride.

—Kelli es muy guapa, muy dulce, pero Tom no estaba convencido de que sus sentimientos hacia Percy fueran sinceros. Una experiencia terrible puede unir a dos personas, pero no sé si es posible basar una vida en ella. Percy y Tom discutieron y decidieron olvidar el asunto, pero no creo que Percy llegara a perdonarle.

—¿Y usted? ¿Cómo se sentía al respecto?

—¿Yo? Bueno, Kelli me gusta, pero no la conozco demasiado. No estamos cortadas exactamente por el mismo patrón. Ella es mucho más atrevida, más impulsiva, más *New Age*. Tampoco estoy muy de acuerdo con el trabajo que desempeña con los maltratadores. Si de mí dependiera, los ahorcaría a todos, pero supongo que es necesario que existan personas que traten de ayudarlos, como Kelli. Lo cual me resulta increíble después de lo que le pasó. Tras su experiencia, yo sería incapaz de estar a solas con uno de esos hombres. A Percy tampoco le gustaba.

—¿Se reconciliaron Tom y Percy antes de la muerte de su marido? —quiso saber Stride.

—Eso creo —contestó Anna—. Percy estuvo con Tom en su último día; yo salí a dar un paseo y los dejé a solas. Después, Tom parecía estar en paz. Unas horas más tarde, había muerto; yo le sujeté la mano hasta el final.

Stride se levantó del sofá. La conversación había despertado en él los recuerdos de Cindy y, cuando éstos se desbordaban, no había nada que los detuviera. Sabía con exactitud por lo que Anna había tenido que pasar.

—¿Se le ocurre algo que pueda explicar la decisión que tomó Percy?

Anna negó con la cabeza.

—No. De verdad que no.

—¿Le veía mucho últimamente?

—No; se pasó un rato por aquí hace un par de semanas para reparar un grifo que goteaba, eso es todo. Parecía disgustado y distraído. Le pregunté qué le pasaba, pero no quiso explicármelo. Supongo que debería haber insistido. Sinceramente, pensé que había discutido con Kelli. Todos los matrimonios sufren altibajos.

—¿Mencionó la desaparición de Greg Hamlin? —preguntó Stride—. Es el último caso en el que trabajó.

—No —contestó Anna—, pero Percy casi nunca hablaba de trabajo. Aunque claro que conozco a Hope y Greg; todo el mundo los conoce.

—Hoy he conocido a Hope —comentó Stride.

Una vaga sonrisa cruzó el rostro de Anna.

—¿Y qué tal, ha disfrutado de la experiencia?

—No mucho.

—Ya, Hope es dura de pelar. Ambos lo son. Es lista, tengo que reconocerlo, pero sé que hay gente que tiene su cuenta en el banco de Green Bay para no tener que tratar con ella. Greg puede ser igual de difícil. Es probable que su tío lo conozca; Greg fue profesor y entrenador de secundaria durante mucho tiempo, pero creo que la junta escolar se hartó de su genio y lo animó a marcharse. Se convirtió en agente inmobiliario y ha tenido mucho éxito. Hope y él han amasado una fortuna, pero sus enfrentamientos son legendarios. De todos modos, debo decir que me parece que Greg se había suavizado un poco. Su padre murió en otoño, y eso es algo que hace que te replantees la vida.

Stride asintió. Una adolescente los miraba desde la puerta de la sala con un bebé de un año en brazos. La niña tenía las mejillas sonrosadas y los vivaces ojos de su padre. El rostro de Anna se iluminó de felicidad al ver a su hija, y aquel vínculo entre madre e hija hizo que Stride tomara conciencia de lo que se había perdido.

—Bueno, Mya y yo tenemos que salir a hacer algunos recados en el pueblo —comentó Anna.

—Sí, por supuesto. Le agradezco mucho que me haya dedicado su tiempo.

—Siento no haber podido serle de más ayuda. A mí también me gustaría saber qué le pasó a Percy, tanto como a Kelli.

—Me temo que estos asuntos casi nunca tienen una respuesta sencilla —observó Stride.

—Supongo que tiene razón.

Anna le estrechó débilmente la mano. Stride se marchó de la casa y bajó por el camino helado hasta su todoterreno, aparcado de cara al río. El camino terminaba en un amarre; el agua de la orilla, al borde del blanco manto de hielo, salpicaba el asfalto. Abrió la puerta del coche y estaba a punto de meterse cuando olió el humo de un cigarrillo a su espalda.

Stride alzó la vista hacia el camino y vio al mismo adolescente que había estado observando la actividad en el cementerio sentado a horcajadas sobre una motocicleta roja en mitad del cruce, con un cigarrillo de liar colgado de los labios. Tenía el pelo negro, largo y grasiento. No era alto, y se veía obligado a estirar las piernas para alcanzar el suelo con la punta de las deportivas. A la luz del sol parecía más joven y delgado, y las mangas de la cazadora vaquera le llegaban casi hasta la punta de los dedos. Stride volvió a meterse las llaves en el bolsillo y se dirigió hacia donde estaba el muchacho. Al acercarse, vio sus ojos azul pálido clavados en él con una mezcla de curiosidad y un ápice de miedo, como alguien que observara a un león enjaulado. La expresión de su rostro no era hosca ni traslucía maldad, y carecía de la típica arrogancia adolescente. Parecía inteligente pero también solitario, cualidades que Stride reconocía de su propia juventud.

El motor de la motocicleta cobró vida de repente. El chico giró el manillar y se dirigió hacia Wolf River Road bajo la atenta mirada de Stride. Una maraña de pelo flotaba a su espalda, y las piedras y el agua salpicaron el carenado rojo.

—Es guapo, ¿verdad?

Stride miró hacia el camino de entrada, donde la niñera adolescente de Anna Bruin estaba de pie junto al bordillo. Calculó que debía de tener la misma edad que el muchacho de la moto. Llevaba un vestido color crema que le llegaba hasta las rodillas, unas deportivas amarillo fluorescente, unas gafas amarillas a juego con el calzado y un abrigo con la cremallera bajada y una capucha de pelo. Llevaba la melena, castaña, rala y desaliñada, recogida en un moño con una cinta. De su mano colgaba un bolso de punto forrado con lentejuelas. Era alta y delgada.

—¿Le conoces? —preguntó Stride.

—Oh, claro, es Mike Black.

Stride tardó un momento en establecer la relación. Black. Era el nombre que rezaba en la tumba que los vándalos habían destrozado. La tumba que quedaba a sólo unos pasos de donde Percy se había suicidado. A Stride no le gustaban las coincidencias.

—Anna te ha llamado Sophie, ¿verdad?

—Sí, ésa soy yo.

Le señaló en un gesto juguetón.

—Y usted es Jonathan Stride de la policía de Duluth, y la esposa del poli le ha pedido que averigüe por qué se suicidó, ¿verdad?

—Sabes mucho —observó él.

—Me gusta escuchar. Te enteras de muchas cosas. Nadie presta atención a los niños porque creen que somos estúpidos.

—Yo no creo que lo seas. —Y añadió—: ¿Hoy no tienes clase?

—No. Se ha reventado una cañería y el edificio se ha inundado. Qué pena, ¿eh? —sonrió.

—Sí. Recuerdo que, después de una tormenta de nieve, me quedaba pegado a las noticias esperando ver si cerraban las escuelas de Duluth —explicó Stride—. Ayudar a la señora Bruin en un día libre es todo un detalle.

—Oh, me encantan los niños y Mya es genial. Vaya, la señora Bruin me paga, pero disfruto haciéndolo.

—Deja que te pregunte algo, Sophie. ¿De qué va Mike Black?

—¿Mike? No lo sé, es un poco raro, pero mola. Yo también lo soy. Le gustan los animales, y eso es guay. Su madre y él tienen perros, gatos, conejos y toda clase de bichos. A la mayoría los ha rescatado Mike.

—Qué bien.

—Sí, a mí me gusta. Casi siempre va por ahí solo, pero eso es lo mismo que hago yo. Me sabe mal; los chicos de la escuela suelen ser bastante desagradables con él.

—¿Y eso?

—Oh, ya sabe; piensan que de tal palo tal astilla.

Stride frunció el ceño.

—¿Palo?

Entonces lo recordó. No hacía falta que Sophie le dijera quién era el padre de Mike Black, porque había leído la historia en los periódicos. Chester Black, conocido por el sobrenombre de Jet. Black era un escuálido mecánico de coches que había dejado el instituto y que tenía por costumbre pegar a su mujer y a su hijo cuando se emborrachaba los sábados por la noche. Tras un ataque especialmente salvaje, se declaró culpable de violencia de género para evitar una condena de cárcel.

El terapeuta que le asignó el juez era una joven psicóloga llamada Kelli Westmark.

Jet no quería que nadie hurgara en su mente enferma, en particular una mujer fuerte y atractiva. Tenía otros planes para ella: la secuestró y la retuvo dentro de las ruinas del noviciado, en la ribera del Río Rojo, donde la torturó durante días. Fue allí donde Percy Andrews los encontró. Fue allí donde disparó y mató a Jet Black.

Sophie le miraba.

—Ya sabe quién es, me lo imagino.

—Percy Andrews mató al padre de Mike —señaló Stride.

—Sí.

—¿Y cómo se lo tomó Mike?

—No lo sé. No sabría decirle si le gustaba Percy o si más bien lo odiaba. Sin duda estaba algo obsesionado. Lo seguía a todas partes y no dejaba de hablar de él. Normal, ¿no? Quiero decir que, aunque se lo merezca, el hecho de que asesinen a tu padre debe de ser una putada.

—Lo que pasó en el noviciado no fue un asesinato, Sophie —declaró Stride.

—Eso es lo que dice la gente, pero explíqueselo a Mike. Él sabe quién estaba en realidad con su padre esa noche.

Sophie se cubrió la boca con la mano, como si quisiera volver a meter las palabras en ella y cerrarla con llave. Los secretos eran algo grande y temible, difícil de guardar. Sobre todo cuando eras una chica y un chico guapo te contaba algo importante. Stride se agachó hasta que sus ojos quedaron a la altura de los de ella y le habló con calma. Era la chica a la que le gustaba escuchar.

—¿Quién más estaba en las ruinas? —preguntó.

—Nadie.

Stride esperó sin decir nada y observó a Sophie mientras ella parpadeaba con gesto nervioso.

—Nadie humano, quiero decir —añadió.

—¿De qué estás hablando?

Sophie se mordisqueó el labio y se ajustó las gafas. Daba la sensación de querer cavar un hoyo en la tierra, escurrirse dentro y tapanlo. Stride oyó el motor de un vehículo y vio una *pick-up* antigua que traqueteaba hacia la casa. Aliviada, Sophie se

acomodó el bolso en el hombro. Había visto su posibilidad de huida.

—Es mi padre —explicó—. Tengo que marcharme.

—Sophie, ¿quién cree Mike que mató a su padre?

Los ojos de la adolescente revolotearon de un lado a otro evitando los de Stride. Era como cualquier otra cría de doce años, jovial hasta que el mundo se volvía difícil, rodeada por un muro tan frágil como una cáscara de huevo. Stride no creía que fuera a contestarle, pero entonces Sophie se llevó las manos a la boca y su voz sonó ronca como la de una muñeca de cuerda.

—El demonio —susurró.

En el pueblo de Shawano nadie había olvidado a Jet Black.

Los monstruos locales se aferraban a la tierra como fantasmas aun mucho después de morir. Jet había nacido y se había criado en Shawano; allí se había convertido en lo que era. En las escuelas, en los parques y en los descampados. En la calle mayor y en los caminos de tierra. No le gustaba a nadie. Podía culparse al infortunio por los malos genes, pero en algún rincón de la mente de todo el mundo se escondía un molesto pensamiento: ¿fuimos nosotros?

¿Fuimos nosotros quienes lo convertimos en quien era?

Stride encontró la casa de los Black en el extremo oeste de la antigua autopista 29, a tres kilómetros del pueblo, donde los terrenos eran baratos. El camino de entrada, empequeñecido por enormes árboles, estaba lleno de baches de barro y nieve. Cerca de la calle, alguien había arrancado el buzón del poste y ahora estaba en el suelo, abollado y abierto. Salió del coche y oyó un aullido lastimero, como el de una manada de lobos bajo la luna llena. Eran perros, encerrados dentro de la casa, gimiendo. Por los diferentes tonos, calculó que había al menos cinco.

Avanzó con dificultad por el camino de entrada y supo que la familia de Jet seguía pagando por los pecados que él había cometido. El jardín estaba limpio, pero los vándalos debían de acudir con regularidad, por la noche. Los cristales apedreados de las ventanas estaban pegados con cinta adhesiva. En la puerta del garaje habían pintado obscenidades. De las paredes blancas colgaban manchas de heces congeladas color chocolate.

Apoyada en el garaje, sobre la tierra del camino, estaba la motocicleta roja de Mike Black.

Stride oyó cómo se abría la puerta principal y luego el golpe de una contrapuerta. Una mujer joven salió a la luz del sol. Detrás de ella, un puñado de perros peludos arañaban y saltaban contra el cristal, y los aullidos se convirtieron en un coro frenético de ladridos. Stride hizo visera con la mano y vio que la mujer sujetaba una escopeta apuntada hacia su pecho, y que su dedo estaba colocado cerca del gatillo.

Stride se detuvo de inmediato y levantó las manos.

—¿Quién es usted? —gritó ella.

Él se lo explicó y le enseñó su placa de policía, pero pasó otro minuto antes de que ella bajara la escopeta.

—Lo siento —dijo, pero la disculpa no sonó sincera—. Tengo que andarme con cuidado con los desconocidos. Por lo general, no vienen con buenas intenciones.

—Ya lo veo —convino él.

—Los que se dedican a hacer estas guarradas suelen ser chavales borrachos, pero nunca se sabe.

Stride se acercó al porche.

—¿Y usted es?

—Ginnie Black.

—¿Jet era su marido?

—Por desgracia.

—¿Le importa si le hago algunas preguntas? —Y añadió—: Mejor si no es a punta de pistola.

—Como quiera.

La mujer depuso la escopeta con una habilidad que hacía pensar que lo había hecho ya muchas otras veces.

—No dispongo de demasiado tiempo —advirtió—. Hoy tengo turno de mediodía. Pase, hablaremos dentro.

Los perros rodearon a Stride mientras seguía a la mujer. Se había quedado corto en el cálculo: vio dos rottweiler, un golden retriever, dos labradores negros, un caniche blanco, un sheltie y un schnauzer en miniatura que resultó ser el más perverso y pesado de todos. La cacofonía de ladridos resultaba ensordecedora, pero los perros se sumieron en el silencio con un solo chasquido de Ginnie.

—Están bien entrenados —comentó Stride.

Ginnie se encogió de hombros.

—Se lo debo a mi hijo Mike. Es algo así como un encantador de perros.

—¿Está en casa?

—No.

Pensó en la motocicleta que había visto y supo que ella mentía.

Stride estudió la sala. Los perros eran sólo una parte de la tropa de animales. Contó siete gatos tumbados sobre los muebles, cuatro conejos que dormían en una jaula y una iguana que disfrutaba de la luz del sol sobre una mesita de centro. A pesar de la cantidad de animales, la casa estaba impecablemente limpia. No vio polvo ni trastos sobre las superficies, y no había pelo acumulado en los cojines del sofá. La moqueta desprendía olor a limpio y en el aire no se distinguía ni el más leve atisbo de orines ni vómitos. Nada de lo que había en la casa era nuevo, pero Ginnie Black mantenía su entorno ordenado y limpio.

Ginnie, como todo en su casa, iba arreglada con esmero pero sin un gran dispendio económico. Vestía ropa de Wal-Mart —una sencilla camisa a cuadros, una falda oscura y un calzado práctico—, pero el conjunto era armonioso, y estaba claro que planchaba todas las prendas al sacarlas de la secadora. Su pelo castaño era largo y liso, y lo llevaba recogido en una cola de caballo que dejaba su amplia frente blanca despejada. Iba maquillada, pero su rostro era severo y anodino. No sonreía. La vida la había golpeado, pero no parecía una mujer que se diera por vencida.

—Tengo que mantener los animales dentro de casa —explicó—. Antes los dejábamos salir, pero perdimos un perro y un gato. Les cortaron la cabeza y los dejaron tirados en el umbral. Putos salvajes.

A pesar de la dureza de sus palabras, empleaba un tono tranquilo.

Stride se sentó en el sofá y un gato blanco y negro se acomodó perezosamente en

su regazo, sin dejar de ronronear.

—¿Se lo ha contado a la policía? —preguntó.

—A nadie le importa. Soy la esposa de Jet. El *sheriff* Weik envía a un agente para cubrir el expediente, pero no hacen nada por evitarlo. Así que ahora ya casi nunca les llamo.

—Usted no tiene nada que ver con lo que hizo su marido.

—¿Cree que eso les importa? Quieren que me marche, ésa es la conclusión. Les recuerdo a Jet y nadie quiere tenerlo presente, créame. Nadie quiere ver mi cara por el pueblo. Tuve que ir a Green Bay para conseguir un trabajo.

—¿A qué se dedica? —quiso saber Stride.

—Trabajo en el Lambeau Field. Es un buen empleo. Hago muchas horas extra, pero necesito el dinero; Jet no dejó más que deudas.

Stride vio que la rodilla izquierda de la mujer se sacudía siguiendo un ritmo que él no podía oír. Era el único destello de las emociones que embargaban a Ginnie Black. El resto, lo mantenía cerrado bajo llave, y en su rostro no se traslucía nada.

—¿Se ha enterado de lo de Percy Andrews?

—Sí. Es terrible.

—Percy mató a su marido —observó Stride.

—¿Y? Ojalá hubiera podido darle las gracias. Espero que no le sorprenda.

—No.

—Lo que lamento es no haberlo matado yo misma hace años, porque otras personas sufrieron a causa de mi cobardía. Alguna vez se me pasó por la cabeza. Guardaba un cuchillo debajo de la almohada y me quedaba allí tumbada escuchándolo respirar y pensando en rajarle la garganta.

—Puedo imaginar lo que tuvo que vivir junto a Jet.

—¿Ah, sí? Lo dudo.

—Conocí a una mujer de su misma edad en Duluth. Se llamaba Michaela, y su marido se parecía mucho a Jet; Michaela necesitó protección.

—¿Y usted la protegió? —preguntó Ginnie.

—Lo intenté, pero él la mató de todos modos.

El rostro de Ginnie quedó petrificado en una momentánea expresión compasiva que enseguida desapareció.

—Bueno, supongo que esa mujer debería haber dormido también con un cuchillo bajo la almohada.

—El caso es que nada de todo esto es culpa suya.

Ginnie se encogió de hombros.

—Entonces ¿de quién es la culpa?

Stride no contestó. Pensó en Anna Bruin: «Buscas a alguien a quien echarle la culpa». Incluso cuando no había nadie ni nada. Incluso cuando Dios se mantenía apartado mientras ocurrían cosas terribles.

—Antes o después, tienes que asumir la responsabilidad por ser quien eres —

continuó Ginnie—. Jet no era un holgazán ni un estúpido. Era listo, inteligente, atlético para ser un niño tan menudo. Practicaba atletismo, tenis, natación. Sí, sufrió malos tratos. Humillaciones. Le hicieron cosas que no le desearía a nadie, pero ¿sabe qué? A todo el mundo le ocurren cosas malas. Jet podría haberlo superado, pero en lugar de eso decidió que iba a vengarse por cada agravio que le habían infligido, y lo hizo. Empezando con Mike y conmigo, y terminando con Kelli. Se convirtió en alguien peor que cualquiera de las personas que le habían atormentado. Así que dígame, señor Stride, ¿cuándo se convierte la víctima en culpable?

Stride sabía que Ginnie tenía razón. No había una línea definida que separara la culpa de la inocencia. Se desdibujaba una y otra vez. Él había encarcelado a centenares de hombres maltratados durante su infancia que de adultos se habían convertido en acosadores, violadores y asesinos. Podría haberle dicho muchas cosas a Ginnie, pero se limitó a preguntar:

—¿Por qué se casó con él?

Ginnie paseó la mirada por el espacio limpio y ordenado en el que vivía. Stride tenía la sensación de que era una mujer a la que le gustaba transformar el caos en orden. Jet Black encarnaba el caos.

—Al principio sentía lástima —explicó—. Más tarde, cuando me di cuenta de quién era en realidad, fue demasiado tarde. Creía que cambiaría. Creía que yo podría cambiarle si le amaba lo suficiente. Qué estúpida.

—Estúpida, no; ingenua, quizás. Pero no es usted la única, es un club con muchos miembros.

Ella se encogió de hombros. En el silencio que se hizo a continuación, el gato del regazo de Stride saltó al suelo, avanzó hacia Ginnie y se tumbó sobre sus pies. Uno de los perros empezó a aullar, pero ella volvió a chasquear los dedos y la calma se instauró de nuevo. Stride observó cómo ella se alisaba la falda de forma compulsiva y supo que estaba ansiosa por que él se marchara.

—Acercas de Percy Andrews... —dijo.

—¿Qué quiere que le cuente? No lo conocía.

—¿Y a su mujer?

—¿A Kelli? No, claro que no; no la conozco. Debería haber hablado con ella hace años, pero no me vi con fuerzas. Dudo que ella tenga ningún interés en hablar conmigo.

—Deduzco que no les guarda ningún rencor por lo que sucedió.

—Ni el más mínimo.

—¿Y qué me dice de su hijo? —continuó Stride—. ¿Culpa a Percy por haber matado a su padre?

—Mike no se parece en nada a Jet —espetó Ginnie.

—No he dicho que se pareciera, pero es un crío. No ha debido de resultarle fácil perder a su padre, sobre todo en esas circunstancias.

—Jet nunca ejerció de padre con Mike, igual que no ejerció de marido conmigo.

Mike sabe exactamente qué clase de hombre era; me aseguré de que entendiera que Percy era un héroe por haber hecho lo que hizo. Le expliqué que Jet le había dado la espalda a Dios al entrar en el noviciado y que, después de eso, merecía todo lo que le ocurrió. Eso es lo que pienso. El lugar que acogen esos muros está sucio y maldito. Ojalá lo derribaran.

—La muerte de Jet debió de suponer una conmoción para Mike —observó él.

—Así es. No quiero que nadie le moleste.

—Me han contado que a Mike le gustaba seguir a Percy por el pueblo. ¿Es cierto?

—No sé nada al respecto.

—¿Está en casa? —preguntó de nuevo Stride.

—Ya le he dicho que no —insistió ella—. ¿Por qué quiere hablar con él?

—Trato de averiguar qué estaba pasando en la vida de Percy. Si Mike le rondaba, tal vez viera o sepa algo que le dé un sentido a los hechos. Eso es lo único que deseo, señora Black. Quiero ayudar a la esposa de Percy a entender lo ocurrido.

—Mike no sabe nada. Percy Andrews se suicidó. Es una tragedia; lo lamento por Kelli, pero no tiene nada que ver con mi hijo ni conmigo. No tenemos ningún interés en vernos implicados.

Ginnie se levantó.

—Creo que será mejor que se marche, señor Stride.

Él asintió.

—Por supuesto.

Mientras se ponía en pie, algo se movió dentro de la casa. Se oyó el ruido de una ventana y una puerta que se cerraban. Ginnie lo ignoró, fingiendo que no había sucedido. El motor de la motocicleta rugió en la calle. Ginnie se mordió el labio y se cruzó de brazos con fuerza. No parecía avergonzarse de sus mentiras. Mike Black había estado todo el tiempo en casa, había oído la conversación y ahora se había marchado. Había vuelto a escaparse.

—Detesta la muerte —murmuró Ginnie. Stride la miró.

—¿Disculpe?

—Jet era cazador. Cazaba de todo, pero nunca traía los cuerpos a casa; tan sólo le gustaba matar cosas. Solía llevarse a Mike, como un prisionero. Desde entonces, mi hijo odia la muerte. Sería incapaz de matar a un ser vivo. A ninguno. Ni siquiera un mosquito o una araña. La muerte le asusta porque le recuerda a Jet.

Stride abandonó la casa sin decirle nada más a Ginnie Black.

Regresó a la autovía de dos carriles al volante de su todoterreno. No había tráfico. Antes de girar en dirección al pueblo, contempló la carretera que se extendía hacia el este alejándose de Shawano e internándose en los campos abiertos. Unos doscientos metros más adelante, divisó la motocicleta roja. Mike Black miraba por encima de su hombro hacia Stride, esperándolo. El adolescente extendió el brazo y dobló repetidamente el dedo para indicarle a Stride que se acercara, y luego salió disparado y torció a la derecha por un solitario camino rural.

Stride hizo lo que el chico quería.
Lo siguió.

Tenían las carreteras secundarias para ellos solos. El bosque se abalanzaba desde ambos lados formando un denso muro. Pasaron sobre varios puentes que cruzaban los meandros del mismo arroyo helado, una cinta blanca en la hondonada que se abría entre los árboles. Stride perdió la cuenta de los giros que daban, pero Mike Black sabía adónde se dirigía. El chico parecía moverse con familiaridad. Stride conocía la sensación: de adolescente, él mismo había explorado las tierras del norte de Duluth hasta lograr que cada camino se convirtiera en un viejo conocido.

El muchacho giró hacia el oeste en County Road y Stride estuvo a punto de perderlo. Esperó a que un camión de plataforma pasara en dirección al pueblo, y cuando por fin tomó la curva, la moto había desaparecido. Aceleró para volver a alcanzarla, pero un kilómetro y medio más adelante, se percató de que Mike había abandonado la carretera. Dio media vuelta y recorrió el camino en sentido inverso, lentamente, hasta distinguir la moto roja aparcada entre las altas hierbas.

Stride se detuvo en el arcén y bajó de su todoterreno, cruzó la carretera y se encontró frente a una cancela oxidada sujeta entre dos postes de madera. La verja señalaba un claro entre los árboles, pero tras ella no había ningún camino, tan sólo roderas en la hierba que atravesaban una pequeña extensión de campo y desaparecían en el bosque.

Stride miró hacia arriba; las nubes oscuras que se acumulaban en el cielo oscurecían el sol de última hora de la tarde y conferían al mundo una tonalidad grisácea. No veía nada entre los árboles y estaba solo, pero las huellas de Mike dibujaban un rastro a través del campo. Rodeó los postes de la cancela y siguió el sendero hacia un plantío de cardos muertos que le llegaban a la altura de las caderas. El suelo bajo sus pies era irregular, y la nieve se le metió en las botas. Se detuvo al borde de los árboles y, a continuación, se zambulló en el bosque, siguiendo las huellas del chico.

El camino tenía amplitud suficiente para que pasara un camión, aunque Stride supuso que hacía tiempo que ningún vehículo lo recorría. El bosque había reconquistado la senda y había hecho brotar la hierba. Algunas ramas, bajas, largas y desgajadas por las tormentas, se combaban sobre el sendero y creaban una techumbre que bloqueaba la vista del cielo y hacía que Stride se viera obligado a agacharse para avanzar.

Mike Black se había detenido en el punto en que el sendero se abría a un claro. Más allá de su figura, Stride divisó el aluminio blanco de una gran caravana Wrangler que alguien había remolcado hasta allí. Mike estaba de pie al borde del claro fumando un cigarrillo, y parecía reticente a acercarse a la caravana. Cuando oyó los pasos de Stride, se volvió sin hacer ningún gesto.

El adolescente era unos treinta centímetros más bajo que Stride. La ropa, holgada, colgaba de su delgado cuerpo. Llevaba la melena morena recogida por dentro del

cuello de la cazadora vaquera; sus cejas se veían curiosamente oscuras sobre sus ojos azules, y tanto su nariz como su barbilla eran afiladas y estrechas. Tenía los labios gruesos y ligeramente separados, como si estuviera a punto de silbar. Su mirada permanecía fija en el vacío, como si escuchara una música que Stride no podía oír.

—¿Lo siente? —murmuró.

Stride oyó serpentear el viento entre los árboles. La nieve que caía de las ramas le sabía a niebla. Un cuervo graznó entre las altas copas. Había refrescado.

—¿Si siento el qué? —preguntó.

El chico se encogió de hombros.

—Nada.

—Me llamo Stride.

—Sé quién es.

Por la voz, parecía mayor de lo que era.

—Y también sé qué quiere.

La caravana se encontraba a veinte metros. Era un modelo de lujo, blanco y gris con rayas negras, pero sin duda llevaba allí varias estaciones: la suciedad se acumulaba sobre el aluminio y las malas hierbas crecían alrededor de las ruedas. El claro estaba descuidado, pero Stride distinguió los restos de una hoguera y una vieja barbacoa a carbón.

—¿Qué es este sitio? —quiso saber Stride.

—A Percy le gustaba venir aquí y yo le seguía.

—¿Por qué?

La nariz empezó a gotearle y el chico se la limpió.

—No lo sé. Sentía curiosidad por él, por lo que hacía, por qué lo hacía.

—¿Percy sabía que le seguías?

—Sí, una vez me pilló fuera de la caravana. Sabía quién era, y no se enfadó; estuvimos hablando un buen rato.

—¿De qué hablasteis?

—De cosas.

—¿De tu padre?

Mike negó con la cabeza.

—No, no hablamos de él. Nunca hablo de él.

—¿Te contó Percy por qué venía a este sitio?

—Me explicó que la caravana pertenecía un amigo suyo, un amigo que había muerto. Solían venir aquí a cazar, pero Percy me dijo que él ya no lo hacía. Eso me gustó. Yo estoy en contra de la caza. En fin, me explicó que venía aquí para pensar en su amigo y...

—¿Y qué? —preguntó Stride.

—Y a rezar.

Mike alzó la vista hacia él.

—¿Usted reza?

—A veces.

—Percy decía que las oraciones fortalecen a Dios, pero yo creo que se equivocaba, los malos ganan casi siempre, ¿verdad?

—No necesariamente —repuso Stride—. No cuando los buenos intentan detenerlos.

—Ojalá pudiera creerlo, pero no es así.

Mike negó con la cabeza, se estremeció y aplastó el cigarrillo sobre la nieve. Los abetos los contemplaban como gigantes desde las alturas.

—¿De verdad no lo siente?

—¿Sentir el qué? —volvió a preguntar Stride.

—El frío.

Stride se encogió de hombros.

—Sí, hace frío.

—No es sólo eso, hay algo más. Hace un segundo... ¿no ha oído reír a alguien?

—No.

—Yo sí. Una risa clara y cristalina. Una vez se lo conté a Percy y él me dijo que debía escuchar con mucha atención, porque yo oía cosas que nadie más podía. Dijo que era un don, pero a mí no me lo parece.

Stride estudió el rostro de Mike y vio a un niño perdido. «Un poco raro», había dicho Sophie. Era comprensible: su padre había cometido un acto espantoso que lo había llevado a la muerte. Ahora, el resto del mundo miraba al chico y se preguntaba si albergaría la misma semilla, si iba a seguir sus huellas. Era posible que Mike hubiera empezado a dudar de sí mismo. Un muchacho listo, sensible, temeroso de aquello en lo que iba a convertirse.

—¿Por qué querías que te siguiera hasta aquí, Mike? —quiso saber Stride.

—Tenía que contárselo a alguien —contestó el chico, y se frotó los ojos azules—. Sé por qué lo hizo Percy.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

Mike tragó saliva y miró hacia el camino, vacío y descuidado. Su cara se torció en una mueca.

—Hace dos semanas vine aquí buscando a Percy. Bajé hasta el claro y vi la puerta de la caravana abierta, pero él no estaba dentro. Se me ocurrió llamarlo a gritos, pero... no sé, algo me detuvo. No quería que supiera que estaba aquí.

Stride aguardó. Cuando el silencio se alargó demasiado, preguntó:

—¿Qué pasó luego?

—Oí ruidos en el bosque, más allá de la caravana. Allí no hay sendero, así que podía tratarse de un oso o de cualquier otra cosa. Pensé en esconderme dentro, pero no lo hice. Corrí de nuevo hasta aquí, hasta donde estamos ahora, me agaché entre los árboles para que nadie pudiera verme y observé.

—¿Qué viste?

—A Percy —explicó Mike—. Parecía... no sé qué parecía. Destrozado. Vacío.

Como si su vida hubiera terminado. Nunca he visto a nadie así. Imagino que ése es el aspecto que tienes cuando te apuntas con una pistola a la cabeza.

Stride esperó y el chico continuó.

—Percy entró en la caravana y cerró la puerta. Ni siquiera sé por qué me esperé. Tendría que haberme marchado, pero no lo hice. Él debió de quedarse dentro cerca de una hora, pero al final la puerta volvió a abrirse y Percy se fue. Caminaba hacia mí. No podía estar a más de dos metros, pero no me vio. Llevaba una bolsa grande de basura entre los brazos y su cara... estaba llorando. Sollozando. Yo le vi. Estaba... estaba...

—¿Qué? —preguntó Stride con suavidad.

—Estaba cubierto de sangre —dijo Mike.

La caravana pertenecía a Tom Bruin. Stride vio fotografías del forense fallecido pegadas a las ventanas, incluida una con su hija Mya tomada en la fase terminal de la enfermedad. En aquella fotografía, el jovial y rollizo médico que había visto en casa de Anna mostraba un aspecto demacrado, aunque sus ojos brillaban de amor por la niña que sostenía entre los brazos.

El interior de la caravana era reducido, pero cada centímetro estaba aprovechado con eficiencia. La cocina y la zona de comedor quedaban junto a la puerta, a la izquierda, e incluían unos fogones, un fregadero y una mesa plegable cuadrada empotrada en la pared. A su derecha había dos sofás, uno frente a otro, y una cama doble elevada que proporcionaba un espacio para invitados, con una cortina que podía correrse para gozar de intimidad. La mayoría de las superficies estaban impolutas; Stride olió a amoníaco y vio botellas vacías de desinfectante en el fregadero. Allí todo estaba limpio. Demasiado limpio.

Desinfectado.

Se puso unos guantes y comprobó la nevera, donde había un *pack* de seis cervezas Leinie y un paquete de queso *cheddar* mohoso a medio terminar.

Dentro de los armarios encontró ropa y material de caza, junto con excrementos de ratones y docenas de moscas muertas. Stride vio una caja de herramientas y la abrió; no olía a herrumbre, sino a lejía.

Siguió por el pasillo, apenas lo bastante amplio para que un adulto se escurriera por él. El dormitorio principal del extremo de la caravana, tenuemente iluminado, estaba forrado de moqueta. Tenía armarios con espejo y en la gran cama no había más que un somier metálico: los cojines, las mantas, las sábanas y el colchón habían desaparecido. Stride distinguió una decoloración en la pared de madera del cabecero. La forma era característica: de allí había colgado una cruz, pero alguien la había quitado.

Cuando se agachó junto a las ruedecillas de la cama, observó unas fibras blancas deshinchadas hundidas en la moqueta de lana y supo enseguida de qué se trataba:

filamentos de cuerda. Alguien había estado atado a la cama. Empezó a sospechar qué era lo que Percy se había llevado de la caravana en la bolsa grande de basura. Pruebas.

Pruebas de un crimen.

Salió de la caravana. Mike no se había movido y la oscuridad había empezado a cerrarse a su alrededor. Stride hizo un gesto hacia el bosque.

—¿De dónde? —preguntó—. ¿De dónde vino Percy?

Mike señaló a su derecha.

No resultaba difícil ver el camino que había que seguir. El bosque era tan denso como una caja de cerillas a rebosar, pero alguien había abierto una senda irregular rompiendo las ramas y pisando los retoños. El suelo estaba cubierto de clapas de nieve virgen que alternaban con trechos mojados y embarrados, alfombrado de hojas caídas, allí donde la nieve no había traspasado las copas de los árboles. A intervalos veía marcas de tacones sobre la tierra. Las botas de Percy.

Stride se internó en el bosque mientras las ramitas le latigueaban la cara. Siguió el camino que Percy había abierto dos semanas atrás; casi podía oír la respiración pesada de aquel hombre, oler su sudor, imaginar su paso caótico y desesperado. Vio jirones de tela desgarrada en las ramas que habían prendido en la ropa del policía, manchas de sangre seca en algunos pedazos de corteza.

No sabía cuánto había caminado; unos cien metros, tal vez más. Se había sumergido lo bastante en el impenetrable bosque como para alcanzar un lugar al que nadie iba nunca, ni los excursionistas ni los cazadores. Estaba pisando una tierra que, con toda probabilidad, tan sólo un hombre había transitado en décadas: Percy Andrews. Stride se lo imaginó pensando: «Ya me he alejado lo suficiente. Aquí estoy a salvo; nadie encontrará nunca este sitio».

El rastro vacilante se interrumpía en un punto entre los árboles. Stride descubrió el cuerpo.

Se habían limitado a tirarlo allí, tendido boca arriba. No se podía cavar en el suelo helado para enterrarlo. Los animales aún no lo habían encontrado. La nieve había caído entre las copas, pero la mayor parte del cadáver quedaba a la vista. Estaba desnudo, frío y duro como una piedra.

Stride examinó primero la cara. Era la que esperaba encontrar, aunque ignoraba por qué. A pesar de la boca abierta, la mirada salvaje y la agonía que reflejaba su expresión, reconoció al hombre de la foto del periódico que habían agitado frente a su rostro aquella misma mañana.

El hombre que yacía a sus pies era Greg Hamlin, el agente inmobiliario cuyo paradero Percy Andrews había intentado descubrir.

A lo largo de su vida Stride había visto muchos escenarios desagradables, pero aquél no era un asesinato cualquiera. Se trataba de un crimen de una ferocidad increíble, colmado de odio y locura. La muerte de Hamlin había sido atroz. Habían profanado y torturado su cuerpo, quemado y cortado su piel, quebrado sus huesos,

arrancado sus dientes y amputado sus genitales. Por la cantidad de sangre que había, dedujo que la mayor parte de las lesiones se habían infligido mientras el hombre aún seguía con vida.

Stride se fijó en una única palabra grabada en el torso del hombre. Grabada, como el resto de las heridas, mientras el hombre estaba consciente y sometido a un dolor inconcebible. Una palabra de letras gruesas y sangrientas. Una acusación. Un castigo.

Un término en alemán que ya había visto antes en el cementerio de Shawano.

Teufel.

SEGUNDA PARTE

—Dos cadáveres en dos días —le dijo Neal Gandy a Stride con una risita—. Felicidades, por aquí eso es todo un récord.

Stride no sonrió ante la broma, porque aquello no tenía nada de divertido. Sentía una opresión en el pecho. Tres horas después, la repugnancia por la crudeza del crimen aún no se había desvanecido. Ningún ser vivo merecía lo que le habían hecho a Greg Hamlin. Las horas que aquel hombre había pasado atado a la cama de la caravana de Tom Bruin debían de haberle parecido una condenación eterna.

—En cualquier caso, no hay duda de que debe realizarse la autopsia —continuó el forense—. El tipo de Green Bay al que suelo llamar no ha querido hacerse cargo, así que haré que mañana venga un especialista de Milwaukee. Había pensado no mover el cuerpo hasta entonces, pero Weik ha insistido en que teníamos que llevárnoslo, alegando que dejarlo aquí era una falta de respeto.

Stride contempló la actividad policial al otro lado de la carretera y no le impresionó. Había demasiados policías, demasiadas huellas que iban a contaminar el escenario del crimen. Lo había visto con anterioridad en otros pueblos donde la policía rara vez se enfrentaba a crímenes de envergadura, pero nunca pedía ayuda. Para ellos, aquello ocurría una sola vez en la vida, y no querían compartir la gloria con nadie. Como resultado, o bien el crimen quedaba sin resolver o bien un abogado defensor avisado conseguía revocar la mayoría de las pruebas incriminatorias.

—Tienes razón —comentó Stride—. Mover el cuerpo ha sido un error.

Gandy se encogió de hombros en un gesto de resignación, como si quisiera decir: «Hable con el sheriff». Ambos hombres se hallaban sobre el asfalto de la autovía, cortada en ambas direcciones. Estaba anocheciendo.

—Entre usted y yo, creo que Weik opina que el caso no llegará a juicio. Percy mató a Hamlin y luego se suicidó.

—¿Y tú piensas lo mismo? —preguntó Stride.

El joven arqueó las cejas.

—Lo siento, ¿usted no? El suicidio de Percy huele a confesión. Además, está todo ese asunto del demonio y las heridas del cadáver. Parece que estaba desquiciado.

Stride sabía que era probable que Gandy y el *sheriff* estuvieran en lo cierto. Si creía en las explicaciones de Mike Black, Percy había abandonado el cuerpo de Hamlin en el bosque. El propio Stride había sido testigo de la siguiente escena, cuando Percy se había volado los sesos con la pistola. Aquello era lo que haría un hombre culpable. Un hombre incapaz de vivir con lo que había hecho. El caso de asesinato parecía así quedar cerrado, pero la cuestión del porqué seguía abierta. Algo había llevado a la sangrienta encrucijada entre Andrews y Greg Hamlin. Algo había desencadenado aquella violenta cólera en el interior de la caravana.

—¿Por qué en alemán? —preguntó Stride.

Gandy le miró.

—¿Cómo?

—¿Por qué escribir *Teufel* en alemán? Percy no era alemán, ¿no?

—Creo que no, pero en esta zona hay mucha influencia alemana. En Shawano los niños crecen escuchando el cuento de *Der Teufel mit den drei goldenen Haaren*^[4], y la mitad de la gente del condado seguramente maldice a *Der Teufel* cuando se les cae algo encima del pie.

—Ya, pero Percy no se crio en Shawano —señaló Stride.

—Cierto, aunque si llevas veinte años viviendo aquí, lo más probable es que lo hayas oído. No sé por qué, pero el diablo da más miedo en alemán, ¿no le parece? Vive en *der Schwarzwald*^[5], come niños y escupe sus huesos.

Gandy se rio.

—En ese caso, no se aleja mucho de la realidad —comentó Stride, borrando la sonrisa de la cara del forense—. ¿Conocías a Hamlin? —añadió.

—Sabía quién era, claro —respondió Gandy—, pero no creo haber cruzado una palabra con él en veinte años.

—¿Y Percy? ¿Tenían alguna relación?

—Si la había, nunca lo mencionó. Hamlin era agente inmobiliario y no creo que Percy se moviera en sus mismos círculos. La esposa de Hamlin es otra historia. La mayoría de la gente trata con ella en el banco; si necesitas dinero, acabas hablando con Hope.

—El caso de la desaparición de Greg Hamlin terminó sobre la mesa de Percy —observó Stride—. Menuda coincidencia, si fue él quien lo mató.

—En realidad no —repuso Gandy—. Percy era el investigador general y se encargaba de todos los casos de ese tipo. Se lo habrían asignado de cualquier modo.

Stride frunció el ceño. No sabía si se trataba o no de un hecho relevante, pero le pareció interesante. Cualquiera que conociera la policía local, y eso incluía probablemente a toda la población de Shawano, sabía que la investigación de un caso de desaparición acabaría sobre la mesa de Percy Andrews.

Entonces cayó en la cuenta de que estaba buscando excusas. Explicaciones alternativas a la muerte de Hamlin y el papel que había desempeñado Percy en ella. Aquél no era su enfoque habitual, e iba en contra de sus instintos. Cualquier agente de policía experimentado sabía que la solución más probable era casi siempre la correcta. Percy había matado a Hamlin y después se había suicidado. Fin de la historia.

Sin embargo, había algo que no encajaba.

—Hamlin se esfumó hace un mes, pero Mike Black ha dicho que vio salir a Percy de los bosques hace sólo dos semanas. ¿A qué se debe el intervalo?

Gandy se encogió de hombros.

—Ya ha visto el estado en que se encontraba el cuerpo. Debieron de ser dos semanas muy largas para Hamlin.

—Quizás. O puede que Hamlin ya estuviera muerto cuando Percy lo encontró.

—Bueno, sabremos más cuando establezcamos la fecha de la muerte, pero el hecho de que el cuerpo haya permanecido tanto tiempo al aire libre va a dificultar la tarea. No estoy seguro de que podamos fijarla con seguridad.

—No.

—Si cree que Percy no lo mató, teniente, entonces ¿quién lo hizo? Y si Percy fuera inocente, ¿por qué se habría molestado en esconder el cuerpo?

—No lo sé —admitió Stride—. Das por hecho que eso es lo que hizo.

—¿Cree que Mike Black se lo ha inventado? ¿Que en realidad no vio a Percy en el bosque?

—Es posible. No probable, pero sí posible. Mike es el único testigo que vincula a Percy con el cuerpo de Hamlin. No hay otras pruebas que los relacionen.

Gandy se llevó los dedos a la sien y fingió dispararse.

—Bang.

—Sí, lo sé, el suicidio —convino Stride—. Pero un suicidio no es un asesinato.

—Es cierto. Comprendo su punto de vista. Mire, yo no conozco a Mike Black, pero mi hija Sophie sí. A ella le gusta, y eso me basta. Aun así, no cabe duda de que el chico ha sufrido mucho. Su padre hizo algo terrible y terminó muerto, y eso es algo que llevará siempre consigo. Además, la gente de los pueblos puede ser muy cruel. Sophie me ha contado que los chicos de la escuela siguen acosando a Mike. Unas veces esos niños consiguen superarlo y otras la cosa acaba como en Columbine, ¿sabe a qué me refiero?

Stride asintió.

—Ginnie Black dice que todo empezó también así con Jet.

—Claro. Hace años, Jet era un chico decente. Buen deportista. Al principio todos somos inocentes, ¿verdad? Y luego las cosas se van a la mierda. Es imposible de predecir.

—La infancia nos jode la vida —comentó Stride—, y pasamos el resto de nuestros días intentando ponerle remedio.

—Joder, es verdad —convino Gandy—. Esa clase de cosas me preocupan. El divorcio de mi exesposa fue una etapa muy dura para Sophie. Ojalá pudiera decir que nos comportamos como dos personas adultas, pero no es así. Yo dije cosas horribles sobre mi ex y ella dijo cosas aún peores sobre mí. Sophie estaba en medio. Luego tratas de compensarles, los llevas a terapia, les regalas un *smartphone* y una Xbox, y les repites una y otra vez que no es culpa suya. Aun así, no puedes evitar contener la respiración y preguntarte cómo les afectará.

—Hoy he conocido a Sophie. Una chica muy dulce. Y lista.

Gandy asintió.

—Los chicos salen bien a pesar de sus padres.

—Sophie me ha contado algo extraño —añadió Stride—. Ha dicho que Mike Black culpaba al diablo de la muerte de su padre, no a Percy. Como si el diablo hubiera estado en las ruinas aquella noche. No he tenido ocasión de preguntarle a

Mike al respecto. ¿Te ha contado algo Sophie? ¿Tienes idea de qué puede querer decir?

El forense negó con la cabeza.

—En absoluto.

—El diablo no deja de aparecer por aquí —observó Stride.

—En las zonas rurales, la gente se toma el pecado muy en serio —repuso Gandy—. Aquí, el bien y el mal no son abstracciones. Hay que elegir un bando. Pero ¿lo del noviciado? En aquella situación, Percy fue el bueno; Tom siempre lo decía. Sin él, Kelli habría acabado igual que el señor Hamlin. Al final, alguien la habría encontrado, a ella o a lo que quedara de ella. No fue agradable. Si el diablo estuvo allí de verdad, era Jet Black. Como pone en su lápida.

Stride encontró a su tío sentado en el centro del frío garaje. Su *pick-up* estaba aparcada en el camino de entrada. Una linterna fija colgaba por encima de su cabeza, en el extremo de un alargador naranja; tenía las herramientas y una botella de cerveza al alcance de la mano, y había un viejo cortacésped verde desmontado a su alrededor, sobre el suelo de cemento. En el radiocasete de Richard sonaban los Beatles. *Blackbird*.

—Parece una antigüedad —comentó Stride haciendo un gesto hacia el cortacésped.

Richard pulía las cuchillas manchadas de verde, y no apartó la mirada de lo que estaba haciendo. El metal rechinaba contra el metal.

—Sí, tan antiguo como su dueño. Hace treinta años que lo tengo y supongo que puedo hacerlo durar unos cuantos meses más. No me gusta renunciar a las cosas sólo porque hayan envejecido. Por lo general, son más fiables que los modelos más nuevos.

—Eso es cierto.

Su tío señaló hacia las estanterías metálicas que se alineaban en las paredes del garaje.

—He encontrado un par de cosas para ti; están allí, dentro de un sobre. He pensado que te gustaría llevártelas.

Stride abrió el sobre y dentro encontró dos fotografías. Una de ellas era una instantánea en la que aparecía junto a Cindy, tomada frente a la casa de Richard veinte años atrás. Sonrió al ver a su difunta esposa: aquel cuerpo menudo que apenas alcanzaba los cuarenta kilos, aquella hermosa cara con su nariz pequeña y afilada, aquella melena perfectamente alisada, aquella pícara sonrisa suya que parecía reírse siempre del mundo. También se vio a sí mismo, su yo de hacía tantos años. Sin canas ni hondas arrugas que le surcaran la frente, con los ojos oscuros, brillantes y vivos.

—Esa mujer tuya era una joya —comentó Richard.

—Lo era.

Stride se resistía a guardar la foto en el sobre.

—Es curioso; en aquella época pensaba que mi vida seguía una línea recta: sabía dónde empezaba y dónde terminaría. Nada iba a cambiar.

—A mí me parece la descripción perfecta de la inercia —señaló su tío.

Stride contempló la segunda fotografía, en la que aparecía Serena Dial.

Richard la había tomado en una ocasión en que los había visitado en Duluth, dos años atrás. Serena estaba sola en la playa que había detrás de su casa en Park Point, a unos pasos de las olas del lago Superior. Se la veía hermosa y melancólica. Alta. Voluptuosa. Resultaba difícil imaginar que aquella mujer pudiera sentir celos de nadie, pero así era. Los había sentido de Cindy, constantemente ensombrecida por la primera esposa de Stride que nunca envejecía, que nunca cambiaba, que permanecía

siempre perfecta.

Richard lo observó desde el suelo del garaje. Stride no veía mucho parecido entre su tío y él, pero ni Cindy ni Serena habían estado de acuerdo. Ambas aseguraban que cualquiera habría podido establecer el parentesco. Los hombres Heling se comportaban de un modo concreto, como nervudos animales de labranza. Stride siempre había creído que debía la mayor parte de su herencia genética a su padre, pero Cindy y Serena habían señalado hacia su lado materno.

—¿Cómo es que no te has casado nunca, Richard? —preguntó.

Su tío siguió concentrado en las piezas del cortacésped.

—Ninguna mujer me ha aguantado.

—Bah, no me lo creo. Inteligente, buen cocinero, un manitas...

—Si tratas de redactar un anuncio para la sección de corazones solitarios, ya puedes dejarlo —dijo Richard—. ¿Quieres saber la verdad, Jon? He conocido a mujeres maravillosas; me he acostado con algunas de ellas, aunque no con muchas, me temo. Aun así, después de todo este tiempo, nunca me he enamorado. Ésa es la respuesta. Encontrar un alma gemela es un regalo poco común para un hombre, incluso entre los que se casan.

Apartó por fin la mirada de su trabajo el tiempo suficiente para captar la de Stride.

—Y es incluso más extraño cuando sucede dos veces.

Stride no dijo nada. Volvió a mirar las fotografías, una en cada mano. Contempló a Cindy. A Serena. Después, las metió de nuevo en el sobre. Se acercó a la puerta del garaje y miró hacia fuera, hacia el vecindario. En casa de Kelli, al otro lado de la calle, las luces estaban encendidas. Había un lujoso Mercedes descapotable aparcado junto al bordillo. Stride sabía que la policía llegaría pronto con una orden de registro para poner su casa patas arriba.

—Las noticias vuelan —comentó Richard—. Greg Hamlin. ¿Lo han asesinado?

—Sí.

—En circunstancias desagradables, he oído.

—Más que desagradables —dijo Stride.

Su tío negó con la cabeza.

—¿Y fue Percy quien lo hizo?

—En caso de que Mike Black diga la verdad, Percy está de algún modo involucrado.

Richard se terminó la cerveza, tumbó el botellín sobre el suelo y lo hizo girar.

—Jesús. Es difícil imaginárselo como un asesino sádico. No era esa clase de hombre.

—Nadie lo es —observó Stride—. Los vecinos siempre se sorprenden al descubrir que viven junto a un depredador y salen en televisión diciendo: «Era un tipo muy normal». Pero no lo era; sólo lo parecía.

—Entonces ¿piensas que la policía va a encontrar cuerpos en el sótano de Percy?

—Sin duda van a buscarlos —confirmó Stride—. Quién sabe qué encontrarán.

Su tío se levantó del suelo con agilidad y cogió un juego de llaves del tablero de la pared.

—Kelli no cree que Percy fuera culpable.

—Estoy seguro. Las esposas nunca lo creen.

—No es sólo una esposa ingenua que protege a su marido, sino una mujer que conoce el mal mucho mejor que yo. Quizás incluso mejor que tú, Jon. Dice que Percy no era un psicópata y que no tenía absolutamente ninguna razón para matar a Greg Hamlin.

—Es posible que el motivo no sea evidente, pero en algún momento sus vidas se cruzaron.

—Bueno, Percy era agente de policía —observó Richard—. Todos los polis de Shawano conocen a los Hamlin. Eso no significa que Percy lo matara.

—¿Por qué conocía tan bien la policía a los Hamlin?

Su tío se encogió de hombros.

—Múltiples altercados de violencia doméstica, como lo llamáis vosotros.

—¿Le pegaba a su mujer? —preguntó Stride.

—Oh, según tengo entendido, Hope no se quedaba corta. Eran una pareja violenta. Discutían y se lanzaban cosas, y antes o después, uno de los dos empezaba a soltar puñetazos. Y eso desde que se casaron; hablamos de unas cuantas décadas de conflicto. Se dice que solían alimentar sus trifulcas con grandes dosis de vodka y ginebra.

—Interesante —comentó Stride.

—No soy muy fan de ninguno de los dos. No digo que Greg se mereciera lo que le pasó en los bosques, pero no me gustaba. Estoy seguro de que el sentimiento era mutuo.

Stride se apoyó en la pared del garaje. Una ráfaga de aire frío depositó un montón de nieve sobre el suelo de hormigón. La linterna colgante se balanceaba como un péndulo y hacía danzar las sombras.

—¿Cómo conociste a Hamlin?

—Los dos trabajábamos como profesores en la escuela —explicó Richard—. Yo de ciencias y Greg de matemáticas, además de ser el entrenador. Una personalidad arrolladora: hablaba muy alto, le gustaba la fiesta, bebía en exceso y tenía muy mal genio. Trató de enseñarme a dar clase y yo le enseñé por dónde podía meterse sus consejos. No me entristeció que se marchara; el tipo encajaba mucho mejor en el negocio inmobiliario. Alguien me contó que Hope lo animaba a meterse en política, y creí que se presentaría como candidato a la oficina del condado o al ayuntamiento. Gracias a Dios, no llegó a suceder. No es la clase de hombre al que uno le gustaría saber con el poder suficiente para mangonear a la gente.

—¿Habías hablado con él últimamente? —preguntó Stride.

—No, hasta hace unos meses no mantuvimos ningún tipo de contacto. A mí me

parecía perfecto. Éste es un pueblo pequeño, pero es posible ponerse anteojeras para evitar a ciertas a personas.

—¿Y qué pasó hace unos meses?

Richard dejó la llave inglesa en el suelo, se levantó y se limpió las manos grasientas con un trapo. A pesar del frío, la calva le brillaba con gotas de sudor.

—De hecho, fue bastante raro. A principios del invierno recibí una nota de Greg, sólo un par de frases. Me decía que era consciente de que, mientras trabajábamos juntos, en ocasiones se había comportado como un hijo de puta. Quería saber si podía compensarme de alguna forma.

—¿A qué se debió? —preguntó Stride.

Su tío negó con la cabeza.

—Ni idea. Ya te he dicho que durante años nos habíamos limitado a saludarnos en la feria del condado.

—Anna Bruin me contó que Hamlin había cambiado tras la muerte de su padre. Como si se replanteara el modo en que había vivido hasta entonces. Dejó de comportarse como un capullo.

—Sí, tal vez —repuso Richard—. Pero mi parte cínica piensa que sólo estaba intentando limar asperezas para poder meterse en política. En cualquier caso, me pareció demasiado poco y demasiado tarde. Tiré la nota a la basura.

Stride volvió a mirar hacia la casa del lado opuesto de la calle. En el resplandor de la ventana de la sala distinguió una silueta que reconoció como la de Kelli Andrews. Quería hablar con ella antes de que llegara la policía, pero no estaba precisamente ansioso por hacerlo. Su tío siguió su mirada.

—Bueno, ¿y ahora qué? —preguntó.

—Eso depende del *sheriff*.

—¿Weik? Le cargará el muerto a Percy y luego dará carpetazo al caso.

—Tal vez sea lo correcto —indicó Stride—. Es probable que Percy sea culpable.

—Si no fuera porque entonces Kelli nunca sabrá qué pasó. Weik se dedicará a difamar a Percy o dejará que corra el rumor de que era un monstruo perverso. Y sí, de acuerdo, si lo era, lo era. Yo no lo creo, pero tienes razón: es difícil saber lo que anida en el corazón de otro hombre. Aun así, Kelli merece saber quién era en realidad su marido. Es una mujer dura, puede enfrentarse a las malas noticias, pero no estoy seguro de que pueda sobrellevar la ignorancia.

—Se trata de una investigación criminal abierta —le recordó Stride—. Aquí no tengo jurisdicción; no puedo inmiscuirme.

—¿Es eso lo que piensas decirle a Kelli?

—Así es —afirmó Stride.

Su tío hizo un ruidito con la garganta, como si intentara tragar algo que no quería bajar. Stride sabía cómo era Richard, un idealista que veía el mundo tal y como se suponía que debía ser, y no como era en realidad. Stride no podía permitirse ese lujo.

—Hablaré con ella —añadió.

Richard no contestó. Había vuelto a sentarse frente al cortacésped y estaba ensamblando las piezas, ajeno a la presencia de su sobrino. Antes de que Stride llegara la vida transcurría, y continuaría transcurriendo después de que se marchara por la mañana. Con una ironía maliciosa, los Beatles entonaron *Get Back*, vuelve, como si quisieran enviarlo de vuelta a donde pertenecía. Stride bajó por el camino de entrada. El frío nocturno había convertido la nieve fundida en hielo y el suelo estaba resbaladizo. Cruzó la calle. El lujoso Mercedes seguía aparcado junto al bordillo; no le parecía la clase de coche que conducirían Kelli o Percy. Mientras se acercaba a la puerta principal, continuó viendo la silueta de Kelli enmarcada por la ventana, de espaldas a la calle. También oyó voces, altas y descontentas.

Intentaba escuchar qué decían cuando sonó un disparo. La ventana de la sala se hizo añicos con la explosión y los cristales salieron volando. Stride se lanzó sobre el césped nevado y oyó gritar a una mujer desde dentro de la casa.

—¡Te mataré!

Stride entró empuñando su pistola. La puerta delantera estaba abierta y vio a Kelli Andrews frente a la ventana hecha añicos. El viento soplaba a través del agujero y revolvió su pelo sucio. Estaba impávida; su rostro no reflejaba ninguna emoción y las serpientes entrelazadas del tatuaje del cuello estaban paralizadas, con la boca abierta y los colmillos a la vista. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y los pies clavados en la moqueta.

A tres metros, Hope Hamlin apuntaba a la cabeza de Kelli con una pistola.

El rostro de Hope era una máscara mortal, blanco como el papel y surcado por regueros de rímel negro. Sus mejillas estaban teñidas de rojo y sujetaba un enorme revólver con manos firmes como una roca.

—¡Admite lo que hiciste! —gritó Hope.

Kelli no dijo nada. Su tranquilo desafío al arma que la apuntaba alimentó la furia de Hope. Las narinas de la mujer se inflaron con unas cuantas inspiraciones rápidas.

—Señora Hamlin, baje el arma —le ordenó Stride.

La mirada azul de Hope, inyectada en sangre, se dirigió a Stride y luego volvió a centrarse en Kelli.

—Voy a matar a esta jodida furcia —siseó—. Todo esto es culpa suya.

Incluso desde el otro extremo de la estancia, Hope apestaba a alcohol. Por desgracia, era una borracha funcional, perfectamente capaz de incrustar una bala a Kelli entre los ojos. Una uña roja se cerró sobre el gatillo.

—Señora Hamlin —repitió Stride con brusquedad—. Deténgase y baje el arma. Ahora.

—¡No hasta que admita lo que hizo!

Kelli habló al fin. Su voz sonaba débil por encima del silbido del viento.

—No puedo admitir lo que no he hecho.

—¡Mentirosa! ¡Putas!

El cuerpo menudo de Hope Hamlin temblaba de furia y tenía el labio inferior curvado como un anzuelo. Sus brazos se crisparon y Stride estaba a punto de disparar cuando la mujer apoyó el revólver contra la pared con un grito de frustración. Él mantuvo su pistola en alto y fue a recoger el arma, pero se detuvo al oír un aullido que surgía del pecho de Hope. La mujer cruzó la sala y arremetió contra Kelli Andrews.

Hope era pequeña al lado de Kelli, pero consiguió derribarlas a las dos sobre el suelo y rodear el cuello de Kelli con sus dedos alargados. Maldijo una y otra vez mientras presionaba la tráquea de Kelli con los pulgares, y ésta, cogida por sorpresa, empezó a ahogarse sin tiempo de reaccionar.

Stride agarró a Hope por las axilas y tiró de ella para separarla de Kelli. La mujer se revolvió como un gato salvaje, retorciéndose y lanzando chillidos y talonazos de forma indiscriminada. Stride la sacó de la casa en volandas. En el camino de entrada

se toparon con Richard, que subía corriendo hacia la casa de los Andrews.

—¿Qué demonios ocurre? —bramó Richard—. ¿Eso ha sido un disparo?

—Entra —le ordenó Stride—. Hay un arma en el suelo; asegúrate de que nadie la toque y ayuda a Kelli, ¿vale?

Su tío desapareció dentro de la casa. Stride dejó a Hope Hamlin sobre un montón de nieve y la tendió sobre el césped mojado del jardín. Ella trató de liberarse, pero el frío, la humedad y el alcohol no tardaron en apagar sus ganas de luchar. Cuando por fin se quedó quieta, Stride se sintió lo bastante confiado para soltarla. Hope permaneció tendida boca arriba, contemplando el cielo. Su elegante ropa de banquera estaba manchada de nieve y tierra, y de su perfecta melena sobresalían mechones despeinados. Ahora, con la ira convertida en pena, sí reflejaba la edad que tenía. Hope se echó a llorar, incapaz de hablar; las lágrimas corrieron por su rostro contraído y brillaron bajo la luz de la luna. Cuando por fin pudo hablar, murmuró una y otra vez el nombre de su marido.

—Greg, Greg, Greg —susurraba con la respiración entrecortada.

—Lamento su pérdida —dijo él.

Hope giró la cabeza a un lado y apoyó la mejilla en la nieve. Por primera vez, pareció tomar conciencia de quién era Stride.

—¿De verdad está muerto? ¿Usted lo vio?

—Lo lamento —repitió Stride.

Ella cerró los ojos mientras los copos acumulados en las ramas se posaban sobre su piel.

—Creía que me había abandonado —murmuró—. No se lo dije a nadie, pero era lo que pensaba. Que al final se había cansado de mí. Pero esto...

Stride permaneció en silencio. Ella volvió a abrir los ojos, y estaban vacíos.

—Cuando lo conocí, me di cuenta enseguida de que Greg era como yo: alguien que no quería llevar una vida fácil y anodina. Sé que la gente nos odiaba, pero no nos importaba. Si dejas que la gente te manipule, es tu problema. Sólo los fuertes sobreviven.

Stride siguió sin decir nada. Conocía a demasiada gente como Hope y Greg Hamlin, personas que creían que la vida era una competición que había que ganar. Como si en la línea de meta hubiera algún trofeo especial por resultar vencedor. Stride había visto con sus propios ojos que los ganadores y los perdedores morían de la misma forma.

—Era un chico tan guapo —continuó Hope—. Alto, con las facciones marcadas, delgado, un bigote bien recortado. No se andaba con tonterías. Cuando jugábamos a tenis, me daba una paliza. La mayoría de los hombres me habría dejado ganar, pero él decía que, si quería ganar, tenía que vencerle. Me ponía a mil.

Enfocó la vista y, en un raptó de sobriedad, observó:

—Se lo conté todo a ese poli —le espetó—. Él sabía la verdad.

—¿Percy? —preguntó Stride—. ¿Qué le contó?

Hope se apoyó en las manos para incorporarse.

—Greg tenía una aventura, el muy cabrón. Tal vez piense usted que soy la peor zorra del mundo, pero nunca le engañé. Nunca.

—¿Está segura de que tenía una aventura?

—¿Cree que no conozco a mi marido? —le espetó Hope—. Lleva meses desapareciendo los martes por la noche. Me dijo que iba a jugar al tenis al gimnasio, pero mentía. Un día fui a buscarle y me dijeron que hacía ya tiempo que no pasaba por allí. Enseguida supe qué sucedía; había otra mujer. Una de las clientas del banco me contó que había visto a Greg en Green Bay. La muy zorra era todo dulzura e inocencia: «Oh, había una mujer con él en el coche, pero estoy segura de que en eso no hay nada reprobable», y mientras, me dedicaba una sonrisa de superioridad.

—¿Habló usted con Greg? —quiso saber Stride.

Los ojos de Hope volvieron a relampaguear de furia.

—¡Claro que hablé con él! Le rompí una botella de vino sobre el capó del coche y hablé con él. Más bien le grité. El cabrón mentiroso lo negó, pero yo no le creí. Y entonces ¿sabe qué me dijo?

Stride esperó.

—Me dijo que quería el divorcio. Que ya no podía seguir viviendo conmigo. Yo era demasiado irritable para él. Treinta años de matrimonio con un hombre y cuando se muere su padre se convierte en un pusilánime. Empieza a ir a la iglesia, nunca alza la voz y se busca a una jovencita para metérsela. Y tira a la basura a la esposa vieja y enfadada. Cabrón.

Cuando terminó de insultar a su marido volvió a echarse a llorar. Él le dio un minuto mientras las emociones de Hope fluctuaban. Cuando terminó, la mujer se secó la nariz respingona con la manga.

—¿Le habló a Percy de sus sospechas? —quiso saber Stride.

—Se lo conté todo: las escapadas de los martes, la mujer de Green Bay. Si Greg me había abandonado, quería conocer la verdad. Mi intención era localizarlo y sacudirlo hasta quedarme con cada penique que hubiera ganado en su puta e inútil vida.

Hope se atragantó y escupió una flema sobre la nieve.

—¿Qué le dijo Percy? —preguntó Stride.

—Que no podía encontrar a Greg. Que no había ni rastro de él. Que había desaparecido y no tenía idea acerca de su paradero. Que yo iba a tener que acostumbrarme a vivir con aquello. «Lo lamento, señora, pero a la gente que no quiere que la encuentren, por lo general no se la encuentra». Y durante todo ese tiempo, el muy hijo de puta averiguó lo que había ocurrido en realidad.

Stride contempló la ventana esquirlada de la casa de los Andrews y pensó en Hope amenazando a Kelli con el revólver.

—¿Qué cree que descubrió Percy?

—¡Que la amante era su propia mujer! —chilló ella—. Mi marido se follaba a su

esposa, así que el poli fue y lo mató. Y luego el muy cobarde se suicidó.

Stride contempló su rostro, contorsionado por la furia. A lo largo de su carrera había tenido que lidiar con numerosas víctimas difíciles, pero Hope Hamlin se contaba entre las mujeres más odiosas con las que se había topado. Tenía que recordarse una y otra vez que había perdido a su marido de una forma terrible.

—Señora Hamlin, incluso aunque su marido tuviera una aventura, ¿por qué está tan segura de que era con Kelli Andrews?

Ella lo cogió por la muñeca. Su agarrón era fuerte y le clavó las uñas en la piel.

—¡Porque Percy me mintió! ¡Me mintió en la cara! ¡Él lo sabía!

—¿De qué habla?

—¡Percy tenía todos los registros de Greg! —le espetó Hope—. ¡Los registros telefónicos! ¡Los de las tarjetas de crédito! Me dijo que no había encontrado nada, pero era una puta mentira. ¡Lo comprobé! Desenterré la última factura del móvil de Greg y la comprobé por mí misma. La noche en que desapareció... la última llamada que hizo mi marido, ¿sabe a quién fue?

El rostro de Hope adoptó una expresión lobuna que disgustó a Stride.

—A ella —dijo—. A esa puta. Greg llamó a Kelli Andrews. Y Percy lo sabía.

—No es verdad —le dijo Kelli.

Estaba sentada en el sofá con las manos en el regazo y era un oasis de calma. Su perfume, una esencia de flores primaverales, emanaba de su piel como un susurro. El aire nocturno que se colaba por la ventana rota había enfriado la casa. Una mujer acababa de disparar una bala que le había rozado la cabeza. Su marido estaba muerto y era sospechoso de un asesinato terrible. Y aun así, Kelli Andrews hacía gala de una paciencia con reminiscencias *zen*. Parecía acumular fuerzas a medida que los acontecimientos se cernían sobre ella.

Stride había asegurado el revólver de Hope antes de que su tío se llevara a la mujer a su casa, al otro lado de la calle, donde estaba intentando bajarle la borrachera a base de café. Stride se encontraba a solas con Kelli, pero aquello no duraría demasiado. La policía llegaría en cualquier momento, y él quería obtener algunas respuestas antes de que apareciera el *sheriff* Weik.

—Hope Hamlin dice que ha llamado al número que había en la factura del móvil de su marido —le explicó Stride—. Y que has contestado tú.

Kelli asintió.

—Sí, hoy mismo. Ignoraba el motivo de su llamada. Lo único que sé es que al cabo de un momento se ha presentado en mi casa gritando y amenazándome con un arma.

Stride escrutó su rostro buscando señales de que mentía.

—¿Te llamó Greg Hamlin hace un mes?

—No.

—La factura indica que sí lo hizo.

—Bueno, si me llamó, debió de equivocarse de número. Recibo llamadas comerciales todo el tiempo y no suelo contestar.

Stride meneó la cabeza.

—Si Hope está en lo cierto, ésa fue la última llamada que Greg efectuó antes de desaparecer. Te llamó a ti; nadie va a creer que se trate de una coincidencia o un error. Tienes que ser sincera conmigo, Kelli. ¿Mantenías una aventura con el marido de Hope y Percy lo descubrió?

Kelli se levantó del sofá y se estremeció cuando la brisa la alcanzó. Cogió una fotografía de Percy de una mesa cercana y la sostuvo contra el pecho. No agachó la cabeza ni evitó su mirada.

—No tenía ninguna aventura, Stride. Ni con Greg Hamlin ni con nadie. Yo amaba a Percy.

—La policía no tardará en llegar. Van a registrar la casa y los ordenadores de arriba abajo.

—Que registren. No van a encontrar nada.

—Tienes que entender que todo esto no afecta sólo a Percy. Ya no. Te afecta

también a ti.

Kelli frunció el ceño en un gesto de turbación.

—¿De qué demonios hablas?

—Vas a convertirte en sospechosa del asesinato de Greg Hamlin —declaró él.

—¿Qué? ¡Eso es una locura!

—No, no lo es. Percy era el policía encargado de investigar la desaparición de Greg. Según parece, Percy arrastró el cadáver de Hamlin hasta el bosque para esconderlo, y la esposa de Hamlin acaba de sugerir que Greg y tú teníais una aventura. Si yo fuera el *sheriff* Weik, pensaría que o bien Percy mató a Hamlin o bien lo hiciste tú, y luego Percy encubrió el crimen para protegerte, pero fue incapaz de seguir cargando con ese peso en su conciencia.

Ahora sí distinguió algo en el rostro de Kelli. Un atisbo de preocupación. Su calma había empezado a resquebrajarse.

—Eso no es lo que ocurrió.

—Weik va a preguntarte sobre esa llamada telefónica y no creerá que fue una equivocación.

—Lo siento, pero no puedo explicarla.

—¿Te preguntó Percy por la llamada?

—No —contestó ella—. Nunca lo mencionó.

—¿Te preguntó si conocías a Greg Hamlin?

Kelli asintió.

—De hecho sí, pero no le dio importancia.

—¿Qué le dijiste tú? —quiso saber Stride.

—Que no, que no lo conocía.

Stride pensó en la mujer que tenía frente a sí y en las cosas por las que había pasado. Era fuerte; tenía que serlo para llevar a cabo su trabajo, para sobrevivir a su experiencia en el noviciado. Su interior era de acero, y el acero bloqueaba las emociones. Había tenido que volverse inmune al dolor. Supuso que no había otra forma de tratar a la gente que acudía a ella. Los maltratadores y los maltratados. Los acosadores y los que sufrían sus pullas.

Recordó lo que había dicho su tío sobre Greg Hamlin: que era un hombre duro. Un profesor de mal carácter que no estaba hecho para la enseñanza. Un marido en un matrimonio inflamable. Hacía poco, sin embargo, había cambiado. Su carácter se había suavizado. Como si hubiera recibido ayuda.

—¿Era Greg Hamlin cliente tuyo? —le preguntó a Kelli—. ¿Acudió a ti en busca de terapia?

Ella abrió los ojos en una expresión de sorpresa.

—Yo no... no puedo decirte nada sobre mis clientes. Ya lo sabes.

—¿Percy te hizo la misma pregunta?

Kelli se mordisqueó el labio inferior.

—Sí.

—¿Qué le contestaste?

—Lo mismo que acabo de decirte a ti: no puedo confirmar ni negar nada. Si lo hiciera, podrías dar por supuesto que una persona es mi cliente por el mero hecho de no haberlo negado de forma tajante. Aún así, le dije a Percy lo mismo que a ti: que no conocía a Greg Hamlin.

—Si fuera un cliente, ¿reconocerías que lo conoces? Muchos terapeutas ni siquiera saludan a sus clientes si se cruzan con ellos por la calle.

—Oh, Dios.

Kelli levantó las manos en un gesto de exasperación.

—¿No ves la situación imposible en que me encuentro? Estoy intentando negar algo que éticamente no puedo negar.

Stride deseaba creer que Kelli no conocía a Greg Hamlin, que su muerte era un misterio para ella, aunque su marido estuviera en el meollo de lo sucedido. Sentía la necesidad de ayudarla, pero aquella necesidad ya le había traicionado en el pasado. En ocasiones había permitido que su compasión por las víctimas se interpusiera en el camino de su intuición. Aquella mujer emitía señales contradictorias: «Confía en ella... Pero no confíes en ella».

—Si no lo conocías, Kelli, explícame la llamada telefónica —le pidió Stride.

—Te estoy diciendo que no puedo. No sé por qué me llamó.

La mujer meneó la cabeza y buscó una respuesta.

—Mira, puede que Hamlin quisiera ir a terapia. Puede que ésa fuera la razón de su llamada. En el pueblo, todo el mundo sabe a qué me dedico.

Stride se levantó y le puso una mano en el hombro.

—No es mi intención acusarte, pero quiero que entiendas las preguntas a las que vas a tener que enfrentarte cuando llegue la policía.

—Soy consciente. Gracias.

—Nada de lo que me cuentes es confidencial. Si el *sheriff* me lo pregunta, tendré que explicárselo.

—Lo sé.

Stride miró hacia la tranquila calle de Shawano a través de la ventana.

—No nos queda mucho tiempo. Quiero marcharme antes de que llegue el *sheriff*.

—Claro.

—Has dicho que no conocías a Greg Hamlin —recapituló Stride—. ¿Qué hay de Percy? ¿Lo conocía?

—Nunca le oí mencionar su nombre.

—¿Es posible que se hubieran conocido en el pasado? ¿Antes de que tú llegaras?

Kelli negó con la cabeza.

—No veo cómo. Percy no era de Shawano; se crio cerca de Janesville. Greg Hamlin era un completo desconocido para nosotros. Para Percy, era tan sólo el caso de una persona desaparecida; eso es todo.

—¿Hablaba del tema?

—No, pero conmigo nunca hablaba del trabajo. Igual que yo nunca le hablaba del mío. En realidad, a ninguno de los dos nos gustaba lo que hacía el otro, Stride. Yo detestaba el peligro que implica ser policía y él, la clase de clientes que acudían a mí en busca de ayuda. Era una especie de norma tácita entre nosotros: no tocábamos ese tema.

—Si no fuera porque has dicho que estaba obsesionado con la desaparición de Hamlin. ¿Cómo lo sabías?

Ella señaló hacia el corredor que llevaba a las habitaciones.

—Percy pasaba muchas horas en su despacho. Traía cajas llenas de papeles y los revisaba meticulosamente. Cuando no estaba en casa, cerraba la puerta con llave. Eso era algo inusual; nunca antes lo había hecho. Se comportaba con mucho secretismo.

—Muéstramelo —le pidió Stride.

Kelli vaciló.

—Podría hacerlo, pero no te serviría de nada.

—¿Por qué?

—Porque no queda nada.

Stride vio la incomodidad reflejada en su rostro y no le gustó lo que implicaba. Se dirigió hacia el corredor, flanqueado por fotografías familiares, y se detuvo a examinarlas. Percy y Kelli componían una extraña pareja en las imágenes, como si no encajaran. Percy no sonreía, Kelli sí, pero parecía la sonrisa nerviosa de alguien que quisiera mantenerla aun en la adversidad. Stride vio su dormitorio a la izquierda, con una cama de matrimonio deshecha. Pasó junto a un cuarto de baño estrecho con una ventana de cristal esmerilado que daba al exterior. Enfrente había una habitación pequeña atestada, con un escritorio de roble y estanterías lacadas.

El escritorio estaba vacío. No quedaba absolutamente nada.

Dio un paso hacia el interior del despacho, seguido por Kelli.

—Hoy mismo he abierto la habitación y la he encontrado así —explicó—. Afuera hay cenizas recientes. Creo que quemó todas sus notas antes de suicidarse.

Stride se dio la vuelta y la miró.

—¿O las has quemado tú?

—Yo no he sido.

—Weik creerá que sí.

—Te juro que yo no he sido. He encontrado el despacho vacío. He revisado el escritorio y no queda nada. Lo único que he encontrado es un trozo de papel que había caído detrás de uno de los cajones.

—¿Qué era? —preguntó Stride.

—La fotocopia de un registro de una tarjeta de crédito. Percy había subrayado un par de entradas.

—¿Pertenece a Greg Hamlin?

—No me he fijado.

—¿Aún la tienes?

Kelli asintió. Abandonó la estancia, entró en su dormitorio y regresó un momento después con un trozo de papel doblado en la mano. Stride estudió la página y comprobó que se trataba del extracto de movimientos de una American Express. El titular era Greg Hamlin. Había dos entradas del mes anterior señaladas con rotulador amarillo: un cargo de un cerrajero de Appleton y otro de un restaurante de Green Bay llamado Kroll's.

Percy también había garabateado un acrónimo en el borde: ADB.

—¿Alguno de estos cargos tiene sentido para ti? —preguntó.

—No.

—¿Y ADB?

—No tengo ni idea de qué significa.

—Hope Hamlin me ha contado que una de sus clientas vio a Greg en Green Bay con una mujer. ¿Eras tú?

—No. Ya te he dicho que no lo conocía.

Stride se sentía frustrado.

—Kelli, ¿se te ocurre alguna razón por la que Percy quisiera matar a Greg Hamlin?

—No, porque no creo que lo hiciera. Él no era así. No sé qué le pasó, pero jamás me convencerás de que Percy era un asesino.

Stride estudió el resto del despacho. Percy lo había limpiado con esmero. No había nada sobre el escritorio ni en la papelera; lo único que quedaba era lo que había dejado en las estanterías. Vio una colección de libros en tapa dura y rústica dispuestos sin ningún criterio. Novelas de misterio. Ficción religiosa. Derecho penal. En uno de los estantes encontró también varias obras con títulos en alemán; era una mezcla de libros de texto y novelas de Thomas Mann, así como una antología de los cuentos de los hermanos Grimm. Stride la cogió y consultó el índice: la antología incluía la historia que había mencionado Neal Gandy, *Der Teufel mit den drei goldenen Haaren*.

—¿Percy hablaba alemán? —preguntó.

—No.

—Entonces ¿por qué tenía estos libros?

—Son míos. Estudié alemán durante la licenciatura. Muchos de los mejores psicólogos eran alemanes y yo quería poder leer sus teorías en el idioma original, no en una traducción.

—Así que hablas alemán.

—Sí.

Stride cerró los ojos y ella percibió su nerviosismo.

—No lo entiendo —continuó Kelli—. ¿Qué importancia tiene?

Cuando Stride abrió de nuevo los ojos, ella ya se había apartado de él; se hallaba en la puerta del baño al otro lado del pasillo y su rostro había palidecido. Stride pensó que ella sabía lo que estaba a punto de decirle, y que era algo malo. Algo muy muy

malo.

—El cuerpo de Hamlin —dijo.

Kelli tragó saliva y se tocó el tatuaje del cuello, como si las serpientes estuvieran vivas.

—¿Sí?

—Su asesino le grabó una palabra en el pecho. Una palabra en alemán.

Ella movió los labios. Había dicho algo, pero apenas resultaba inteligible; aun así, Stride supo qué palabra había escapado de su boca: *Teufel*.

—¿Cómo lo sabías, Kelli?

La mujer cerró la puerta del cuarto de baño de un golpe y no le contestó. Stride escuchó cómo corría el cerrojo y levantaba la tapa de cerámica del váter, antes de oír el inconfundible sonido de Kelli Andrews vomitando el contenido de su estómago. También distinguió algo más: más allá del pasillo, a través de la ventana rota, el aullido de las sirenas se acercaba desde la distancia. La policía venía por ella.

—¿Kelli?

La mujer permaneció en silencio y él aplicó el oído a la puerta.

—Kelli, ¿te encuentras bien?

Stride se preocupó. Golpeó el marco con la mano, pero tampoco obtuvo respuesta desde el interior. Entonces se abalanzó con el hombro sobre la puerta desvencijada, la cual cedió bajo su peso y se abrió.

El baño estaba vacío y helado. El aroma dulzón del vómito llegó hasta su nariz. La ventana estaba abierta y las cortinas se ondulaban como la capa de una bruja que volara en el cielo iluminado por la luna.

Kelli se había marchado.

Por la mañana, Stride tomó una decisión.

Se levantó de la cama de la buhardilla de su tío al amanecer; abajo, Richard aún dormía. Preparó café y se sirvió una generosa dosis en una taza de viaje, cogió una magdalena de salvado y se la comió de pie. Dejó una nota para su tío en la que le daba las gracias, se despedía y le decía que sería bienvenido en Duluth. Con la maleta en la parte trasera del todoterreno, Stride avanzó por las calles oscuras y vacías de Shawano hacia las salidas este-oeste de la autopista 29.

Un giro más y estaría de camino a casa.

Se detuvo en el paso elevado, cerca de la salida oeste. En la carretera no había nadie más. La mañana era gris y el bosque, un nido de sombras. Intentó girar el volante; se dijo que no importaba lo que le hubiera ocurrido a Greg Hamlin ni dónde estaba Kelli Andrews. No importaba que Percy Andrews se hubiera llevado una pistola en la cabeza a sólo veinte metros de él.

Shawano no era su hogar. Aquél no era su problema.

Se dijo todo eso, pero luego tomó la salida en dirección opuesta, hacia el este por la autopista 29. No hacia casa, no hacia Duluth.

El agente que se había suicidado en el cementerio merecía que le dedicara otro día de su vida.

Llamó al móvil de su compañera, Maggie Bei, y le saltó el contestador. Lo prefería, porque no le apetecía hablar con ella. Desde el fin de su aventura de aquel invierno, se habían distanciado. Seguían trabajando juntos, pero no podían calificar su relación de amistosa. No eran enemigos ni amantes, pero tampoco eran ya amigos.

—Mags, soy yo. Voy a quedarme un día más en Shawano; tengo cosas que hacer con mi tío. Supongo que volveré mañana. Llámame si necesitas algo.

No le dio ningún detalle ni reconoció que se adentraba en un territorio en el que el *sheriff* Weik había colgado claramente el cartel de «No pasar».

Unos kilómetros más al este por la autopista 29 viró hacia el pueblo de Appleton, en dirección sur. Percy Andrews había subrayado un cargo en el extracto de la tarjeta de crédito de Greg Hamlin que pertenecía a un cerrajero de aquella localidad. Una hora más tarde, Stride encontró la casa de Buddy Crown, propietario de Cerraduras Crown. El hombre vivía en un barrio tranquilo cerca de la orilla del lago Winnebago y su camioneta blanca estaba aparcada en el camino de entrada.

Stride lo abordó cuando salía de su casa para ir a abrir una caja de seguridad en uno de los bancos de la localidad. El cerrajero no estaba de humor para charlar. No recordaba a Hamlin —«Recibo una media de doce llamadas cada día»—, pero sí a Percy Andrews, quien le había formulado las mismas preguntas que Stride. Tras expresar su enojo porque la mano izquierda de la policía no supiera lo que hacía la derecha, Buddy sacó su libro de registros y le proporcionó a Stride la dirección en que había abierto un coche por encargo de Greg Hamlin a última hora de la tarde de

un martes de hacía casi dos meses.

Un martes.

Stride recordó lo que le había dicho Hope Hamlin: «Lleva meses desapareciendo los martes por la noche. Me dijo que iba a jugar al tenis al gimnasio, pero mentía».

En realidad, Greg Hamlin había estado a una hora de distancia, en Appleton. ¿Por qué?

El GPS de su Expedition lo guió hasta la dirección que le había indicado el cerrajero. Imaginó a Percy Andrews siguiendo el mismo rastro hasta el mismo sitio, y sabía lo que esperaba encontrar. Una casa. Un apartamento. Un motel. Una amante. Un lugar en el que materializar una aventura clandestina.

Se equivocaba.

La dirección correspondía a una modesta iglesia baptista instalada en un edificio que en una vida anterior podría haber sido un almacén de recambios para automóvil. Era el último lugar en el que Stride habría esperado encontrar a un agente inmobiliario millonario como Greg Hamlin. La primera idea que le pasó por la cabeza fue que Hamlin había aparcado allí para dirigirse a pie a su verdadero destino; sin embargo, cuando Stride bajó de su todoterreno no vio ninguna posible alternativa en el vecindario.

En el aparcamiento de la iglesia había otro vehículo, un Buick de color tostado. Mientras Stride estudiaba el edificio, un hombre franqueó la puerta de cristal y la cerró con llave a su espalda. Tendría unos cuarenta años, era de mediana estatura y corpulento, con el pelo moreno y ralo. Vestía un traje y una chaqueta de lana, y llevaba gafas. Vio a Stride y se acercó a él con una sonrisa educada.

—¿Puedo ayudarle?

Stride le estrechó la mano.

—No estoy seguro. ¿Trabaja aquí?

—Formo parte de la junta de la iglesia. Me llamo Rich Johnson.

Stride se presentó.

—Colaboro en la investigación de un asesinato —explicó—. El nombre de la víctima era Greg Hamlin. Es de Shawano, pero según parece pasó algún tiempo aquí.

—El nombre no me resulta familiar —contestó Johnson—. No es miembro de esta congregación y, además, en Shawano también hay una iglesia baptista, así que no tengo muy claro por qué iba a venir hasta aquí.

—Hace un par de meses, se le quedaron las llaves dentro del coche; el cerrajero me dio esta dirección. Fue un martes, a última hora de la tarde.

Johnson se ajustó las gafas sobre la nariz.

—Ah. Un martes.

—¿Significa eso algo para usted?

El hombre vaciló.

—Los martes por la tarde alquilamos el espacio, pero no se trata de reuniones religiosas.

—¿Qué clase de encuentros se celebran? —quiso saber Stride.

—Preferiría no revelarlo, teniente. Lo lamento.

Stride no entendía la reticencia, pero entonces recordó las letras que Percy había garabateado al margen del registro de la tarjeta de crédito de Hamlin. ADB. En aquel lugar, la abreviatura cobró un nuevo significado. Amigos de Bill.

Greg Hamlin había estado asistiendo a las reuniones de Alcohólicos Anónimos. Intentaba dejar la bebida.

—Mi novia también va a esas reuniones —comentó Stride—. Lleva sobria más de una década.

Las palabras le salieron de la boca antes de recordar que Serena ya no era su novia. Se había marchado hacía meses. Stride aún no se había acostumbrado a su nueva realidad y echaba de menos su vida tal como era antes.

—Me alegro —observó Johnson—, pero entonces entenderé por qué no puedo revelar ninguna información acerca de la gente que acude a esas reuniones.

—Así es, pero yo espero que usted entienda que una de esas personas fue asesinada de un modo extraordinariamente brutal. Tengo que saber si su alcoholismo estaba relacionado de alguna forma con lo que le ocurrió.

Johnson frunció el ceño.

—¿Puede repetirme el nombre?

—Greg Hamlin.

—Greg H —murmuró Johnson—. De acuerdo, sí, hace algunas semanas que no viene. Estaba empezando a preocuparme. Y sí, puede llegar a la conclusión más obvia: yo también participo en las reuniones. Llevo cuatro años y medio sobrio.

—Felicidades.

—No me merezco ninguna felicitación. Si pienso que ya estoy curado, estaré a medio camino de recaer. Hay que luchar día a día.

—Claro —convino Stride, y añadió—: es posible que un policía de Shawano estuviera aquí preguntando también por el señor Hamlin. Se llamaba Percy Andrews y seguía la misma pista que yo. ¿Le suena de algo?

Johnson negó con la cabeza.

—No, pero puede que hablara con alguna otra persona de la iglesia. No resulta muy difícil adivinar qué hacemos aquí los martes por la noche: lo colgamos en el tablón de anuncios. Tal vez dedujo que Greg H formaba parte del grupo, pero dudo que averiguara nada sobre él. Nadie habría traicionado las confidencias que ha compartido otro miembro del grupo.

—¿Conocía usted a Greg? —preguntó Stride.

Johnson pareció incomodarse.

—En realidad no; para mí sólo era el hombre que se sentaba a mi lado.

—Creo que eso significa que lo conocía usted bastante bien —concluyó Stride.

—Por desgracia, cuando te sientas en una de esas sillas asumes el juramento sagrado de no revelar lo que dicen los demás.

—Greg Hamlin está muerto.

—Entonces lo más probable es que quisiera que sus secretos se fueran con él a la tumba —observó Johnson—. Sé que eso es lo que yo quería.

Stride se pasó las manos por el pelo, frustrado.

—Señor Johnson, me duele hacerle estas preguntas, de verdad. Lo único que puedo decirle es que, si se sentaba junto a Greg Hamlin en esas reuniones, es probable que sienta cierta compasión por él. Sinceramente, es usted la primera persona que ha salido en su defensa. Lo torturaron, señor Johnson, le hicieron cosas terribles. Me gustaría saber por qué.

—¿Torturar? —preguntó Johnson.

—De formas indescriptibles.

El hombre del traje pareció marearse. Se cruzó de brazos apoyado en el capó de su Buick y se llevó un puño a la boca. Miró hacia el suelo y respiró hondo, y luego alzó la vista hacia Stride.

—¿Cuánto sabe acerca del programa de doce pasos de Alcohólicos Anónimos? —preguntó.

—Me resulta familiar, pero no podría recitarlos.

—Algunas personas, en especial los recién llegados, sienten la necesidad de pasarlos con rapidez. Creen que podrán cumplirlos en unos meses, aunque para la mayoría de nosotros es una cuestión de años. Incluso de toda una vida.

—¿Y Greg Hamlin tenía prisa? —preguntó Stride.

Johnson se bajó la cremallera del abrigo de lana y se lo quitó. Estaba acalorado.

—La muerte del padre de Greg hizo que se replanteara la vida. Comprendió cómo podía un hombre fuerte verse derrotado. Creo que Greg quería cambiar de verdad, pero, cuando das el primer paso, puede ser como contemplar un pozo sin fondo. Es el pozo de todos tus pecados pasados, al que debes bajar poco a poco. Si no, la cruda magnitud del remordimiento puede sobrepasarte y, por desgracia, hay gente que salta.

Stride tenía la sensación de que Johnson hablaba de sus propios pecados. En su mente apareció una imagen de Maggie y él juntos de una forma que nunca debería haber ocurrido. Vio a Serena marchándose y el dolor reflejado en su rostro. El peso que sentía sobre sus hombros era tal como lo había descrito Johnson: la cruda magnitud del remordimiento. El pecado era un pozo profundo en el que uno podía caer y oír el eco de su propia voz proclamando todos sus errores.

—¿Hamlin saltó? —quiso saber.

—Sí. Greg creía que podría abrirse paso a codazos por los doce pasos. Eso sólo hace que resulten más duros. No parecía entender que la misma fuerza de su personalidad era uno de sus problemas. Es muy habitual. Gente que cree que puede hacerlo todo por sí sola, sin ayuda de los demás. La antítesis de lo que pretendemos aquí. Al fin y al cabo, el paso número uno consiste en reconocer la propia impotencia, y eso chocaba frontalmente con la esencia de Greg.

—¿Tenía dificultades?

—Quería compensar a la gente a la que había hecho daño —explicó Johnson.

—Parece algo bueno.

—Claro, pero hay una razón para que ése sea el noveno de los doce pasos. Es un paso cuajado de peligros, no sólo para ti sino también para los demás. Para llegar a ese punto debes haberte replanteado quién eres. Se requiere haber abrazado la fe, la aceptación, la humildad. Si te acercas a alguien a quien has hecho daño y no puedes demostrarle realmente que has cambiado, lo más probable es que te rechace con crueldad. O lo que es peor, puedes reabrir viejas heridas y herir otra vez a los que te rodean.

—¿A quién sentía Greg que había hecho daño? —quiso saber Stride—. ¿A su esposa?

—Sí, no podemos evitar herir a nuestras familias. En el caso de Greg, deduje que su esposa y él eran codependientes y que sacaban lo peor del otro. Ni siquiera creo que llegara a contarle que asistía al programa. Greg pensaba que ella se burlaría.

—¿Mencionó a alguien más?

—Greg nos contó una historia muy dolorosa —contestó Johnson—. No dio nombres, por supuesto, pero el incidente parecía carcomerlo por dentro más que cualquier otra cosa. Creo que se había sentido culpable por ello durante mucho tiempo.

—¿Cuál era la historia? —preguntó Stride.

A Stride le pareció que Johnson necesitaba armarse de valor para contarla. Sabía cómo se sentía: los errores de los demás siempre te hacen pensar en los propios.

—Dijo que, en su anterior trabajo, había hecho daño a alguien. Y que por culpa de aquello esa persona había cometido un crimen ominoso.

—¿Explicó qué clase de daño le había infligido él?

—Greg era profesor —explicó Johnson—, y el chico era un estudiante. Supongo que actuó con gran crueldad a muchos niveles. A Greg le preocupaba la responsabilidad que pudiera tener él en lo que el chico había hecho años después, y quería conocer nuestra opinión. ¿Cuándo un inocente se convierte en responsable de lo que hace un hombre culpable? Si haces que alguien se transforme en un monstruo, ¿te convierte eso en un monstruo también a ti?

Stride sabía a quién había hecho daño Greg Hamlin. Había encendido la mecha en un chico que más adelante descargaría su ira sobre su mujer, su hijo y su terapeuta.

Jet Black.

Había devuelto a la vida a un hombre que debería haber permanecido muerto.

—¿Comentó Hamlin qué pensaba hacer a continuación? —preguntó Stride.

—Greg dijo que no podía enmendar lo ocurrido, pero que había otras maneras. Otras personas que habían sufrido aquel daño. Dijo que iba a hablar con las víctimas del chico, que las localizaría. Le advertimos que se anduviera con cuidado, que era un camino peligroso. Cuando uno reabre viejas heridas, es imposible saber cómo va a reaccionar la gente.

Stride estaba sentado en el aparcamiento del restaurante Kroll's en Green Bay, justo enfrente del santuario de los Packers, el Lambeau Field. Faltaban todavía algunos meses para que empezara la temporada de fútbol. Se terminó los últimos bocados de la hamburguesa con queso mientras contemplaba a Ginnie Black cruzar la calle desde el estadio. Vestía un abrigo y llevaba las manos metidas en los bolsillos. Agachaba la cabeza para protegerse del viento, que hacía ondear los mechones de su pelo castaño. Tenía el labio inferior curvado en un gesto de preocupación eterna. El frío le había arrebatado el color del rostro.

—No dispongo de mucho tiempo —dijo cuando se reunió con él dentro del Expedition.

—Le agradezco que haya venido. ¿Seguro que no quiere comer nada?

—Seguro. Tengo que volver a la oficina; el teléfono no deja de sonar.

—Trabaja usted mucho.

—Hago lo que tengo que hacer —replicó ella.

Ginnie sacó un cepillo del bolso y deshizo los enredos de su pelo. La idea de mostrar un aspecto desastrado parecía ofenderla. Comprobó su imagen en el espejo de la visera y consultó la hora en el reloj. Se la veía impaciente, como si cada minuto que pasara alejada del trabajo fuera un minuto perdido.

—¿Qué quiere, señor Stride? —preguntó.

—Creo que, cuando hablamos ayer, se le olvidó contarme algunas cosas —contestó él.

—¿Como cuáles?

—Greg Hamlin.

—¿Qué pasa con él? No me preguntó nada acerca de Hamlin.

—¿Sabe que encontré el cuerpo de Greg? Lo asesinaron.

—Sí, ¿y qué?

Su voz no traslucía ninguna emoción. La muerte de aquel hombre no significaba nada para ella.

—Percy Andrews estaba investigando la desaparición de Hamlin; imagino que el dato no es nuevo para usted. Diría que ya lo sabía.

—¿Y eso qué importa?

—Importa porque Percy tenía una copia del registro de la tarjeta de crédito de Hamlin en el que figura un cargo del Kroll's fechado poco antes de su desaparición. Hope Hamlin también me ha contado que una de sus clientas vio a Greg en Green Bay con una mujer. Hope creía que era Kelli Andrews, pero se equivocaba, ¿verdad? Hamlin estaba con usted.

Ginnie apretó los labios y lo estudió en silencio antes de contestar.

—Sí, ¿y qué?

—No tenían una aventura.

—Desde luego que no.

—¿Qué quería Greg Hamlin de usted? Según he oído, estaba tratando de confesar sus pecados.

Ginnie soltó un resoplido de irritación.

—Sí. Me dijo que esperaba poder resarcirme por el daño que me había causado a través de Jet y yo le dije que, si buscaba la absolución por ser tan cabrón, se fuera a la iglesia. No soy un sacerdote.

—¿Lo conoció cuando trabajaba de profesor? —preguntó Stride.

—Claro. Era un capullo de primera. Y veinte años después, se sienta ahí y se echa a llorar lamentándose por lo que le hizo a Jet. Como si eso fuera a cambiar algo.

—¿Qué le hizo exactamente a Jet?

—Hamlin era el entrenador, señor Stride. Alto, chulesco, arrogante, con un ego inmenso. Un macho alfa. Disfrutaba humillando a los chicos que no eran tan atléticos como él. En una ocasión, Jet no consiguió alcanzar el tiempo establecido en un *sprint* porque se había torcido un tobillo. En la siguiente carrera, Hamlin lo obligó a salir vestido con un bañador de chica, ya que según él sólo las chicas se quejaban de las lesiones. En otra ocasión, Jet le dijo que necesitaba ir al baño durante un entrenamiento; Hamlin lo obligó a quedarse allí de pie hasta que se cagó en los pantalones. Y ¿qué lección cree que aprendieron el resto de los chicos? Que ellos también podían meterse con Jet.

Stride meneó la cabeza.

—¿Jet no se lo contó a nadie? Si se hubiera sabido, habrían despedido a Hamlin.

—¿En aquellos tiempos? ¿En un pueblo? Ni lo sueñe. Si se hubiera quejado, habría sido aún peor. En la escuela había un pacto de silencio. Todo el mundo lo sabía, pero no le importaba a nadie.

—¿Y qué es lo que quería Hamlin de usted? ¿Que le perdonara?

—Perdón, limpiar su conciencia: cosas que yo no podía darle. Me dijo que se sentía responsable, como si él hubiera convertido a Jet en lo que era.

—¿Cree que fue así?

Ginnie se encogió de hombros.

—Estoy convencida de que Hamlin empeoró el resentimiento que Jet pudiera tener. Ya le dije que sentía lástima por Jet, pero las excusas no sirven de nada. A los asesinos no se les da carta blanca por el hecho de haber tenido una infancia de mierda, ¿verdad, señor Stride?

—No.

—Bueno, pues ahí lo tiene.

—¿Qué me dice de usted? —preguntó él—. Si Hamlin le hizo daño a Jet, también se lo hizo a usted.

—Sí, eso fue lo que dijo y yo no se lo discutí. Si se compadece usted de Jet por lo que tuvo que sufrir en la escuela, no lo haga. Dio tanto como recibió. Mike y yo pagamos las consecuencias.

—¿Se enfadó usted con Hamlin?

Ginnie asintió.

—Estaba furiosa. Me dijo que era un hombre distinto y yo le respondí que no me importaba. Al verlo, rememoré un montón de mierda que llevaba años intentando dejar atrás. Aunque, si se lo está preguntando, no estaba tan enfadada como para matarlo.

—¿Sabe su hijo algo acerca de Hamlin? —preguntó Stride—. ¿Sobre lo que Hamlin le hizo a su padre?

—No.

—¿No se lo ha contado?

—Ya se lo he dicho, no quiero buscar excusas al comportamiento de Jet. Si quieres culpar a alguien por lo que eres, sólo tienes que mirarte en el espejo: eso es lo que le enseño a mi hijo. Créame, sé que Mike lo pasa mal en la escuela, y no me quedo de brazos cruzados. Si acosan a mi hijo, remuevo cielo y tierra. Pero siempre le he dejado muy claro a Mike que él es el único responsable de su comportamiento. Nadie más.

—Parece un buen consejo —comentó Stride.

—Sí, lo es, y por eso quiero que se mantenga usted alejado de él. Mike no tiene nada que ver con todo esto. ¿Cree que no me doy cuenta de lo que tiene en mente? ¿Cree que no sé qué preguntas va a hacer la policía? Desearían poder cargar el asesinato de Hamlin a la mala semilla de una mala semilla, no al héroe local. No a un policía. Bueno, pues lo siento, señor Stride, pero si Mike dice que Percy Andrews ocultó el cuerpo, entonces eso es lo que sucedió.

—Percy le preguntó por Greg Hamlin, ¿verdad? Subrayó el cargo del Kroll's con rotulador. Debió de atar cabos.

—De acuerdo, sí, me lo preguntó. Enseñó la foto de Hamlin en el restaurante y alguien recordó haberme visto con él. Por aquí la gente me conoce. ¿Y qué?

—¿Sabía Percy que Hamlin iba a Alcohólicos Anónimos?

—Sí, lo sabía.

—¿Y usted le contó su conversación con Hamlin? —preguntó Stride—. ¿Le contó lo de Hamlin y Jet?

Ella volvió a consultar el reloj; estaba cada vez más impaciente.

—Sí, lo hice —confirmó—. Le conté exactamente lo mismo que le he contado a usted. Supuse que ya sabía lo de Jet, pero... le cogió por sorpresa.

—¿Qué dijo Percy?

Ginnie permaneció en silencio. Él se inclinó en el asiento del todoterreno y bajó la voz.

—Ojalá pudiera dejarlo correr, pero sabe que no puedo —insistió—. Y el *sheriff* tampoco va a hacerlo.

—Que le den al *sheriff*.

—La entiendo, pero antes o después tendrá que explicarle a él lo que no quiere

explicarme a mí.

—No hay nada más. Se lo he dicho todo.

Stride negó con la cabeza.

—No. Hay más. Percy seguía algunas pistas sobre la desaparición de Hamlin; el procedimiento policial habitual. Excepto que descubrió algo personal: que Hamlin se culpaba por haber convertido a Jet Black en un monstruo. El mismo hombre al que Percy había matado, el que había torturado a su esposa Kelli. Así que ambos sabemos lo que le preguntó Percy a continuación; no quería hacerlo, pero tenía que saber la verdad. Percy le preguntó si Hamlin había mencionado a Kelli.

Ginnie maldijo por lo bajo.

—¿Lo hizo, señora Black? —insistió Stride—. ¿Le dijo Hamlin que pensaba hablar también con Kelli Andrews?

—No —murmuró ella—. Fui yo quien mencionó a Kelli.

—¿Usted? ¿Qué le dijo?

Ginnie juntó las palmas de las manos frente a su cara y cerró los ojos.

—Estaba enfadada, y lo único que quería era que Hamlin se marchara. Le dije que perdía el tiempo hablando conmigo, que si quería resarcirse por lo que le había hecho a Jet, sería mejor que empezara con la mujer a la que Jet estuvo a punto de matar. Le dije que fuera a buscar a Kelli Andrews. Y entonces... oh, joder...

—¿Qué?

—Le dije a Hamlin que rezara porque Kelli no le clavara un cuchillo en el pecho.

Stride regresó a Shawano a tiempo de ver la casa de los Andrews invadida por la policía local y del condado. Dos medios informativos locales grababan imágenes y disparaban fotografías desde el exterior de la propiedad, a una distancia discreta. El *sheriff* Weik estaba de pie en mitad del jardín nevado y ladraba a uno de sus agentes más jóvenes, el cual estaba sacando una bolsa de pruebas de la casa. El registro parecía más organizado y eficiente que el que Stride había visto el día anterior en el bosque. Las apuestas habían subido. El objetivo de la investigación había pasado de un policía muerto a una mujer desaparecida.

El sombrero marrón de ala ancha de Weik estaba perfectamente alineado, sin el más leve grado de inclinación. Bajo el bigote, sostenía un puro sin encender entre los dientes, como un pit bull reacio a soltar una presa sujeta entre sus mandíbulas. Ésa era la imagen que quería proyectar a los votantes: al mando de todo, con la situación bajo control.

El *sheriff* divisó a Stride en la calle cercana a Kuckuck Park y dobló un dedo indicándole que se acercara. No era una petición, sino una orden. Stride se subió el cuello de la cazadora de cuero para protegerse del viento y avanzó por el césped.

—¿Dónde está Kelli Andrews? —preguntó Weik.

—No tengo ni idea.

—¿Ni idea? Usted estuvo aquí la pasada noche.

Stride asintió.

—Así es. Hope Hamlin disparó a Kelli Andrews y yo intervine.

—Fue usted la última persona que la vio —observó Weik—. ¿Sabe por qué huyó?

—No. Estábamos hablando del hallazgo del cuerpo de Greg Hamlin, Kelli se inquietó y escapó por la ventana del baño. No me dijo adónde iba.

—¿Se ha puesto en contacto con usted desde entonces?

—No.

—Será mejor que no la esté protegiendo ni escondiéndola de nosotros.

—En absoluto, *sheriff* —repuso Stride.

Las bolsas que tenía Weik bajo los ojos eran profundas y oscuras. No había dormido.

—Márchese a casa, Stride; ya no tiene nada que hacer aquí. Se quedó para averiguar por qué se había suicidado Percy, y de una forma u otra, ahora ya lo sabemos. O bien Percy asesinó a Hamlin, o bien lo hizo su mujer. En cualquier caso, fue incapaz de soportarlo.

—¿Y cuál de las dos opciones cree que es la verdadera? —quiso saber Stride.

—Diría que ya conoce usted la respuesta. ¿Le dijo a Kelli Andrews que era sospechosa del asesinato de Hamlin? ¿Fue por eso por lo que huyó?

Stride no contestó. Algún día, en el estrado de los testigos, se vería obligado a decir que sí. Había advertido a Kelli; en aquel momento, estaba convencido de que

era inocente y de que no mentía al afirmar que no conocía a Greg Hamlin. Ahora las cosas eran distintas. Uno de los agentes de Shawano se acercó al *sheriff* con una mueca nerviosa en el rostro. No debía de tener más de veinte años.

—Estamos terminando de inspeccionar la casa —informó el chico a Weik—. ¿Quiere que registremos también el Hyundai del garaje?

Weik escupió fuego por la boca como un dragón.

—Me cago en todo, claro que quiero que lo registréis. ¿Qué esperabas, que lo lleváramos al túnel de lavado? Espolvoread hasta el último centímetro en busca de huellas y aspirad cada moco y mosca muerta de los asientos y las alfombrillas. Quiero saber si Greg Hamlin estuvo alguna vez dentro de ese vehículo, ¿me has entendido?

El chico tenía aspecto de haber sufrido las humillaciones de Weik con anterioridad. Asintió en un silencio respetuoso y se alejó caminando por el césped.

—Tal vez le cueste creerlo, Stride —le espetó Weik—, pero hemos pasado las últimas dieciocho horas reuniendo pruebas. En el bosque, dentro de la caravana y aquí, en la casa. Aunque estemos en un pueblo, nos esforzamos en hacer bien nuestro trabajo.

—No me cabe la menor duda.

Los ojos cansados de Weik brillaron con una sombra de suspicacia; pensaba que Stride le hablaba con condescendencia.

—¿Es usted de Duluth? —preguntó—. ¿Se crio allí?

—Así es.

—Pues aquí sucede lo mismo; éste es mi pueblo, conozco a todo el mundo. He sido el *sheriff* durante diez años y tengo la intención de serlo durante veinte más. A mucha gente no le gusta especialmente mi forma de hacer las cosas, y ¿sabe qué? No me importa. Mi pueblo, mis normas. Mi trabajo es hacer que éste sea un lugar seguro, punto. En Duluth puede hacer las cosas como le parezca, pero ahora está usted en mi jurisdicción, así que le aconsejo que no meta las narices en mi departamento ni en mi investigación. En este momento, su único papel es el de testigo.

—No podría estar más claro —repuso Stride.

—¿Qué más le contó Kelli Andrews anoche? —preguntó Weik.

—Me aseguró que no conocía a Greg Hamlin.

—Supongo que la creyó.

—Quizá se le dé bien mentir —observó Stride—, pero mi instinto me lleva a pensar que decía la verdad.

—¿Ah, sí? ¿Y qué dijo acerca de la llamada de Hamlin? ¿Cómo explicó eso?

—No pudo.

Weik adoptó, satisfecho, una expresión de triunfo bajo la barba.

—Bueno, Dios me libre de cuestionar su instinto, Stride, pero las pruebas me llevan a creer que la señorita no sólo es una mentirosa, sino también una asesina. Estamos a la espera del informe del patólogo de Milwaukee, pero Neal y yo analizamos el cuerpo a conciencia y adivine qué encontramos: parte de un pelo

castaño que sobresalía de una de las heridas del pecho de Hamlin. Castaño, y no rubio como el de Percy. Ahora podremos comparar el ADN con el de Kelli. También sabía dónde estaba la caravana; Anna Bruin ha confirmado que tanto ella como Percy la utilizaban.

Stride vio cómo las sospechas se cerraban en torno a Kelli Andrews.

Cuando se propagara la noticia, los medios iban a enloquecer. Los tabloides no hablarían de otra cosa, y Stride podía imaginar los titulares: «Matrimonio de cuento se tuerce en un giro terrible», «Agente de policía se suicida para encubrir el crimen de su esposa». Todo el mundo se haría las mismas preguntas: ¿qué pasaba por la cabeza de Kelli Andrews? ¿Qué había desencadenado aquel acto atroz?

—Percy siempre sospechó de Kelli —continuó Weik—. Consiguió sus registros telefónicos. Interesante, ¿eh? ¿Un policía que espía a su propia esposa?

—¿Qué muestran esos registros?

—Nada. Kelli no llamó a Hamlin desde su móvil, pero no es estúpida. Probablemente averigüemos que tenía un móvil de prepago del que Percy no sabía nada. Algo pasaba entre Kelli y Hamlin, y no tardaremos en descubrir qué era.

Stride no dijo nada. Podría haberle dado a Weik un motivo que explicara por qué habría matado Kelli Andrews a Greg Hamlin, pero no compartió con él lo que había averiguado. Todavía no. El *sheriff* no tardaría en seguir sus mismos pasos. Mientras tanto, Stride quería encontrar a Kelli antes que la policía de Shawano. Tenía sus propias preguntas que hacerle.

—Percy creía que su mujer estaba loca —añadió Weik—. Que era una psicópata y que sufría la clase de trastorno que es necesario padecer si uno piensa hacer lo que le hicieron a Greg Hamlin.

—¿En qué se basaba? —quiso saber Stride.

—Percy descargó un artículo acerca de la posesión demoníaca.

—¿Cómo dice?

—Sí, así es. Un artículo sobre cabrones enfermos que culpan al diablo de sus actos: asesinatos, violaciones... El firmante comentaba una docena de casos en los que los autores del crimen habían empleado el mismo lenguaje para describir lo sucedido. Es espeluznante, como una película de terror. Todos dicen que algo frío se adueñó de sus cuerpos, una especie de presencia física. Se quedaron sin empatía y su brújula moral perdió el norte, como si no pudieran distinguir entre el bien y el mal. Se convirtieron en piedra.

—Usted no cree en eso, *sheriff* —dijo Stride.

—¿Yo? Joder, claro que no. Son un montón de gilipolleces. Aunque estoy seguro de que Percy sí lo creía; subrayó varias partes del artículo y escribió la palabra *Teufel* en el margen, en letras rojas. ¿Le suena de algo? No cuesta imaginar qué le pasó por la cabeza al ver el cuerpo de Hamlin.

—Eso no significa que Percy creyera que su esposa estaba poseída por el diablo —señaló Stride.

La expresión petulante de satisfacción no se había borrado del rostro de Weik.

—¿Ah, no? Adivine quién escribió ese artículo, Stride. Fue Kelli Andrews.

Richard esperaba en la puerta y no pareció sorprendido al ver a su sobrino. Lo dejó entrar sin decir una palabra y ambos se dirigieron a la sala. Comparado con el frío de la calle, dentro de la casa hacía calor. Stride se sentó en la butaca con las manos sobre las rodillas y fijó la vista en la desgastada moqueta.

—He leído tu nota —dijo Richard.

—Lo siento. No quería despertarte.

—Estaba despierto. Te he oído marchar. Aunque estaba bastante seguro de que volverías. Tenía fe en ti.

—¿Fe?

Richard sonrió.

—Es un decir. Te has implicado demasiado en todo este asunto; no vas a dejarlo correr.

—Bueno, no debería —declaró Stride—. Es un caso complicado.

—Eso he oído.

—Greg Hamlin acudía a Alcohólicos Anónimos. Estaba intentando redimir sus pecados.

—Eso explicaría la sentida nota que me escribió —observó Richard con una sonrisa cínica.

—Así es. Por desgracia, sus pecados iban mucho más allá. Como profesor, intimidó a Jet Black. Actos extremos. Según parece, Hamlin se dio cuenta de que tenía parte de responsabilidad en haber convertido a Jet en lo que era.

—¿Y también por lo que Jet le hizo a Kelli en el noviciado? —aventuró Richard.

—Exacto.

—Definitivamente, el asunto se complica.

—Tú conociste a Hamlin en esa época —continuó Stride—. ¿Qué recuerdas de él?

Su tío entrelazó los dedos por encima de su cabeza de pelo ralo.

—La gente comentaba que era cruel, pero son cosas que no quieres creer. Eran otros tiempos. Hoy en día, la balanza de poder se ha decantado en favor de los alumnos, lo cual no siempre es saludable. Esos niños a los que se considera tan inocentes no tardan en aprender que una falsa acusación a un profesor conlleva un poder tremendo. Sin embargo, la razón de que eso ocurra es que, en el pasado, los abusos de los profesores no salían a la luz. Los administradores hacían oídos sordos. Y eso, en caso de que lo creyeran. Todo el mundo sabía que Hamlin no tenía el carácter adecuado para la enseñanza, pero estoy convencido de que con los adultos se comportaba con más cautela. Probablemente, sólo los estudiantes sabían cómo era en realidad.

—Sí, Ginnie Black dice que casi todos los niños lo sabían.

—Ojalá me lo hubiera contado. No digo que yo pudiera haber cambiado la situación, pero me gustaría creer que no lo habría dejado pasar.

—Hamlin acudió a ella para resarcirla y ella le dijo que lo que tenía que hacer era ir a hablar con Kelli.

—¿Y lo hizo?

—Hamlin la llamó —explicó Stride—. Fue la última llamada que efectuó antes de desaparecer.

—¿Y luego qué? —dijo Richard en tono mordaz—. ¿Hamlin se encuentra con Kelli en el bosque y ella procede a torturarlo y matarlo? Y cuando Percy acaba por sospechar de su esposa, ¿oculta las pruebas y se suicida embargado por la culpa?

—Eso es lo que piensa Weik.

—¿Y tú qué piensas? —preguntó su tío.

—Ojalá pudiera confiar en ella, pero no estoy seguro —contestó Stride—. Oculta algo, y además ha huido. Los culpables son los que huyen.

—Esto no es obra de Kelli, Jon. Habla con ella, escucha su versión de los hechos.

—¿Y cómo voy a hacerlo exactamente?

Richard cogió su móvil de la mesita de centro y se lo lanzó a Stride.

—Pulsa rellamada.

Stride miró el teléfono que sostenía en la mano.

—Si sabes dónde está...

—No lo sé. Llamó y preguntó por ti; yo le devolví la llamada y le dije que te daría el mensaje. Sabía que volvería a verte.

Stride sabía qué tenía que hacer. Como policía, debía entregarle el teléfono a Weik y dejar que éste escuchara la llamada. Decidir el lugar en que reunirse con Kelli y llevar a la policía del condado para que la detuvieran. Eso era lo que habría hecho en Duluth, pero aquello no era Duluth. Weik le había dejado muy claro que aquél no era su pueblo.

Stride pulsó de botón de rellamada.

Kelli Andrews contestó de inmediato.

—¿Stride? ¿Eres tú?

—Sí.

—Tengo que verte.

Él soltó un suspiro largo y lento.

—Kelli, lo mejor sería que te entregaras y buscaras un abogado.

—No puedo, aún no. Tengo miedo.

—¿De qué?

—Algo está pasando —le explicó ella—. No lo entiendo. Por favor, tengo que verte; tengo que contarte qué ocurrió en realidad. Si después de oírlo sigues pensando que debería entregarme, lo haré.

Stride trató de decidir si la creía.

Pruebas o instinto.

—¿Dónde estás? —le preguntó.

—Estoy donde empezó todo esto —contestó ella—. En el noviciado.

El noviciado.

Stride se encontraba a trece kilómetros de Shawano, cerca de la carretera rural de Gresham. Las granjas que había dejado atrás parecían abandonadas, con ventanas oscuras en las que se reflejaba el cielo negro y maquinaria vieja encallada en los campos. Cuando bajó del todoterreno, oyó un perro que ladraba como un poseso. Los copos de nieve se deslizaban hasta el suelo como estrellas blancas.

No había ningún cartel que indicara la localización de las ruinas. Quien no supiera que estaban allí, no las encontraría. Un muro medio derrumbado bordeaba la propiedad, pero las malas hierbas se habían adueñado de la mayor parte de las piedras. Dos pilares enmarcaban una cancela que impedía que los coches se adentraran en aquel terreno. Más allá de la verja, Stride no distinguía el edificio en sí, tan sólo una franja de nieve virgen y un tramo con árboles caducos y perennes. La solitaria carretera estaba rodeada de bosque.

Avanzó con dificultad a través de los acres de tierras ribereñas. No se veían más huellas que las suyas. Soplaban un viento racheado, como la falda ondeante de una mujer que se hubiera lanzado por un camino de tierra. Los árboles se agitaban en sacudidas. La nieve de las ramas se unía a los copos que caían para crear una neblina en el aire que lo rodeaba. Notó cómo el frío serpenteaba por dentro de su cazadora y cayó en la cuenta de que no era necesario volar hasta la Luna para sentirse solo en un planeta extraterrestre.

Solo. Sin que nadie pudiera rescatarte.

Así era como debía de haberse sentido Kelli Andrews.

Caminó unos cien metros antes de divisar el edificio al otro extremo de un extenso campo. Desde la distancia resultaba majestuoso, construido con piedras color crema y rojo, como una fortaleza celestial. Stride conocía un poco la historia del lugar. Se trataba de una propiedad privada erigida en la década de 1930 y posteriormente donada a una orden monástica, allá por los cincuenta. La congregación había pasado menos de veinte años en Gresham antes de trasladarse y dejar atrás tan sólo a un guarda encargado de vigilar el terreno. En 1975 la propiedad se había convertido en centro de atención nacional, cuando un grupo armado de indios la ocupó, retuvo como rehén al guarda y exigió que se cediera la tierra a su tribu. Para evitar un baño de sangre, la orden vendió el noviciado a los indios por la suma de un dólar pero, ante la imposibilidad de mantenerlo, la tribu renunció finalmente a sus demandas.

Poco después, un misterioso incendio arrasó el edificio y todo lo que había en su interior se quemó y acabó ennegrecido. El fuego ardió durante horas bajo una extraña niebla. Según decía la gente, fue entonces cuando Dios se marchó y el demonio se adueñó del lugar. Como si estuviera maldito, el noviciado había permanecido abandonado desde entonces. Con cada invierno que pasaba se sumía más y más en la

decadencia. Los únicos que se acercaban al lugar eran adolescentes aburridos en busca de fantasmas y madrigueras de conejo, y que se dedicaban a fumar hierba y practicar sexo entre las ruinas.

Hasta que llegó Jet Black. Hasta que decidió utilizar el noviciado como sala de tortura.

A medida que se acercaba, Stride pudo apreciar la devastación con mayor claridad. Las piedras de la casona de dos pisos constituían una cáscara vacía. Los cristales de las ventanas habían desaparecido y sólo quedaban huecos negros como mellas. Los árboles crecían a través de los huecos y el barro de los canalones del tejado. El viento había desprendido tejas y ladrillos y los había diseminado por el campo. Vio los marcos vacíos y oxidados de las vidrieras, como los barrotes de una prisión.

Avanzó con cautela y se acercó para poder ver el interior. No quedaba casi nada. El techo de piedra estaba punteado de marcas chamuscadas que parecían arañas. En otros puntos, se había derrumbado. En el suelo se abrían agujeros dentados por los que la nieve caía hasta el sótano, donde los animales se habían cobijado y dejado un rastro de presas muertas y heces. Las piedras resquebrajadas habían creado una densa capa de polvo. Era posible ver a través del edificio, de un extremo a otro. En mitad de lo que debía de haber sido un gran vestíbulo, unos escalones de piedra sin barandilla llevaban al segundo piso.

Las paredes estaban cubiertas de grafiti.

Un corazón con el nombre de dos jóvenes amantes.

Una «X» roja dentro de un círculo negro.

Y en cada uno de los escalones de piedra, aquella palabra. *Teufel*. Con la misma caligrafía que en la tumba de Jet Black.

Stride gritó en vano el nombre de Kelli. Siguió avanzando por la nieve, pasó junto al edificio y oyó un rugido por encima del viento. El Río Rojo discurría por la parte baja de la propiedad, donde la hierba nevada cedía al bosque. A pesar del frío, el agua había logrado librarse del hielo allí donde la corriente descendía con más fuerza y se revolvía sonoramente sobre las rocas heladas. El agua impaciente golpeaba la capa de hielo bajo la cascada. Unos sauces llorones amarillentos bordeaban la orilla.

Kelli Andrews estaba sentada sobre una piedra cerca del río con los brazos alrededor de las rodillas. La mujer no le oyó y él no quiso sobresaltarla. Stride se acercó a través de la orilla cubierta de nieve. El rostro de Kelli estaba pálido, como si las serpientes tatuadas en su cuello le hubieran sorbido la sangre. El río la había hipnotizado. Stride casi la había alcanzado cuando Kelli percibió su presencia y su boca se curvó en una débil sonrisa. Una expresión de gratitud asomó a sus ojos mientras Stride se sentaba junto a ella sobre la fría roca.

Stride distinguió las maderas chamuscadas de una hoguera en la cercanía. No era reciente. En el agua, las piedras que asomaban entre el hielo parecían animales prehistóricos petrificados. Stride permaneció sentado a su lado, en silencio.

Fue Kelli quien habló.

—No he sido capaz de entrar —susurró—, y sin embargo no he podido alejarme.

Echó un vistazo al noviciado en ruinas por encima de su hombro. A apenas dos metros, el río rugía y bramaba mientras el viento aullaba entre las copas de los árboles. Kelli temblaba a causa del miedo y aquel frío glacial. Stride se sacó la cazadora de cuero y se la colocó por encima de los hombros.

—Siento haber huido —se disculpó ella—. Tenía que salir de allí; me metí en el coche y salí pitando.

—La policía te está buscando.

—¿Ah, sí?

—Ya te lo dije. Eres sospechosa; Weik está convencido de que mataste a Greg Hamlin.

—¿Y tú lo crees? ¿Crees que soy capaz de hacer lo que dicen?

—Apenas te conozco, Kelli —repuso él—. No tengo los datos suficientes para creer o dejar de creer nada de lo que me cuentes.

—No te he mentado: no conocía a Hamlin. No tenía ningún motivo para matarle. Y Percy tampoco.

Stride no contestó enseguida.

—Hamlin era un alcohólico en recuperación —dijo al final—. Trataba de compensar los errores que había cometido en su época de profesor; maltrató con crueldad a algunos de sus alumnos, y uno de ellos era Jet Black.

Kelli agachó la cabeza.

—Oh, Dios mío.

—Greg pensaba llamarte; de hecho, te llamó. La policía no tardará en averiguar que tenías un poderoso motivo para matarlo. Creerán que lo culpabas por todo lo que padeciste en este lugar.

Una pátina de lágrimas le cubrió los ojos.

—Eso no es cierto —dijo ella.

—¿Mencionó Jet a Greg Hamlin mientras le trataste? ¿Habló de lo que le había sucedido en la escuela?

—No. Nunca.

Stride meneó la cabeza.

—Quiero creerte, Kelli, pero tienes que entender qué impresión causa todo esto.

—Lo sé, y sé la impresión que debió de causarle a Percy. Pensó que yo era culpable. Mi propio marido perdió la confianza en mí. No espero que lo pases por alto, pero lo único que puedo hacer ahora es contarte la verdad. Cuando la oigas, podrás decidirte en un sentido u otro.

Kelli se puso en pie. Le costaba mantener el equilibrio sobre las rocas, pero lo consiguió. Le tendió una mano a Stride.

—Ven conmigo. Por favor.

Él también se levantó.

—¿Adónde?

—Tengo que entrar.

Se alejaron del río y subieron la leve cuesta hacia el noviciado. Kelli caminaba con la determinación de un paracaidista que por fin hubiera reunido el valor para saltar al vacío; sus pasos eran rápidos y largos. Se detuvo sobre los escombros que ocupaban el borde de la propiedad y cruzó los brazos sobre el pecho. Todavía llevaba la cazadora de Stride por encima de los hombros. Respiró hondo, se mordió el labio y avanzó en dirección al pórtico, a través de las cuatro columnas que se alzaban en el centro del edificio. Su rostro se abrió en una sonrisa levemente salvaje al tiempo que posaba una mano sobre uno de los muros de piedra. Era real; estaba allí de verdad. Había franqueado la entrada y había sobrevivido.

—Jet Black —anunció, y miró a su alrededor como si esperara una respuesta.

—¿Temes que su fantasma esté presente? —preguntó Stride.

—No, no es eso lo que temo.

Kelli le dedicó una mirada circunspecta.

—¿Crees en el diablo, Stride?

—Creo en el mal. Son cosas distintas.

—Yo creo en él —afirmó ella—. Existe. Es real.

—Escribiste un artículo sobre la posesión demoníaca; la policía lo ha encontrado.

Y Percy también lo conocía.

Kelli frunció el ceño.

—Ojalá no lo hubiera escrito nunca. Acompáñame al piso de arriba. Allí es donde sucedió.

Empezó a subir las escaleras de piedra y él la siguió. El grafiti le recordaba al diablo en cada escalón, pero la mujer se comportaba como si no viera la palabra escrita en alemán bajo sus pies. El estado del piso superior resultaba peligroso. El suelo era inestable y, en muchos lugares, se había desprendido dejando un agujero. Kelli lo guió como si atravesaran un campo de minas hasta llegar a una chimenea emplazada en la esquina más cercana al río, donde las ventanas desnudas daban al agua. Stride sabía por qué se encontraban allí. Habían pasado cuatro años y las manchas de sangre seguían viéndose sobre el suelo.

—La gente me pregunta por qué me dedico a lo que me dedico —dijo ella—. ¿Por qué no ayudar sólo a las víctimas? ¿Por qué ayudar también a los verdugos? El caso es que, si los ignoramos, perpetuamos el ciclo.

Stride no se pronunció.

—Algunos clientes acuden a mí porque quieren cambiar. A otros me los envían; son gente que no quiere venir. Jet no creía que tuviera ningún problema y consideraba que era el resto del mundo quien lo tenía. Por extraño que parezca, éstos son los casos que más me interesan. El mayor desafío. Mi ego creía que podía entender a cualquiera.

—¿Y a Jet no lo entendiste?

—Ésa es la ironía: que sí lo entendí. Le hice llegar a sitios a los que nadie le había llevado antes, y no le gustó. Mi problema fue que no supe ver la amenaza. Si descubres una herida en un tigre y la presionas con el pulgar, ¿qué crees que hará la fiera? Te devolverá un zarpazo.

Kelli meneó la cabeza.

—Al principio, él no hacía más que presumir. Hablaba del poder que tenía, de cómo lo ejercía sobre su mujer y su hijo. Debería haberme dado cuenta de que en realidad sólo deseaba que yo me asustara. Cuanto más impasible me mostraba, más cosas me contaba. Cosas espantosas, actos de un sadismo extremo cometidos con frecuencia contra animales, a veces en presencia de su hijo. Me explicó que una vez había recogido a una autoestopista en Michigan para estrangularla y matarla por puro placer.

—¿Se lo contaste a la policía? —preguntó Stride.

—Era mentira —repuso Kelli—. Comprobé los detalles, pero no existen registros de ningún crimen semejante. Le dije que no le creía. Ya ves, el tipo quería impresionarme, encontrar el modo de dominarme. En lugar de eso, cometí el error de hacerle sentir insignificante. No era mi intención, pero el resultado fue ése. No fui consciente de hasta qué punto había llegado a odiarme, hasta qué punto había empezado a atribuirme la responsabilidad de su frustración vital. Muchas de las cosas de las que hablaba en realidad no las había hecho, pero de algún modo quería hacerlas. Y ahí estaba yo.

Kelli se agachó y tocó las manchas del suelo.

—Nunca mencionó a Greg Hamlin; no escarbó tanto en su pasado. Aun así, yo sabía que tenía que haber alguien como Hamlin en su vida. Alguien que lo hubiera tratado con la crueldad que se había pasado toda la vida tratando de devolver.

—¿Qué pasó? —preguntó Stride.

—Tuvimos una sesión especialmente difícil —explicó ella—. Él perdió el control; gritaba, soltaba improperios, amenazas. Dijo que me mataría, que me obligaría a suplicarle compasión. Yo me quedé sentada y dejé que se desahogara. No le tenía miedo. Jet Black no me asustaba, porque a esas alturas ya lo había etiquetado como un cobarde. Ése fue mi error. A veces los cobardes son los únicos que deberían preocuparnos. El caso es que se marchó de la consulta hecho un basilisco y faltó a las dos citas siguientes. Yo estaba a punto de dar parte al juzgado cuando él me llamó por teléfono. Estaba muy tranquilo; eso debería haber disparado mis alarmas, pero lo pasé por alto. Se disculpó por su arrebató y dijo que había estado pensando en todo lo que yo decía y que tenía razón. Supo tocar mi ego. Era la primera vez que encontraba la forma de llegar hasta mí.

El pelo le cayó sobre los ojos y Kelli se lo apartó. Se levantó sin apartar la mirada del suelo sucio del noviciado. A sus pies, la sangre se mezclaba con la mugre. Su sangre. La de Jet Black.

—Me pidió que nos viéramos. Era primavera, como ahora, pero hacía más calor.

Cerca del lago hay un teatro al aire libre, y fuera de temporada suele estar desierto. A veces me reúno allí con mis clientes. La privacidad es indispensable, y muchos de ellos no quieren que los vean en compañía de una psicóloga; además, las sesiones al aire libre son terapéuticas. Así que me cité con Jet en el teatro. Se mostró empalagosamente agradable. Yo estaba preocupada, pero no tanto como debería. Le di la espalda.

Kelli cerró los ojos.

—Y me desperté aquí.

—Lo siento —dijo Stride.

—Seis días —murmuró ella—. Me retuvo aquí seis días.

—Lo recuerdo.

—Sólo venía por la noche. Durante el día, me mantenía encapuchada, amordazada y atada. Ciega, muda, sorda, incapaz de moverme. Como si estuviera metida en un ataúd negro, horas y horas. Yo no dejaba de rezar por que alguien me encontrara, y nadie respondía a mis plegarias.

Stride detectó la emoción en su voz, aunque Kelli hablaba en un tono monocorde.

—Nunca le he contado a nadie las cosas que me hizo, excepto a Percy. Los periódicos me lo pidieron, y no se lo conté. Las editoriales me ofrecieron contratos para que relatara mi historia en un libro, pero los rechacé. Y ahora tengo que explicártelo para que lo entiendas.

—No soy capaz de imaginar...

—No. No lo eres. Le aseguré a mi terapeuta que lo había bloqueado, pero era mentira. Recuerdo cada segundo; vivo con ello todos los días.

—Kelli —dijo él en voz baja.

—Arañas, Stride. En una sesión cometí el error de comentarle cuánto las detestaba. La primera noche, cubrió mi cuerpo con arañas vivas. Las tenía por todas partes: en la nariz, los ojos, las orejas. En... en...

Se interrumpió.

—Por la mañana, le habría suplicado que me matara.

Stride pensó en el cuerpo de Greg Hamlin y en cómo los minutos podían alargarse y parecer horas.

—La noche siguiente trajo un perro. Ya ves, cometí otro error: le había contado que me encantaban los perros. Jamás podré volver a tener uno, Stride. No después de lo que le vi...

—Kelli, no tienes por qué hacer esto.

El alma de ella estalló y se derramó en agonía.

—¡Le recé a Dios durante seis días y el muy cabrón me ignoró! —le espetó.

Luego calló mientras la respiración le martilleaba en el pecho. Su voz volvió a adquirir un tono monótono.

—Así que le recé a otra cosa —continuó—. Dejé de rezarle a Dios para que me rescatara. Comprendí que Dios no existía, así que recé al diablo para que viniera y

destruyera a Jet Black. Y a diferencia de ese Dios compasivo al que todo el mundo adora, el diablo me escuchó. E hizo lo que le pedía.

—Kelli, el diablo no envió a Percy Andrews. Nadie dice tampoco que tengas que creer en Dios. Unos niños del pueblo te oyeron gritar en el noviciado, se asustaron y empezaron a decir que había fantasmas en las ruinas, y Percy vino y te rescató.

—No —replicó ella—. Percy no me rescató. Me salvó, pero no me rescató.

Stride la miró y las serpientes del cuello de Kelli parecieron moverse.

—No lo entiendo.

—Los chicos no me oyeron a mí, Stride, oyeron a Jet. Era él quien gritaba. Percy no le disparó; para cuando me encontró, Jet ya estaba muerto. Yo lo maté.

TERCERA PARTE

—Me liberé —declaró Kelli.

Stride esperó a que se explicara, pero en lugar de eso, ella se dirigió a un marco de ventana vacío y contempló el río que corría con fuerza para acabar con el hielo del invierno. Un moho negro se arrastraba por los muros junto a ella. Allí dentro hacía un frío gélido, más que afuera. Stride observó la oscuridad que ensombrecía las esquinas. Había ojos rojos que los miraban. Una rata albina se escondía entre las piedras.

—¿Lo sientes? —preguntó ella.

Mike Black le había hecho la misma pregunta cerca de la caravana de Tom Bruin. «¿Lo siente?».

—No.

—Sigue aquí. No se ha marchado.

—Aquí no hay nadie más que nosotros —replicó él.

Ella se dio la vuelta; la rata retrocedió y se perdió en la oscuridad. Stride vio algo en el hermoso rostro de Kelli que no había visto antes, algo que le preocupó. No sabía si era violencia o locura, o quizá sólo la desesperación de alguien obligado a vivir cada segundo del día con el recuerdo de su tormento.

—Fue un milagro —aseguró ella—. Un milagro negro, pero yo habría aceptado lo que fuera. Estaba atada, con las manos y los pies encadenados a la pared. No podía moverme ni gritar, sólo permanecer hundida en el charco de mis propias inmundicias esperando a que él regresara.

—¿Qué ocurrió?

—Una tormenta. Ésa es la clase de milagro que obraría el diablo, ¿no crees? Incluso con los ojos vendados, pude distinguir el resplandor de los rayos y sentir la intensidad de los truenos en mi cuerpo. Una descarga debió de alcanzar un lugar cercano; desprendió la argamasa del techo y un gran pedazo de piedra me golpeó la mano. El impacto casi me fractura la muñeca, aunque también rompió los grilletes y los soltó de la pared. Pude arrodillarme y agarrar una piedra con la que golpeé el grillete que me sujetaba la otra muñeca hasta romperlo. Luego hice lo mismo con las cadenas de los tobillos.

Un estremecimiento la recorrió como un rayo.

—Lo había conseguido —susurró—. Era libre. Lo único que tenía que hacer era correr. Alguien me encontraría; hay granjas en la cercanía, coches en las carreteras.

—Pero no huiste —dedujo él.

—No.

—¿Por qué no?

Kelli meneó la cabeza. Tenía la cara manchada de tierra y barro, y el pelo, mojado por la nieve derretida, pegado a la piel.

—¿Crees que no me lo he preguntado mil veces? Una parte de mí quería huir,

pero algo más fuerte se apoderó de mí. Sé que pensarás que estoy loca, pero no era yo. Alguien controlaba mis actos.

Stride permaneció en silencio con un gesto de incredulidad impreso en el rostro.

—¿Lo ves? —dijo ella—. No lo entiendes.

—Entiendo que viviste una experiencia profundamente perturbadora. Después de eso, cualquier ser humano hubiera experimentado una especie de enajenación transitoria.

—No estaba loca —insistió ella—. Sabía lo que hacía pero no pude reprimirlo, como si me viera desde fuera. No me planteé en ningún momento lo que iba a hacer: iba a vengarme, iba a hacerle sufrir. Tracé un plan. Deduje por dónde vendría y decidí dónde tenía que esconderme para sorprenderlo. Encontré un arma. Iba a matarlo. Así de simple. Le quitaría la vida de forma lenta y cruel.

—Te convertiste en piedra —observó Stride.

—Así es.

—Tal como escribiste en el artículo sobre la posesión demoníaca.

Ella frunció el ceño.

—Sí.

—¿Lo escribiste antes o después de lo ocurrido en el noviciado?

—De hecho, antes. El tema me había fascinado desde que mi prima se suicidó. Siempre había tenido la sensación de que el diablo había intervenido de alguna forma en lo que ella hizo. Así que sabía perfectamente qué estaba experimentando.

—O bien sabías cómo hacer que resultara convincente, Kelli.

—No estoy mintiendo —replicó ella.

Stride no creía en la posesión demoníaca. Lo que no sabía —lo que no podía interpretar en su expresión— era si Kelli creía en ella. Si asesinas a una persona, incluso a alguien que te ha torturado, necesitas encontrar una forma de explicarlo. Kelli Andrews era una mujer a la que no podían aplicarse las reglas establecidas acerca de la verdad y la mentira, la culpabilidad y la inocencia. Era un pozo muy muy hondo.

—¿Qué hiciste? —preguntó Stride.

—Lo esperé.

Kelli hizo un gesto hacia la rata, que había vuelto a aparecer y los observaba con sus ojos color rubí.

—Me escondí entre las sombras como esa rata y, cuando él llegó esa noche, le golpeé en la nuca. Cayó inconsciente y lo arrastré hasta aquí, hasta el lugar en que me había mantenido presa.

—¿Y luego?

El rostro de ella mostraba una expresión severa.

—Le devolví todo el dolor que me había infligido.

—¿Lo recuerdas?

—Oh, sí, lo recuerdo como si estuviera viendo una película. Yo estaba aquí, de

pie, viéndome.

—¿Lo torturaste? —preguntó Stride.

—Sí.

—¿Cuánto duró?

—Horas —contestó Kelli—. Muchas horas. Le hice cosas terribles. Le rompí huesos. Cercené partes de su cuerpo. Al principio, lo amordacé como había hecho él conmigo, pero después quise oírlo gritar. Y gritó. Oh, sí, gritó. Yo no sentía nada; su dolor me era del todo indiferente. Y seguí y seguí, y mi corazón se había vuelto de hielo.

—¿Cómo murió?

Ella negó con la cabeza.

—No lo sé con exactitud. Tal vez a causa de la hemorragia o de un ataque. O puede que el miedo y el dolor hicieran que le fallara el corazón. Sólo sé que llegó un momento en que la expresión desfigurada de su rostro quedó fijada y ya no cambió. Entonces supe que había muerto.

—Antes de morir... —empezó a decir Stride.

Kelli asintió; sabía a qué se refería Stride.

—Le grabé la palabra *Teufel* en el pecho.

—¿Por qué?

—No tengo ni idea. ¿No te das cuenta? No era yo; era como una firma.

—¿Jet te hizo lo mismo?

—No. Me hizo cosas despreciables, pero eso no. No sé de dónde me vino la inspiración para hacerle algo semejante. No salió de mi cabeza, sino de otra parte.

Kelli agarró el borde de su camisa vaquera y se la levantó hasta el cuello, exponiendo su pecho juvenil cubierto por un sujetador deportivo.

—¿Lo ves, Stride? Aquí no hay ningún demonio.

Él le hizo un gesto para que se cubriera.

—Háblame de Percy.

Cuando oyó el nombre de su esposo, Kelli pareció a punto de echarse a llorar.

—Percy me encontró. Era de noche y estaba a oscuras, pero oí ruidos bajo mis pies, entre las ruinas. Gritaba mi nombre y barría el terreno con la linterna. Yo no dije una palabra; me sentía incapaz. Él subió y de repente el haz de luz me iluminó los ojos. Estaba sentada en el suelo junto al cuerpo de Jet. El diablo se había marchado y volvía a ser yo misma. Ya no quedaba nada dentro de mí: ni fuerza ni lágrimas. Estaba tan en ruinas como este sitio, Stride, y Percy lo supo. Él desprendía un aura muy intensa y tierna. Me enamoré de él en ese mismo instante. Estaba sumergida en una especie de tierra salvaje, y él me siguió y me encontró y me trajo de vuelta.

—¿Le contaste lo que había pasado? —preguntó Stride.

—Se lo conté todo.

—¿Qué dijo él?

—Durante un largo rato, nada —contestó Kelli—. Yo estaba entre sus brazos, él

me sujetaba y yo lloraba y lloraba y lloraba. Creo que lloré durante una hora. Sentía un gran alivio de que todo hubiera terminado. La expresión de horror no se borró un solo momento de su cara, pero no dijo una palabra. No me soltó. Yo podría haberme quedado así para siempre. Y cuando por fin habló, dijo: «Yo lo he matado, no tú».

—¿Le pediste que mintiera por ti?

—No, lo juro. Yo se lo habría contado a todo el mundo, pero Percy dijo que había gente que no entendería lo que había hecho, a pesar del calvario que había tenido que sufrir. Que con el paso de las horas la defensa propia se había convertido en venganza, y la venganza, en asesinato. Que lo más probable era que yo acabara en la cárcel y, aunque no fuera así, aquello me perseguiría durante el resto de mis días. Que nunca podría escapar de aquello.

Stride sabía que Percy estaba en lo cierto. En términos estrictamente legales, Kelli Andrews era culpable de asesinato. La defensa propia era plenamente justificable, pero no la venganza. No sabía si un jurado la habría condenado. A medida que se hubieran ido desvelando los detalles, habrían empezado a circular rumores. La gente se habría sorprendido por lo que ella había hecho y habrían empezado a debatir en qué momento había dejado de ser una víctima para convertirse en una asesina. No había huido; no había escapado cuando tuvo la oportunidad. Le había tendido una trampa a aquel hombre y lo había torturado hasta la muerte. «Le devolví todo el dolor que me había infligido».

Un fiscal se habría puesto en pie en la sala y habría declarado: «Pueden ustedes compadecerse de esta mujer, pero no dejarla marchar sin castigo».

Y Percy lo sabía.

Stride se preguntó qué decisión habría tomado él si hubiera encontrado a Kelli junto a un cadáver en el noviciado. Si hubiera escuchado lo que había hecho. Si ella hubiera llorado entre sus brazos. Los policías se pasaban la vida haciendo juicios de valor sobre el bien y el mal. Él lo había hecho con anterioridad y tenía que vivir con las consecuencias, pero algunas eran más difíciles que otras. Percy había cargado con su culpa hasta la muerte.

Stride se planteó la pregunta, pero no encontró una respuesta.

—Percy no lo hizo solo —observó—. Alguien tuvo que ayudarlo.

Kelli asintió.

—Llamó a Tom Bruin para que viniera. Le conté lo ocurrido, igual que había hecho con Percy, y Percy lo convenció para que me ayudara. Para que mintiera. Vistieron el cuerpo juntos; de ese modo, no se veía nada de lo que yo le había hecho. Después manipularon los disparos. Cuando llegó la policía, Tom supervisó el traslado del cadáver y él mismo le practicó la autopsia. Falsificó los informes y organizó la incineración. Crearon un mito y Percy se convirtió en un héroe. No es lo que él quería, pero sí lo que la gente buscaba. Nadie deseaba conocer la verdad.

—¿Y Percy y tú?

—Simplemente pasó. Ya te he dicho que no era una cuestión de gratitud, y

tampoco de miedo. No me preocupaba que él me delatara. Éramos una pareja improbable, pero nos enamoramos. —Y añadió—: Si hay algo que lamente, es que la amistad de Percy y Tom se resintiera después de aquello. Percy aseguraba no tener ningún conflicto respecto a lo que había hecho, pero yo no le creía. Y Tom... apenas soportaba estar cerca de mí. Siempre que me miraba, yo percibía la culpa en su rostro. Había traicionado sus principios para ayudarme, y para un médico como Tom, eso era algo imperdonable. Yo me sentía fatal y él nunca lo superó. También creo... creo que Tom no se fiaba de mí. Percy me creyó cuando mencioné la posesión demoníaca; él creía en el mal y en el pecado, y creía en la existencia del diablo. Tom no lo tenía tan claro. Nunca me dijo nada, pero creo que se preguntaba si en realidad yo era una mentirosa y una asesina. O tal vez pensara que un día me crecerían unos cuernos y mataría a Percy mientras dormía. Fuera lo que fuese, yo le estaba muy agradecida, pero nunca nos llevamos bien.

—Y ahora aquí estamos —concluyó Stride—. Cuatro años después, vuelves a encontrarte en el noviciado.

—Sí.

—Greg Hamlin —dijo él.

—Sí, lo sé.

Kelli se acercó a él y le puso las manos sobre los hombros. Estaban tan cerca que resultaba incómodo.

—No tenía por qué contarte la historia, Stride, pero he elegido hacerlo. Sé que me hace parecer culpable. O bien estoy loca o bien perdí el control al descubrir el pasado que Hamlin y Jet compartían, y volví a hacer lo que ya había hecho una vez. Sólo tengo una cosa que decirte: soy inocente. Cuando todo esto haya terminado, tendrás que decidir si quieres denunciarme por lo que le hice a Jet, pero ¿Greg Hamlin? No. Yo no lo maté.

—Percy debió de creer que eras culpable —señaló Stride—. Debía de estar convencido de que habías cometido un acto horrible: habías vuelto a matar. Así que te encubrió otra vez y luego se sintió tan mal que fue incapaz de seguir viviendo. Querías saber por qué se suicidó tu marido; pues ésa es la razón.

Kelli retrocedió y se cubrió la cara con las manos.

—Lo sé.

—Me dijiste que temías que Percy se hubiera suicidado por tu culpa. Te referías a esto, ¿verdad?

—Sí.

—¿Percy no te dijo nunca nada acerca de Hamlin? ¿De sus sospechas?

—No, se lo guardó todo para sí y nunca lo compartió conmigo. No puedo creer que me mintiera, que creyera que yo...

—Las pruebas apuntan en tu contra —le recordó Stride—. La historia de Hamlin y Jet te proporciona el móvil. Hamlin te llamó, y fue la última llamada que realizó en vida. Probablemente, Percy halló otras pruebas en la caravana. Apostaría a que te

señalaban, así que se las llevó y las destruyó. La policía también encontró un pelo castaño en una de las heridas de Hamlin. ¿Coincidirá con el tuyo?

—¡Yo no lo maté! —insistió ella—. Ya sé que lo parece. Me he pasado todo el día preguntándome: ¿Estoy loca? ¿He sufrido alguna clase de amnesia? ¿Es posible que matara a Hamlin y no sea consciente de ello?

—Quizás el diablo regresara —señaló Stride con la voz cargada de cinismo.

—Stride, sé cómo suena y sé que no me crees. Recuerdo cada uno de los minutos que pasé con Jet Black. Todos. Sé lo que le hice, pero fui incapaz de reprimirme. Alguien dirigió mis manos y mi cerebro. Pero lo recuerdo, y por eso sé que no maté a Greg Hamlin. No tengo ningún vacío temporal; puedo explicarte todo lo que he hecho durante cada momento del último mes. Sí, maté a Jet Black. Tengo que vivir con eso, pero no he asesinado a Hamlin. Ésa es la verdad.

—Entonces ¿quién lo hizo?

—¿Crees que no me lo he preguntado? No tengo ni idea. Lo único que se me ocurre es que fuera alguien poseído del mismo modo que yo. De ahí es de dónde viene. *Teufel*. El mismo asesino, Stride, pero utiliza manos distintas para cometer sus crímenes.

Stride negó con la cabeza. Allí había algo que no encajaba.

Al igual que Percy, debía tomar una decisión: esposar a Kelli Andrews y detenerla o creer en sus palabras. Creerla a pesar de todas las evidencias que apuntaban en su contra. Una vez estuviera bajo la custodia del *sheriff* Weik, la investigación habría concluido y, esta vez, no escaparía a su castigo. La compasión del jurado daría paso a la realidad y ella se enfrentaría a una larga condena. Puede que fuera lo justo. Resultaba difícil decidirse con respecto a ella. Culpable o inocente. Víctima o psicópata.

Pero Stride sabía que el diablo no había estado en Shawano. No había grabado aquella palabra en los torsos de las víctimas. Aquello era obra de un ser humano.

—Esto no tiene nada de místico, Kelli —dijo—. Si tú no mataste a Hamlin, el culpable es otra persona. Alguien que sabe qué le hiciste a Jet Black.

Kelli miró hacia las sombras. La rata blanca había desaparecido.

—Nadie lo sabe —insistió ella—. Sólo tres personas sabíamos la verdad acerca de lo que sucedió en el noviciado y acerca de lo que le ocurrió a Jet Black en realidad: Percy, Tom Bruin y yo. Y ahora, dos de ellas han muerto.

El nombre de Karl Weik apareció en la pantalla del móvil. Stride ignoró la llamada y se metió el teléfono en el bolsillo. Era la cuarta llamada que desechaba en la última hora, y la segunda desde que había llegado a casa de Anna Bruin. El *sheriff* se estaba impacientando.

—Es usted un hombre muy solicitado —comentó Anna con una sonrisa.

—A veces.

Su hija Mya balbuceaba a través del intercomunicador. Estaba dormida, pero emitía ruiditos alegres e inocentes, sumida en un sueño agradable. La canguro, Sophie, tarareaba también una lista de éxitos que había pasado de Lady Gaga a Pink.

Anna bajó el volumen.

—Las malas noticias vuelan —observó—. Llevo todo el día recibiendo llamadas, desde que la gente se ha enterado de que el asesinato tuvo lugar en la caravana de Tom.

—¿Y qué se dice? —quiso saber Stride.

—Que Kelli Andrews asesinó a Greg Hamlin —explicó Anna, con un asomo de asombro en la voz—. Percy lo descubrió y lo encubrió; por eso se suicidó.

—¿Creen que Kelli sería capaz de matar?

—¿Con sinceridad? La gente no sabe qué pensar de Kelli. Sienten curiosidad y lamentan lo que tuvo que pasar, pero se preguntan en qué medida la afectó. Es imposible sobrevivir a algo así y seguir siendo la misma persona, ¿no cree? Tiene que cambiarte de algún modo. Hacerte más frágil, capaz de cualquier cosa.

—Así que no la sorprende —observó Stride.

—Oh, sí que me sorprende. Pero ya le conté que Tom recelaba de ella y que siempre se comportaba de un modo extraño cuando Kelli estaba cerca. Distante. Y eso influyó en su amistad con Percy. A mí me gusta Kelli; tiene un enorme coraje, sin duda, y lo respeto. También hace un buen trabajo. No sólo con los maltratadores; trata a muchos chicos que pasan por momentos difíciles: la pérdida de un padre, de un hermano, divorcios, abusos, cualquier cosa. Conozco a algunos de los chicos con los que trabaja por mi trabajo de enfermera y todos la adoran.

—Eso debe de significar algo.

Anna tenía una sonrisa delicada, como de porcelana.

—Deduzco que cree que Kelli es inocente.

—En realidad no lo sé.

—Aun así, la está ayudando. Aunque está claro que el *sheriff* no quiere que lo haga. Tengo la sensación de que usted no cree que ella lo hiciera. Si es así, me alegro de que Kelli cuente con un aliado. Cuando la gente de este pueblo decide que alguien es culpable, es culpable.

Anna hizo una pausa y añadió:

—Aunque no acabo de comprender por qué ha venido a hablar conmigo otra vez.

No sé de qué modo podría ayudarlo.

—Me gustaría saber qué recuerda acerca de los acontecimientos del noviciado — le pidió Stride.

—¿El noviciado?

La mujer agachó la barbilla y lo estudió por encima de las gafas. Su cuello era largo y esbelto.

—Eso fue hace cuatro años. ¿Qué importancia tiene ahora?

—Tanto su marido como Percy se vieron involucrados. Tengo curiosidad por saber qué le contaron.

Stride escrutó su rostro. En realidad sólo tenía una pregunta, pero no podía planteársela. «¿Lo sabía?». Anna y Tom Bruin habían estado enamorados. Ella había permanecido junto a su lecho de muerte mientras él agonizaba y moría, como había hecho Stride con Cindy. En aquel terrible momento, los secretos no existían. Era el momento de las confesiones. Stride quería saber si Tom Bruin le había revelado a su esposa el sentimiento de culpa que lo embargaba.

¿Lo sabía?

¿Sabía que Kelli había matado a Jet Black?

¿Sabía que su marido ayudó a Percy a encubrirlo?

Anna escuchó el dulce sonido de la voz de Sophie cantando a través del intercomunicador, pero a Stride le pareció que trataba de ganar tiempo para elaborar una respuesta. Y que también pensaba en qué motivo tenía él para preguntar por el noviciado.

—Bueno, fue espantoso —dijo al fin.

—Kelli nunca hizo públicos los detalles de lo que le ocurrió. ¿Se lo contó a usted? ¿O se lo contaron Tom o Percy?

—Sólo fragmentos, lo suficiente para revolverme el estómago. Jet Black era un hombre despreciable. Su muerte no ha supuesto ninguna pérdida para el mundo.

—¿Sentía Percy remordimientos por haberlo matado? Siempre es un hecho traumático para un policía, aunque haya sido necesario.

Anna frunció los labios.

—Percy apenas mencionaba lo que sucedió aquella noche.

—¿Y Tom?

—No, ninguno de los dos, y yo respetaba su intimidad. Creo que a Percy le resultaba difícil asumir la celebridad que conllevaba haber quitado una vida. Desde su punto de vista había cumplido con su deber, pero no sentía ninguna satisfacción al respecto. Estoy segura de que habría preferido ver a Jet Black pudriéndose en una celda para el resto de su vida.

Stride asintió. Ya tenía su respuesta: Anna creía la misma historia que todo el mundo. No conocía la verdad, y si Tom Bruin había sido capaz de guardar el secreto con su esposa hasta su último aliento, habría hecho lo mismo con el resto del mundo.

Percy también había guardado el secreto. Cualquier otra cosa habría significado

traicionar a su mujer. Nadie lo sabía, si no fuera porque, en el caso de que Kelli fuera inocente, alguien más tenía que haberlo averiguado. Alguien había conseguido imitar los sangrientos detalles de un secreto que sólo habían compartido tres personas.

—Su marido era tanto el médico como el forense del condado, ¿verdad? —preguntó.

—Sí, pero sólo trabajaba como forense a tiempo parcial.

Anna echó un vistazo al lujoso entorno de su casa con una mezcla de orgullo y tristeza.

—Lo que nos permitió comprar este sitio fueron los niños, las revisiones médicas de la escuela y los virus de la gripe.

—Supongo que Tom guardaba el registro de sus consultas.

Anna asintió.

—Era un fanático de la organización.

—¿Por casualidad guardaba archivos personales fuera de la consulta? ¿Cualquier cosa relacionada con su trabajo para el condado?

—Sí, guardaba copias de todos los archivos que había en su oficina. No confiaba en la burocracia. Estaba seguro de que, antes o después, los edificios gubernamentales se verían asolados por una inundación, un incendio o una plaga y por eso conservaba una copia de sus informes y sus notas personales en casa.

Stride pensó en la muerte de Jet Black; suponía que en los juzgados habría un informe de la autopsia que no reflejaría la verdadera historia. Aun así, cabía la posibilidad de que Tom Bruin hubiera guardado un informe privado. Era médico; un profesional. Lo que había hecho constituía un delito y tenía que saber que llegaría un día en que se vería obligado a contar la verdad acerca de Jet Black.

—¿Aún conserva esos archivos? —preguntó Stride. Anna negó con la cabeza.

—¿Para qué iba a quererlos? Entregué todos los informes al médico que ocupó su puesto en la consulta; y en cuanto a su trabajo en la oficina del condado, llamé al *sheriff*, le pregunté qué tenía que hacer con los papeles y me dijo que enviaría a alguien a recogerlos.

—¿Y lo hizo?

Anna asintió.

—Fue poco después de que Tom muriera. De hecho, recuerdo que fue el propio *sheriff* quien recogió las cajas.

Neal Gandy salía de su despacho en el sótano de los juzgados del condado en Shawano en el mismo momento en que Stride entraba en el edificio.

—Hola, teniente —lo saludó Neal—. ¿Sigue en Shawano? Espero que no tenga más cadáveres que mandarme. Desde que está usted aquí, nos estamos quedando sin sitio en el depósito.

Aquella muestra de humor macabro le dibujó a Stride una sonrisa en el rostro.

—Puedes relajarte. No más cadáveres.

—Bueno, me alegro. ¿Ha hablado ya con el *sheriff*? Le está buscando.

—No acabamos de coincidir —dijo Stride.

Gandy sonrió.

—Weik me dijo que, si lo veía por aquí, lo encerrara bajo llave hasta que pudiera enviar a un ayudante para que lo esposara.

—¿Y piensas hacerlo?

—Eh, yo no soy poli. No es mi problema.

—¿Te estoy entreteniendo? —preguntó Stride—. Supongo que vas de camino a casa.

—Tengo que recoger a Sophie, pero no le importará que llegue un par de minutos tarde. ¿Qué ocurre?

Stride siguió al forense de vuelta a la sala de autopsias. Era pequeña, sin apenas mobiliario. Los fluorescentes del techo emitían una luz estéril. En una de las paredes había una pila, un mueble metálico y una mesa de autopsias. Otra de las paredes estaba cubierta en su mayor parte por el acero gris de la enorme puerta del congelador. Gandy se sentó en una silla con ruedas y estiró sus largas piernas. Stride hizo lo propio en una silla parecida.

—¿En qué estado se encuentran las autopsias? —preguntó.

—El patólogo nos ha pedido que enviemos los cuerpos a Milwaukee para que las realicen allí. Tiene mejores equipos que nosotros y el *sheriff* no quiere que pasemos nada por alto.

—¿Hamlin y Percy? ¿Ambos cuerpos?

—Sí. Se los han llevado en una ambulancia.

Gandy cogió una pelota de tenis de su escritorio y la lanzó en el aire.

—Si no le importa que se lo pregunte, ¿qué está buscando exactamente, teniente?

—¿Con sinceridad? Intento averiguar si un tren que circula a toda marcha debería reducir la velocidad.

—¿Ha hablado con Kelli Andrews? ¿Sabe dónde se encuentra?

—Preferiría no hacer ningún comentario al respecto. Lo siento.

—Ya, lo entiendo. Sepa que Weik ha hecho averiguaciones acerca de sus excursiones a Appleton y Green Bay esta mañana y ha descubierto que ha hablado de Hamlin con varias personas. Se ha puesto hecho una furia.

—Me lo imagino. Weik quiere que me largue a Duluth.

Stride se inclinó hacia delante y añadió:

—Neal, siento curiosidad. ¿Conocías bien a Tom Bruin?

—Éramos colegas. Vaya, no estábamos tan unidos como Percy y él, pero Tom era un gran tipo. Ha sido una gran pérdida; todo el mundo lo quería. De hecho, fue él quien sugirió que yo ocupara este puesto. Dijo que la licenciatura en medicina no importaba.

—¿Hablabas con él de trabajo? ¿De sus casos?

—De algunos. Salí a atender algunas llamadas con él. Tom necesitaba ayuda y yo, experiencia.

—¿Qué me dices de Jet Black? —preguntó Stride—. ¿Tom te habló alguna vez de lo que sucedió en el noviciado?

—No, se mostraba muy susceptible al respecto.

—¿Y eso?

—Percy era su amigo. Creo que lo protegía. En el pueblo, la sensación generalizada era que había que correr un tupido velo. Colgarle a Percy una medalla en el pecho y seguir cada cual con su vida, ¿entiende? Tom se ocupó de todo. Siempre podías contar con Tom. Organizó incluso el entierro de las cenizas de Black en el cementerio de su iglesia, porque en ese momento Ginnie no quería tener nada que ver con Jet.

—Es comprensible.

—¿Qué importancia tiene todo esto?

—Tal vez ninguna, pero Percy está muerto y Kelli es sospechosa de asesinato. Todo lo que les sucedió empezó en el noviciado. Pensaba que tal vez Tom supiera algo al respecto que nadie más sabía.

—Si es así, no lo compartió conmigo.

—He hablado con Anna —comentó Stride—, y me ha contado que Tom guardaba un archivo personal. Notas y copias del trabajo que realizaba para el condado. Dice que el *sheriff* le pidió que se trajeran a esta oficina.

Gandy asintió y señaló con el pulgar hacia una puerta de madera que quedaba a su espalda.

—Siguen en ese armario, metidos en cajas. No son oficiales, así que supuse que no había que guardarlos en el archivo general. Tengo pendiente la tarea de escribir al fiscal del condado para consultarle si tenemos que destruirlos.

—¿Puedes hacerme un favor, Neal? ¿Comprobar una cosa? Me gustaría saber si en esas cajas hay un informe sobre Jet Black.

El forense negó con la cabeza y no se levantó de la silla.

—El *sheriff* me mataría si le dejara hojear esos archivos, pero no importa. Puedo asegurarle que no hay nada parecido.

—¿Lo has comprobado?

Neal asintió.

—Sí. Percy vino a verme poco después de la muerte de Tom. Buscaba lo mismo que usted. Quería saber si Tom conservaba notas sobre Jet y el noviciado. Dijo que temía que los medios se hicieran con ellas o que los empleados de la oficina del condado trataran de sacarse un dinero extra vendiéndolas por eBay. Creía que debíamos proteger los archivos, así que echamos un vistazo al contenido de las cajas los dos juntos.

—¿Y? —preguntó Stride.

—Y nada. No había nada que buscar. En los archivos personales de Tom no había

nada acerca de Jet Black. Si quiere saber mi opinión, Percy pareció sentirse aliviado.

Cuando salió de los juzgados, Stride marcó el número de su tío. Había aparcado a cuatro manzanas, cerca del río.

—Richard, soy yo. ¿Puedes hacerme un favor? Comprueba si hay un coche patrulla frente a tu casa.

Esperó mientras su tío se alejaba del teléfono. Pasados unos pocos segundos, Richard volvió a ponerse al aparato.

—De hecho, sí lo hay. ¿Qué es lo que quieren?

—A mí —explicó Stride.

—¿Por alguna razón en particular?

—Creo que el *sheriff* Weik quiere escoltarme personalmente hasta la frontera del condado. Diría que llevo aquí demasiado tiempo para seguir considerándome bienvenido.

—Supongo que yo tengo la culpa de eso —repuso Richard.

—No te preocupes. Tenías razón; cuando Percy apretó el gatillo frente a mí me convertí en parte de la historia.

Stride se subió a su Expedition y se dirigió hacia el sur por las callejuelas secundarias, lejos de la calle principal.

—Voy de camino a tu casa. Pero creo que será mejor que esta vez no utilicemos la puerta principal.

Su tío soltó una risita.

—Entra por la de atrás. La dejaré abierta.

Cinco minutos después, Stride aparcó en un callejón sin salida en la parte baja de Smalley Street, desde el que partía un sendero para excursionistas que se alejaba del río. Avanzó con dificultad por un campo cubierto de nieve y sin vallar, y llegó al jardín trasero de su tío desde el oeste. La tarde grisácea se estaba quedando sin luz. Stride se escurrió en el interior y avanzó por el pasillo en sombras. Richard le esperaba en la sala con un vaso de *brandy* y las cortinas corridas. Stride apartó la tela de la ventana y echó un vistazo a la calle, donde había un coche patrulla de la policía de Shawano con el motor encendido. No disponía de mucho tiempo.

—Bueno, ¿qué opinas? —preguntó Richard.

Stride se sentó.

—No creo que Kelli asesinara a Hamlin, pero si formara parte de un jurado y un fiscal expusiera todo lo que he averiguado hasta ahora, emitiría un voto condenatorio.

—¿Tan mala es la situación? —preguntó su tío.

—Peor —contestó Stride—. Me contó algo que no sabe nadie más. Quería convencerme de que era inocente, pero la mayoría de la gente diría que parece culpable.

—¿Qué te contó?

Stride negó con la cabeza.

—No puedo decírtelo; lo siento.

Su tío se encogió de hombros.

—De acuerdo, lo entiendo. Hoy he estado pensando, recordando cómo era Greg Hamlin en la escuela. Me he sentido culpable por no haberme dado cuenta de la clase de persona que era. Siempre mostraba al mundo la mejor de sus sonrisas, pero las sonrisas pueden ser engañosas.

—No te culpes.

—Bueno, sé que tenía muy mal carácter cuando alguien le llevaba la contraria y que era muy despectivo con los débiles. Eran claras señales de alarma. Debería haberme esforzado en averiguar cómo trataba a sus alumnos.

Su tío frunció el ceño y tomó un sorbo de *brandy*. Luego dejó el vaso y cogió un volumen forrado en plástico de la mesita. Era un anuario de la escuela secundaria de Shawano, de su época como profesor.

—Hace veinte años. Es una locura —dijo mientras pasaba las páginas.

—El tiempo transcurre con rapidez —observó Stride.

Richard dejó el libro abierto en una página y le hizo un gesto a Stride para que lo cogiera.

—¿Ves la foto de la página de la izquierda? Es Hamlin con Jet Black y Ginnie Porten. Nunca adivinarías qué ocurría en realidad.

Stride estudió la foto, incluida en un *collage* de recuerdos del anuario. Greg Hamlin estaba de pie en el campo de deportes, alto y guapo, con el pelo alborotado, un bigote bien recortado y el físico, esbelto y musculoso, típico de alguien que se pasa horas entrenando en la pista de atletismo y persiguiendo pelotas de tenis. Su arrogancia emanaba del papel como una tufarada. Sus largos brazos rodeaban a dos chicos y les agarraban del hombro con la mano. Ginnie estaba a la izquierda; Stride reconoció su rostro, que había cambiado muy poco con el tiempo. Y a Jet Black. Era el vivo retrato de su hijo Mike: el mismo pelo largo y grasiento, los mismos rasgos enjutos.

Dos niños. Un profesor adulto. Todos con una sonrisa impostada para la foto.

Aquella era la primera encrucijada: la escuela. En aquella época sus caminos se habían cruzado y volverían a hacerlo en el futuro de un modo que ni Jet ni Hamlin habían imaginado. Dos décadas después, ambos estarían muertos, torturados, con la palabra *Teufel* grabada en la piel.

—El veneno se transmite —comentó Richard.

—Así es.

—Sinceramente, me preocupa el hijo de Jet.

Stride alzó la vista del anuario.

—Mike parece un buen chico; diría que Ginnie se ha esforzado en transmitirle una escala de valores distinta.

—Quizá, pero pasó una década bajo la influencia de Jet Black. Es una herencia difícil de superar.

Richard volvió a coger el *brandy* y lo agitó mientras contemplaba cómo el líquido ambarino se aferraba a las paredes del vaso.

—Recuerdo algo que sucedió hace unos años. Yo estaba tomando una copa en uno de los bares del pueblo y las cosas se salieron de madre.

—¿Qué ocurrió?

—Jet. Estaba borracho como una cuba. Era poca cosa, pero lo compensaba jugando sucio. Se enzarzó con un tipo que llevaba una camiseta que a Jet no le gustaba y empezó a lanzarle insultos homófobos. Llegaron a las manos, se abalanzaron sobre las sillas y Jet le echó pimienta en los ojos. Casi lo deja ciego.

—Parece muy típico de Jet —señaló Stride.

—Yo me pasé todo el rato mirando a su hijo Mike. Estaba paralizado. Observé todo lo que hacía Jet sin apartar los ojos. ¿Cómo le afecta a un chico ver comportarse a su padre con semejante crueldad? Dios sabe lo que Jet les hizo al chico y a su madre en esa casa. Vi cómo una agente de policía se llevaba a Mike, y esperaba que el juzgado apartara al chico de sus padres para siempre. Me destrozaba imaginarme al chico en ese entorno.

Stride meneó la cabeza.

—¿Jet había llevado a su hijo al bar?

—Sí, como si deseara tener público. Enfermizo.

Stride volvió a estudiar el anuario y dibujó mentalmente una línea entre el chico al que Greg Hamlin rodeaba por el hombro y el depredador que había secuestrado y torturado a Kelli durante varios días en el noviciado. Kelli había dicho que Jet quería impresionarla, dominarla. Eso era lo que Jet deseaba del mundo entero, incluidos su mujer y su hijo.

Stride volvió a oír en su cabeza la voz de su tío: «Como si deseara tener público».

—Hijo de puta —murmuró.

—¿Qué?

Stride no contestó, pero supo enseguida que se había equivocado. Kelli, Percy y Tom no eran los únicos que sabían lo que había sucedido en el noviciado. Había otra persona. La persona que lo empezó todo. La persona que había muerto en aquel lugar. Jet. Jet también estaba allí.

¿Y si Jet no iba solo al noviciado?

¿Y si había obligado a su hijo a contemplar aquel horror?

Kelli Andrews estaba sentada en su coche, aparcado en una arboleda de abetos junto a un camino de tierra cerca del río Wolf. Nadie podía verla. La noche había empezado a caer. Cada pocos minutos, encendía el motor para calentar el interior del vehículo y luego lo apagaba y permanecía en silencio hasta que el frío volvía a apoderarse de su cuerpo.

Estaba enfadada con Percy. Enfadada porque él hubiera perdido la confianza en

ella. Enfadada porque la hubiera dejado sola. Sin embargo, ya no le culpaba por lo que había hecho. No soportaba pensar en lo que él había pasado durante estas últimas semanas: contemplar a su propia mujer y creer que era una asesina en serie; encubrir su terrible crimen y luego sucumbir al peso de la culpa. Si hubiera tenido el valor de enfrentarse a ella y exigirle la verdad, ella le habría contado que lo sucedido en las ruinas del noviciado era una aberración. Que nunca volvería a suceder. Que nunca volvería a matar.

Se preguntó si sería cierto. En realidad, Kelli nunca había llegado a entender al animal en que se había convertido. No tenía forma de saber si la misma bestia seguía viviendo en su interior. El maltrato tenía su propio modo de remodelar la mente. Lo impensable se volvía posible, y luego se convertía en la única opción. No había admitido lo que había sucedido en realidad en las ruinas ante nadie, ni siquiera ante los terapeutas a los que había acudido. Las pesadillas y los recuerdos la acosaban. Había pasado días, semanas encerrándose en sí misma y dejando a Percy fuera, preguntándose qué le pasaba por la cabeza.

Las peleas. Los gritos.

«¿Por qué no me dejas acceder a ti?».

Kelli no tenía una respuesta. Cuanto más la presionaba él, más se retraía ella. Percy sabía que vivía atormentada. Lo había visto todo. En una ocasión, Kelli había descubierto una araña fantasma que trepaba por la pared de su cuarto de baño. Percy se había despertado con sus gritos y la había encontrado destrozando la pared, la pila, el inodoro y el espejo con un bate de béisbol. Fuera de control, inaccesible. Percy se había sentido aterrorizado.

Le había dicho que sus ojos estaban vacíos. Como si fueran de piedra.

No había tardado mucho en creer que Kelli podría dejarse llevar por otro episodio de violencia psicótica. Ella lo imaginó entrando en la caravana y viendo el cuerpo, la sangre. Con la misma palabra grabada en el torso del hombre. En el fondo de su corazón, él habría sabido que ella era culpable. Greg Hamlin la había llevado al borde del precipicio, de vuelta a los brazos del diablo.

Pero eso no era lo que había ocurrido, ¿no?

Kelli no hubiera podido borrar semejante hecho de su conciencia. Se dijo que era inocente. No conocía personalmente a Hamlin ni había hablado nunca con él. Tampoco lo había matado. El crimen lo había cometido otra persona. Si ella no era culpable, ¿quién había sido?

Kelli volvió a mirar el teléfono, que descansaba en el asiento de al lado. Podía hacer una llamada, pero no se atrevía a abrir aquella puerta. No después de tanto tiempo. Habían hecho una promesa —un pacto de sangre— y habían jurado no romperla nunca. Había secretos que debían permanecer enterrados para siempre.

Y aun así, si ella no era culpable, ¿quién había sido?

Volvió a mirar el teléfono. Antes de que pudiera cogerlo, sonó y la hizo dar un respingo. Un número local apareció en la pantalla, sin nombre. Kelli vaciló; era su

teléfono del trabajo, sólo sus clientes lo tenían.

—¿Hola? —contestó.

—Soy yo.

Kelli reconoció la voz y se tranquilizó.

—Ah, hola. ¿Cómo estás? ¿Bien?

—No lo sé. En realidad, no.

—¿Qué pasa? —preguntó Kelli.

—La gente está hablando mal de ti.

Kelli respiró hondo.

—Lo sé. Lo siento.

—No me gusta. Nada de lo que dicen es verdad.

—No, claro que no.

—Vale, lo sabía. Nunca lo he creído.

Kelli sabía que había algo más. Lo percibía en su voz.

—No parece estar bien. ¿Algo va mal?

—Bueno, ya sabes. Lo típico. Mi madre no deja de dar la tabarra con mi padre. Que si se portó muy mal con ella, que si le hizo esto y lo otro. Lo entiendo, pero desearía que no siguiera haciéndolo. No me ayuda en nada.

—Claro.

—Necesito hablar contigo. ¿Podemos quedar? ¿Puedo verte?

Kelli cerró los ojos.

—No es un buen momento; lo siento.

—Por favor. Te necesito.

Kelli sabía que debía decirle que no. Stride le había pedido que se quedara allí hasta que él se pusiera en contacto con ella. Sin embargo, fue incapaz de negarse; necesitaba volver a sentirse terapeuta. Era lo que le gustaba hacer, lo único que le permitía mantener la cordura. Era su modo de perdonarse por lo que había hecho.

—De acuerdo, sí —accedió.

—¿Dónde siempre? ¿Dentro de media hora? Nadie nos verá.

Kelli pensó lo que supondría conducir de vuelta a Shawano, donde la policía la estaba buscando. Podía evitar la autovía norte-sur y tomar sólo carreteras secundarias. En aquella época del año el centro de arte estaba desierto. Estarían solos. Terapeuta y paciente. Adulta y adolescente.

—Allí estaré —confirmó.

—¿Dónde está Mike? —preguntó Stride.

Ginnie Black estaba de pie rodeada por un montón de animales, casi sin resuello. Se había dedicado a quitar el polvo y pasar la aspiradora por su diminuta casa como una desesperada, como si no fuera a quedar nunca limpia. Como si, hiciera lo que hiciese, la suciedad y los gérmenes no fueran a desaparecer. Los perros aullaban y corrían de un lado a otro de la casa anunciando la llegada del desconocido, pero Ginnie no hizo nada para detenerlos. Siete pares de ojos de gato estudiaron a Stride con suspicacia desde sus atalayas sobre los muebles. La iguana calentaba su cuerpo curtido bajo una lámpara, como si en Shawano reinara un clima desértico.

—No está en casa —dijo Ginnie.

—¿Dónde está?

—Ha dicho que había quedado con un amigo —contestó Ginnie azorada.

—¿Con quién? —insistió Stride.

—No me lo ha dicho.

Stride se sentó sin que nadie le invitara a hacerlo. Sostenía en las manos el viejo anuario de casa de su tío. La mata peluda de un gato negro irguió las orejas sobre el sofá al detectar su presencia.

—Dígame algo, señora Black. ¿Mike habla alemán?

Ginnie frotó una mancha invisible de la mesita de centro con la palma de la mano.

—Lo ha estudiado un par de años en la escuela, ¿por qué?

—Me preguntaba si alguna vez había oído la palabra *Teufel*.

Ginnie dejó de frotar el tiempo suficiente para dirigirle una mirada. Luego apartó la vista, cogió un paño suave y lo pasó por un jarrón lleno de cuentas de colores. Sostuvo el jarrón en alto y contempló su brillo.

—Significa «diablo». ¿Y qué? *Ich spreche Deutsch auch, Herr Stride*^[6]. Aunque ya hace mucho que dejé la escuela, todavía recuerdo algunas cosas que no me hacen nunca falta. Resulta irónico.

—¿Esa palabra tiene algún significado especial para usted?

—Ninguno en absoluto.

—¿Y para Mike?

—Claro que no. ¿Por qué iba a tenerlo?

—Quienquiera que asesinó a Greg Hamlin le grabó la palabra *Teufel* en el pecho —le explicó Stride.

El jarrón se le cayó de las manos, golpeó contra la mesa y se rompió en docenas de esquirlas afiladas. Las cuentas se esparcieron como un arcoíris y los animales echaron a correr.

—Mierda —susurró la mujer.

Stride se puso en pie enseguida para ayudarla y tres de los gatos se arrastraron

hacia ella para investigar, pero Ginnie los apartó con el pie. Luego cogió una caja de cartón y empezaron a recoger los pedazos de cristal y las cuentas de la moqueta. Los movimientos de ella eran descuidados y terminó por cortarse. La herida empezó a sangrar. Ginnie se llevó el dedo a la boca con los ojos húmedos por las lágrimas. Se dejó caer sobre el suelo deslizando la espalda por una vieja butaca y respiró pesadamente por la nariz.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó con una voz sin vida—. Váyase, por favor. Yo no sé nada.

Stride terminó de recoger todos los cristales que encontró y dejó la caja sobre la mesa.

—Recuerdo una cosa que me dijo: que a Jet le gustaba llevarse a Mike a todas partes. Como un prisionero. Le hacía mirar mientras cazaba y mataba cosas.

—¿Y qué?

—Que tengo que saberlo. ¿Retuvo Jet a dos prisioneros en el noviciado? ¿Mike estuvo también allí?

—No sea ridículo.

—Era sólo un niño; no tiene de qué preocuparse. Pero si vio algo...

—¡Él no estaba allí! —le espetó ella con una violencia repentina—. Pasó todas las noches de aquella semana en casa, conmigo, no con Jet. Mike no sabe absolutamente nada. Ninguno de los dos sabía lo que estaba ocurriendo hasta que el *sheriff* Weik vino y me informó de que mi marido había muerto. De que uno de sus agentes le había disparado. ¿Y sabe cuál fue mi reacción? Sentí que por fin era libre.

Ginnie seguía sangrando. Stride cogió un pañuelo de papel y se lo tendió; ella lo presionó sobre su piel y una mancha roja se extendió por la celulosa. Stride dejó que se sentara en silencio.

—Entiendo que esto es difícil para usted —dijo al fin.

—No, usted no entiende nada.

Él le mostró el anuario.

—¿Recuerda esta foto?

Ginnie agarró el libro y estudió la vieja fotografía en la que aparecían Jet, Greg Hamlin y ella. Una mirada de cólera se abatió sobre sus ojos. Cerró de golpe el anuario y se lo devolvió a Stride.

—Nuestras sonrisas eran falsas. Jet y yo odiábamos a Hamlin; era un hijo de puta que disfrutaba humillando a sus alumnos.

—¿Jet trataba a Mike del mismo modo? —preguntó Stride.

—Todos los días —confirmó Ginnie en tono brusco.

—Ésa es la razón de que crea que Mike sabe más de lo que está contando usted sobre lo que sucedió en el noviciado. Creo que Jet le obligó a mirar lo que le estaba haciendo a Kelli Andrews.

—Mike estaba en casa conmigo. No vio nada.

—Discúlpeme, señora Black, pero no la creo.

—No me importa lo que crea. No tengo por qué hablar con usted.

—No, es cierto.

—¿No lo entiende? Lo único que quiero es olvidar a Jet; no quiero recordar nada de aquella época, y Mike tampoco. No pienso perder ni un solo segundo más de mi vida hablando de mi marido. Jet se merecía todo lo que le pasó.

Stride la miró.

—¿Todo? —preguntó en voz baja.

—Que merecía morir, quiero decir —rectificó ella, pero sabía que había cometido un error.

—¿Vio usted el cuerpo de su marido después de su muerte? —quiso saber Stride.

—No. Tom Bruin se ocupó de todo. A Jet lo incineraron y enterraron sus cenizas. Es más de lo que yo habría hecho por él.

—¿Quiso Mike ver a su padre?

—No.

Stride se dirigió a la diminuta cocina de casa de los Black y mojó un trapo en agua caliente. A continuación, se sentó al lado de Ginnie, le rodeó el dedo herido con el trapo y lo mantuvo apretado.

—¿Por qué le ha resbalado el jarrón al oír lo que le hicieron al cuerpo de Greg Hamlin? —preguntó.

Ella se encogió de hombros.

—Es sorprendente. Cruel.

—¿Eso es todo?

—Sí, claro que es todo.

—He pensado que no era la primera vez que oía que alguien sufría una tortura como ésa.

Ginnie volvió la cabeza. Stride vio el agotamiento reflejado en su rostro, como una máscara de la que nunca podría desprenderse.

—¿De verdad quiere que responda a esas preguntas, señor Stride?

—¿Por qué lo dice?

—Tengo la impresión de que podrían conducirlo a un lugar en el que Kelli Andrews no quiere que entre nadie.

Ginnie sabía lo ocurrido. Durante todo ese tiempo, había sabido qué le había ocurrido en realidad a su marido y nunca había dicho una palabra.

—Kelli me confesó que fue ella quien mató a Jet —murmuró Stride—. No Percy.

—Contárselo a usted no me parece lo más inteligente.

—Lo sé. Se arriesgó mucho al confiar en mí.

—Bueno, yo no confío en usted. No confío en nadie.

Stride se inclinó hacia ella.

—¿Cree que Kelli Andrews mató a Greg Hamlin?

—No tengo la menor idea. Si lo hubiera hecho, no la culparía.

—Quienquiera que matara a Hamlin, sabía qué le había pasado a Jet. La lista es

muy corta. Al principio pensaba que sólo incluía a Kelli, pero acabo de descubrir que usted lo sabía. Y Mike también.

—Greg Hamlin era un mal bicho y un sádico. Cuando vino a verme, sus lloriqueos y disculpas no me sirvieron de nada. Tal como yo lo veo, el hecho de encontrar a Dios y renunciar a la botella no te concede la absolución. Aun así, si se fija en mi casa se dará cuenta de que Mike y yo atesoramos vida, no muerte. Yo no maté a Hamlin y mi hijo tampoco.

Stride se apoyó en el respaldo de la butaca. Los perros lo observaban para asegurarse de que no albergaba ninguna intención aviesa hacia su dueña. Miró por la ventana de la sala hacia la calle, donde casi había oscurecido.

—¿Qué pasó en realidad aquella semana? —preguntó.

Ginnie toqueteó la caja que contenía las esquirlas de cristal. Parecía estar contándolas.

—Yo ignoraba lo que estaba ocurriendo, créame. Si hubiera pensado por un momento que Jet estaba involucrado en la desaparición de Kelli, habría hecho algo al respecto enseguida. No habría permitido que sufriera.

—Estoy seguro de que así es.

—Jet y yo no dormíamos en la misma habitación. Él tenía un catre en el garaje. Cuando se marchaba, yo no me enteraba. Se llevó a Mike al noviciado, pero yo no me di cuenta. Lo único que sabía era que a mi hijo le pasaba algo. Se convirtió en un niño diferente: dejó de hablar y tenía esa expresión en la cara, como si hubiera visto el fin del mundo. Le pregunté a Jet por qué se comportaba Mike de forma tan extraña, pero me dijo que exageraba. La cosa duró varios días; yo estaba asustada.

Ginnie se interrumpió y Stride esperó. La mujer no quería proseguir, como si ya hubiera dicho demasiado. Al final, él la animó:

—¿Descubrió la verdad sólo cuando vino la policía?

—Sí. Sí, así es. Fue como si la tierra se abriera bajo mis pies y me tragara. Sabía que Jet era un hombre violento, pero aquel grado de depravación superaba lo imaginable. Lo sucedido me resultaba espantoso. Al mismo tiempo, si le soy sincera, me alegré de que estuviera muerto.

—¿Y Mike? ¿Cuándo supo que él también había estado allí?

Ginnie vaciló y ordenó sus pensamientos. Señaló a uno de los gatos, un siamés menudo de pelo gris que seguía su conversación como si entendiera cada palabra.

—Se lo explicó a *Sheba*. Un día Mike estaba fuera, en el jardín, y encontró a este gato encogido entre las sombras del porche, hambriento y asustado. Lo trajimos a casa; fue el primero que acogimos. *Sheba* sigue durmiendo todas las noches junto a Mike, hecho un ovillo. Cuando vi que mi hijo no podía hablar conmigo, le pedí que le contara a *Sheba* todo lo que había sucedido, y lo hizo. Todo. Que su padre lo había llevado al noviciado y que Kelli estaba allí, encapuchada, prisionera. Que Jet lo había obligado mirar mientras...

Ginnie meneó la cabeza; las lágrimas le corrían por las mejillas.

—No sé qué es más cruel —añadió—: hacer lo que hizo u obligar a Mike a presenciarlo.

—¿Y el último día? —preguntó Stride—. ¿Le explicó Mike lo que Kelli le hizo a Jet?

—¿De verdad es necesario que hablemos de eso? ¿Qué más da? Kelli ya le ha contado lo que pasó.

—Es importante.

Ginnie vaciló; no quería seguir hablando.

—Bueno, supongo... No lo sé. El último día oyó algo distinto. Una voz femenina, pero no sonaba como una mujer, sino distorsionada y extraña. Oyó una risa insólita, como un aullido, inhumana. Como si Jet estuviera arriba con...

—¿Con quién?

—Con el diablo —declaró Ginnie—. Ya sé que parece una locura, pero no miento. Mike se quedó allí hasta que los gritos cesaron. Supongo que se escurrió hasta el segundo piso. Kelli estaba dormida o inconsciente, no lo sé. Mike vio... bueno, ya sabe lo que vio. Después, echó a correr hasta llegar a casa.

—Siento mucho que tuviera que vivir semejante experiencia —dijo Stride—. ¿Lo llevó a un psicólogo?

—Mike se negó.

—¿Se sorprendió usted por lo que había hecho Kelli? ¿Creyó que merecía un castigo?

—¿Castigarla? ¿Después de lo que le hizo Jet? No. Él es quien se lo merecía.

—Tal vez la ley lo considerara de forma distinta —señaló Stride.

—Por eso nunca se lo he contado a nadie. No quería que Kelli se metiera en problemas.

—¿Y Mike?

—Mike no habla nunca de lo que vio —dijo Ginnie—. Trata la experiencia como si fuera un monstruo al que ha obligado a permanecer encerrado en una caja. Esas cajas no se abren, señor Stride. Se dejan donde están.

Stride frunció el ceño.

—No, lo siento. Creo que Mike se lo ha contado a alguien.

—Es imposible —insistió ella.

—He hablado con una chica que conoce a Mike y dice que él le contó que el diablo había estado en el noviciado. Que el diablo había matado a su padre. Eso es lo que me preocupa. ¿A quién más se lo ha explicado en la escuela? ¿Quién más conoce el secreto? ¿Y si alguien ató cabos y dedujo que en realidad el diablo era Kelli Andrews?

La preocupación ensombrecía el rostro de Ginnie. *Sheba* saltó sobre la mesa, se subió a su regazo y le lamió la barbilla. Ginnie sostuvo la cara del gato entre las manos y lo miró a los ojos, como si el animal pudiera proporcionarle respuestas.

—Tiene que estar equivocado —dijo ella.

—No me equivoco. Tengo que encontrarle. ¿Sabe dónde está Mike?

Ginnie suspiró y se sacó el teléfono del bolsillo.

—Después de todo lo que pasó, ¿cree que podría soportar no saber dónde está mi hijo? Tengo una aplicación para ubicarlo. Se pasea por el pueblo con su moto, pero siempre puedo encontrarlo cuando lo necesito.

Ginnie pulsó algunas teclas del móvil y le mostró un mapa con una cruz que se movía lentamente hacia el este por una carretera rural, en dirección al lago.

—Está cerca del teatro al aire libre —dijo—. Pasa mucho tiempo allí, no sé muy bien por qué. En verano está siempre vacío. Una vez se lo pregunté, y me explicó que le gusta sentarse en las gradas y pensar.

—¿Mike va de camino al teatro? —preguntó Stride, poniéndose en pie.

—Sí, ¿por qué?

—Tenemos que ir —la conminó—. No es una simple coincidencia. Allí es donde Kelli Andrews se cita con sus pacientes.

Kelli aparcó donde solía hacerlo, en el parque infantil ubicado en la orilla opuesta del arroyo, frente al teatro. La hierba estaba cubierta de nieve y sólo se distinguían algunas huellas borrosas impresas por los niños a lo largo del día. El crepúsculo había caído y la oscuridad se cernía sobre el bosque. La franja de agua que unía el lago Shawano con el río Wolf era poco profunda y estaba helada. Las algas y la maleza enturbiaban el hielo.

Un puente de madera cruzaba el arroyo. Las gruesas ramas de los árboles se inclinaban y trazaban un arco bajo el cual avanzó. Al otro lado del puente, el sendero se convertía en una serpiente blanca que zigzagueaba entre los árboles. Las bellotas crujían bajo sus pies con el chasquido de un disparo. Apenas distinguía los troncos que se amontonaban a su alrededor. Se detuvo al percibir una presencia cercana. Su aliento dibujaba nubes de vaho frente a su cara.

—¿Hola? —llamó.

No obtuvo respuesta.

Siguió caminando por el bosque hacia el teatro. En realidad, se trataba de un simple y reducido escenario al que le hacía buena falta una nueva capa de pintura verde, con una hilera de bancos de madera enfrente dispuestos en una leve pendiente. El edificio del centro de arte se erguía tras el teatro, pero estaba cerrado con llave. Kelli avanzó a través de los helechos y se quedó de pie en el escenario, como Hamlet a punto de recitar su monólogo a los fantasmas que ocupaban los bancos.

—¿Hola? —repitió.

Estaba sola.

Kelli esperó. Los minutos pasaban. Despejó la nieve de un banco de la primera fila y se sentó. Se le erizó el vello de la nuca y siguió mirando por encima de su hombro, esperando ver u oír a alguien. Allí no había nadie. El frío empezaba a

filtrarse a través de sus pantalones húmedos y su camiseta.

Al cabo de quince minutos, subió por la cuesta hasta la parte trasera del edificio del centro de arte, una sola planta revestida de estuco marrón claro. Echó un vistazo a través de una de las ventanas, pero no distinguió el interior. Rodeó el edificio con una tranquilidad sorprendente cada vez que doblaba una esquina. Frente a la fachada, varios caminos de tierra se unían entre los altos árboles. Divisó la zona de aparcamiento destinada a los espectadores del teatro, pero la mayor parte de la arboleda permanecía oculta en la oscuridad. Si había alguien allí, no podía verlo.

La noche empezaba a cerrarse.

Kelli tomó uno de los caminos de tierra. La farola que debía iluminarlo estaba rota. Distinguió un claro entre los árboles: había un coche aparcado en mitad de la hierba. Los matorros invernales lo ocultaban de la vista desde la carretera. Era un Audi plateado, y dedujo que llevaba un tiempo allí. Estaba cubierto de nieve, y era difícil reparar en él. Sobre el capó habían caído hojas y ramas, y sobre la matrícula se había formado una capa de hielo.

Se acercó al vehículo y miró dentro. El interior de cuero estaba vacío, inmaculado, y parecía caro. Con una extraña sensación de temor, apartó la nieve de la matrícula y vio que estaba personalizada.

HAMLIN1.

Abandonado en el lugar donde Kelli Andrews se citaba con sus clientes.

Dio media vuelta y echó a correr. Sabía que debía huir de allí de inmediato. Sus botas resbalaban y las ramas de los árboles se aferraban a sus brazos y su cara. Apenas veía nada frente a ella. Desde el claro, en la convergencia de caminos, avanzó a trompicones en dirección al edificio del centro de arte; no se oía más sonido que su pesada respiración. Corrió hacia el bosque, desesperada por alcanzar el teatro, el sendero, el puente y después la libertad de su propio coche.

Mientras dejaba atrás la parte trasera del edificio de estuco, algo —alguien— emergió de la oscuridad. Un brazo —¿era un brazo?— le rodeó el cuello, parándola en seco y retorciendo su cuerpo.

Kelli pataleó en el aire y acabó por perder pie. Aterrizó de espaldas sobre el suelo y se golpeó la cabeza.

Se quedó allí tendida, mareada, mirando hacia el cielo, sin ver nada. Algo muy pesado le cayó sobre el pecho.

A pesar de la oscuridad, fue consciente de que algo se movía arriba y abajo y aterrizaba sobre su frente con un estallido de dolor. Un brillo deslumbrante la cegó. Y entonces, todo terminó.

Stride avanzó lentamente por el camino de tierra. Ginnie Black estaba sentada a su lado, mirando a través del parabrisas. Los neumáticos del Expedition crujían sobre las piedras y los copos de nieve dibujaban una neblina frente a los faros. Más adelante, Stride divisó un edificio de estuco en un claro donde se unían varios caminos. Dejó las luces encendidas mientras bajaban del coche. El viento y la nieve le golpearon la piel. Guardaba un vívido recuerdo de Percy Andrews saliendo de su coche en el cementerio, avanzando por delante del haz cálido de los faros.

—Aquí no hay nadie —dijo Ginnie.

Stride sacó una linterna y barrió con la luz el suelo frente al edificio.

—Huellas —observó.

Había un juego de huellas que iban y venían. Eran pequeñas, como las de unas botas de mujer, y descendían por el camino de tierra de su derecha. Stride las siguió; Ginnie permaneció unos pasos por detrás. Stride rastreó las huellas hasta un claro entre los árboles, donde vio el Audi aparcado.

—El coche de Hamlin —constató—. Quienquiera que lo secuestrara, lo hizo en este lugar.

Estudió las huellas. La mujer que las había dejado se había acuclillado sobre la nieve para despejar la matrícula. Al reconocerla, había dado media vuelta y echado a correr. Las huellas que se alejaban estaban más separadas, reflejo del pánico. Del miedo.

Si pertenecían a Kelli, la mujer había deducido qué significaba que el coche de Hamlin estuviera allí: otra señal inculpatória que apuntaba hacia ella.

—Vamos —dijo Stride—. Tenemos que encontrarla.

—Le he enviado un mensaje a Mike —dijo Ginnie—. Le he preguntado dónde estaba.

—¿Ha contestado?

Ella negó con la cabeza.

Stride volvió a estudiar el suelo. No había otras huellas; sólo las de una mujer que había llegado y se había marchado. Dejó atrás el Audi de Hamlin y salió del bosque a la estrecha carretera, guiando sus pasos con la linterna; aún veía el brillo de los faros de su todoterreno aparcado cerca del centro de arte.

Las huellas lo llevaron de vuelta hacia el edificio. Comprobó el bosque a ambos lados del camino pero no vio señales de vida. La nevada producía un leve siseo y las erráticas ráfagas de viento hacían entrechocar las ramas de los árboles. A su lado, Ginnie se metió las manos en los bolsillos. Su abrigo era viejo pero grueso.

—¿Es posible que Mike haya estado yendo a terapia con Kelli sin que usted lo sepa? —preguntó Stride.

—No, él no haría algo semejante. Y ella tampoco.

—Kelli trata con adolescentes —observó él.

—Mike me lo habría contado.

Llegaron al centro de arte, vacío y cerrado con llave. De la línea del tejado colgaban carámbanos como lanzas afiladas. Por encima de sus cabezas se erguían los árboles, que se bamboleaban como gigantes ebrios. Los faros del Expedition los iluminaban y proyectaban largas sombras en el suelo. Las huellas de la nieve llevaban hacia el edificio. Stride empezó a seguirlas, pero se detuvo al oír un crujido de ramas entre los árboles. Alguien se acercaba corriendo hacia ellos y no pretendía ocultar su presencia. Con un brazo, cogió a Ginnie y la puso a su espalda. Después empuñó su pistola. Los pasos se acercaban; estaban ya tan cerca que podía oír los jadeos.

Una silueta rodeó la esquina del edificio.

Era Mike Black.

El adolescente se deslizó hasta detenerse y Stride bajó la pistola. Ginnie salió de detrás de él y abrazó con fuerza a su hijo. El chico miró a Stride, quien estudió la ropa del chico con rapidez en busca de signos de pelea o sangre. Nada sugería que lo hubieran atacado. Aun así, Mike estaba sobrecogido por el pánico.

—¿Dónde está Kelli Andrews? —preguntó Stride.

Mike se separó de su madre.

—No lo sé.

Stride señaló las huellas que había seguido.

—¿Esas huellas son tuyas?

—Ya le he dicho que no lo sé. No la he visto, pero su coche... su coche está aparcado al otro lado del río. Allí no hay nadie.

—Enséñamelo.

Mike los guió por detrás del edificio. Ginnie permaneció al lado de su hijo, rodeándole los hombros con el brazo. Stride los seguía, sin apartar la vista de las huellas de la nieve. Cerca de la hondonada, donde un teatro al aire libre se elevaba entre los árboles, algo cambió: dos juegos de huellas se cruzaban y la nieve estaba pisoteada.

—Alto —dijo.

Stride estudió la escena bajo la luz de la linterna. Vio las huellas de un hombre que se deslizaban en largas rayas sobre la nieve a medio derretir, muy cerca del edificio. Kelli había girado en la esquina: en aquel punto, el suelo era un caos de marcas. La nieve estaba aplastada, como si alguien hubiera caído en ella. Se agachó e iluminó la alfombra de hojas y tierra, brillante de gotas húmedas y oscuras.

Sangre fresca.

Comprobó el sendero que se perdía entre los árboles y vio rastros superpuestos. Las huellas de mayor tamaño vacilaban bajo el peso de una carga. Un cuerpo. El cuerpo de Kelli.

Stride bajó apresuradamente la pendiente y se internó en el bosque. Permaneció en el borde nevado del sendero cubierto de helechos, con las ramas rozándole la chaqueta. El haz de luz de la linterna se balanceaba frente a él. A su espalda, Mike y

Ginnie Black lo seguían intentando mantener su paso. Las huellas del hombre continuaban, profundas y sin prisas. Al llegar a un pequeño claro, el sendero se dividía: la nieve del camino que seguía en línea recta estaba intacta, pero a la izquierda de Stride las huellas se dirigían hacia un puente que cruzaba el arroyo helado.

Lo atravesó. Al otro lado había un aparcamiento. La nieve se había acumulado sobre el parabrisas de un viejo Camry azul, estacionado junto a la moto de Mike. Stride oyó que Ginnie y el chico se acercaban.

—¿Es el coche de Kelli? —preguntó.

El chico asintió.

—¿No la has visto? ¿Ni a ella ni a ninguna otra persona? —A nadie.

Stride se acercó al Camry, iluminó los asientos y no vio nada. La puerta estaba abierta, así que alargó la mano y presionó la palanca del maletero. También estaba vacío, pero notó algo extraño: habían sacado la alfombrilla del fondo.

Barrió el aparcamiento con la luz de la linterna y encontró las marcas de neumáticos de otro vehículo sobre la nieve: iban y venían. Se preguntó cuánto tiempo habría transcurrido; el rastro sobre la nieve era muy nítido, y los copos apenas habían empezado a llenar los surcos. Sacó una foto con el móvil.

—¿Has visto el otro vehículo? —le preguntó a Mike.

—No. Si había alguien aquí, cuando yo he llegado ya se había marchado.

—¿Te has cruzado con alguien en la autovía?

Mike negó con la cabeza.

—Debe de haber ido en dirección contraria, hacia el pueblo.

Stride contempló la carretera vacía. Se encontraban en un cruce cerca del lago, pero desde allí sólo veía la oscuridad del cielo que se mezclaba con la oscuridad de los campos, sin una sola farola.

Dirigió la luz de la linterna al pecho de Mike.

—¿Por qué ibas a reunirte con Kelli Andrews?

—No iba a reunirme con ella.

—Entonces ¿qué haces aquí?

Mike vaciló.

—Había quedado con otra persona.

—¿Con quién?

El adolescente miró a su madre.

—Con Sophie.

—¿Sophie? —repitió Ginnie en tono cortante—. ¿De quién ha sido la idea de quedar aquí? ¿Tuya o de ella?

—De ella. No es la primera vez.

—¿Es tu novia? —preguntó Stride.

—No, sólo una amiga. Bueno, sé que yo le gusto. Ella no es como los demás chicos del colegio. Hablamos mucho.

—¿Sophie conoce a Kelli Andrews?

Mike asintió.

—Sí, Kelli ha sido su psicóloga desde que sus padres se divorciaron. Se reúne con ella en este mismo sitio.

—¿Qué te ha dicho Sophie? —quiso saber Stride.

—Que debía venir enseguida. Temía que hubiera problemas.

—¿Qué clase de problemas?

—No lo sé, no me lo ha dicho. Me he montado en la moto y he conducido hasta aquí, pero no he encontrado a Sophie.

Stride apoyó una mano en el hombro del chico con firmeza.

—Escucha, Mike; esto es importante. Sé que viviste una experiencia terrible en el noviciado y también sé lo que le pasó en realidad a tu padre.

Mike miró a su madre con los ojos abiertos de par en par. Luego negó con la cabeza en silencio.

—No te preocupes, Mike —lo tranquilizó Ginnie en voz baja—. El señor Stride sabe que Kelli fue la verdadera responsable de la muerte de Jet, pero no va a acusarla.

—Yo no... no sé nada —murmuró Mike.

—Nadie te culpa de nada, Mike —dijo Stride—. Sólo tengo que hacerte una pregunta: ¿le has contado a Sophie lo que viste en el noviciado? ¿Sabe ella lo que Kelli le hizo a Jet?

—¡No le he explicado nada! —exclamó él, y cerró los ojos—. Ella ya lo sabía.

Ginnie reaccionó con brusquedad.

—¿Cómo?

—Dijo que Kelli era quien había matado a papá y que Percy lo había encubierto. Que era como si el diablo se hubiera apoderado del cuerpo de Kelli y que se había vuelto loca. Yo le contesté a Sophie que eso era una tontería, que se equivocaba, y que no se lo contara nunca a nadie. Le advertí que podía meter a Kelli y a Percy en un buen lío.

—Deberías haberme contado todo esto —le espetó su madre.

Mike asintió.

—Lo sé. Lo siento.

—¿Cómo se enteró Sophie? —preguntó Stride.

—Oyó a Percy hablando de ello con el doctor Bruin.

—¿Cuándo sucedió?

—El día en que murió el doctor Bruin. Su mujer salió a dar un paseo y dejó a Sophie con el bebé. Percy estaba allí, y el doctor Bruin y él hablaban de lo que había ocurrido en realidad. De lo que habían hecho. De lo que había hecho Kelli. Sophie lo oyó todo a través del...

—Del intercomunicador del bebé —concluyó Stride, y cerró los ojos.

—Eso es.

Stride se recordó sentado en la sala de Anna Bruin mientras los gorjeos del bebé

se oían a través del intercomunicador, junto con la voz de Sophie tarareando temas de Lady Gaga. Se acordó de que Anna había dicho que, hacia el final, habían trasladado a su marido al dormitorio del piso de abajo y que ella escuchaba cómo, a través del intercomunicador, pugnaba por aferrarse a la vida. Percy había estado con Tom el último día. Para expiar su culpa. Para realizar su última confesión. Sophie, la niña a la que le gustaba escuchar, los había oído admitir la verdad.

—Mike, ¿a quién se lo explicó Sophie? —preguntó Stride.

—¡A nadie! Le dije que no se lo contara a nadie, que no era más que un estúpido rumor y que era mentira, que ella no lo entendía. Y prometió que guardaría el secreto.

—No lo hizo —concluyó Ginnie, y dio un paso hacia el círculo iluminado—. Se lo contó a su padre. Neal lo sabe.

Una mueca se dibujó en el rostro de Mike.

—Mamá, sólo porque él no te guste...

—Tienes razón, no me gusta Neal Gandy. Te pedí que no quedaras con su hija porque no quería que pisaras su casa.

—¿Por qué? —preguntó Stride agarrándola de la muñeca—. ¿Qué sabe usted sobre Neal?

—Conozco a su exmujer —explicó Ginnie—, y durante años me ha estado contando cosas sobre él. Cosas que a él le gustaba hacerle. Muy desagradables. Ella lo soportó tanto como pudo, pero al final se cansó y lo abandonó. Temía lo que pudiera hacer él. Lleva un tiempo tratando de que el juez le retire la custodia de Sophie.

Stride pensó en las huellas vacilantes que cargaban el cuerpo de Kelli. No se correspondían con el movimiento de alguien que caminara sobre la nieve, sino con el de alguien que renqueara.

—Neal es cojo —dijo—. Me contó que era una promesa del tenis y que un día se disparó por accidente con el arma de su padre.

Ginnie negó con la cabeza.

—¿Por accidente? Ni hablar. Todos los chicos sabíamos la verdad, pero no hablábamos nunca del tema. Hamlin era el entrenador, ¿se acuerda? Pues humillaba a Neal igual que hacía con Jet, sin compasión. Convirtió su vida en un infierno y la situación llegó a tal extremo que Neal fue incapaz de resistirlo. La única forma que se le ocurrió para alejarse de Greg Hamlin fue dispararse él mismo en el pie.

Stride encontró la granja de Neal Gandy en un camino rural al sur de Shawano. Las hierbas altas que crecían junto a la cuneta se ondulaban con violencia bajo el envite del viento. La casa y el granero estaban rodeados por campos yermos y una cadena oxidada colgaba entre dos postes delante del camino de entrada, vedando el acceso a los visitantes. La casita, de color gris, se hallaba a unos cien metros de la carretera, resguardada bajo las ramas de un enorme roble. Una de las ventanas de la planta baja estaba iluminada.

Detuvo el todoterreno frente a la cadena, bajó del vehículo y aguzó el oído, con la esperanza de oír las sirenas de la policía. Corrió solo por el camino de tierra y vio la vieja *pick-up* roja de Gandy aparcada sobre la hierba seca. Puso la mano sobre el capó y lo notó caliente. Los neumáticos estaban cubiertos por una capa de barro. Abrió la puerta; el interior estaba desordenado, alfombrado de envoltorios de comida rápida y revistas para adultos. Una manta vieja cubría el asiento.

Aspiró un levísimo aroma a flores. Perfume. La furgoneta olía a Kelli Andrews.

Stride se dirigió hacia la casa. Algunas tejas se habían desprendido, dejando huecos mellados. La pintura gris de las paredes estaba desconchada y saltaba de los marcos de las ventanas. Las plantas que rodeaban la propiedad tenían un aspecto descuidado, y en dos de las ventanas el cristal estaba rajado.

Aplicó la oreja a la puerta principal. El interior estaba en silencio. Llamó con fuerza y no obtuvo respuesta. Cuando giró el pomo, se dio cuenta de que no estaba cerrada con llave. Entró en la casa y el viento gélido sopló sobre el suelo de madera. Frente a él, unas escaleras llevaban al piso superior. El de abajo estaba a oscuras, excepto la sala, donde una lámpara brillaba junto a la ventana con las cortinas corridas.

—¿Neal? —llamó—. Soy Stride. Tenemos que hablar.

No obtuvo respuesta.

Se quedó un momento en la entrada de la sala. Los muebles olían a humedad y no combinaban entre sí, como si los hubieran comprado en mercadillos de garaje a lo largo de los años. La chimenea estaba apagada y la repisa, vacía. La lámpara proyectaba sombras. Estaba a punto de dar media vuelta cuando oyó el gimoteo de una niña. Observó la butaca que había junto a la chimenea y vio asomar la punta de una deportiva amarilla.

Stride apartó con cuidado la butaca. Sophie Gandy estaba sentada en la esquina de la habitación, con las rodillas apretadas contra el pecho, el pelo pegado a la cara y mordiéndose las uñas hasta hacerse sangrar los dedos. Tenía los ojos enrojecidos; las lágrimas brotaban por detrás de las gafas y le corrían por las mejillas.

—Sophie, ¿qué ocurre? —preguntó.

Ella no contestó.

—¿Dónde está tu padre?

La chica siguió callada y mirando al vacío a través de las gafas sucias.

Stride la dejó allí e inspeccionó con rapidez el resto de las habitaciones de la planta baja. Estaban vacías. Pulsó el interruptor para encender la luz de las escaleras, pero no funcionaba. Se encaminó a oscuras al piso de arriba, donde encontró las puertas de tres habitaciones más. Una era el cuarto de Sophie, infantil y lleno de muñecas; la segunda, una habitación llena a rebosar de trastos; la tercera, el dormitorio de Neal Gandy, sin cama: el forense dormía en un saco sobre el suelo. En el baño contiguo, el armario con espejo que había encima de la pila estaba repleto de medicamentos que sólo se administraban con receta, incluidos antidepresivos y potentes calmantes.

No había nadie más en la casa.

Regresó junto a Sophie y se acuclilló frente a ella. La niña apenas reparó en su presencia.

—Sophie, ¿le has pedido a Mike que se reuniera contigo en el teatro?

La chica subió y bajó la cabeza en un gesto apenas perceptible.

—¿Por qué?

Sophie habló con un dedo entre los dientes.

—Creí que él podría ayudar a Kelli.

—¿Por qué necesitaba ayuda?

Las gafas le resbalaron por la nariz y se las subió con un dedo.

—La he llamado. Le he dicho que tenía que verla, pero no era verdad.

—¿Ha sido Neal? —preguntó Stride.

Ella se sorbió la nariz y asintió.

—Mi padre sabía que Kelli no querría hablar con él. A papá no le gusta. Cree que siempre se pone de parte de mi madre, y que quiere ponerme en contra de él. Yo le he dicho que no es así, pero no me cree.

—¿Por qué quería tu padre ver a Kelli?

—No lo sé. Me ha dicho que no me preocupara.

Sophie se encogió de hombros, como si creyera a su padre, pero luego se echó a llorar de nuevo.

—A veces se enfada mucho y me asusta. Me ha pedido que no se lo cuente a mamá, porque entonces ella me apartará de él. Y yo no quiero.

Stride le puso una mano en el brazo y ella dio un respingo.

—Sophie, ¿dónde está tu padre?

—No está aquí.

—Su furgoneta está en el camino de entrada.

Ella abrió mucho los ojos detrás de las gafas amarillas y volvió a negar con la cabeza.

—No, no sé dónde está. Trabajando, quizás.

—Sophie —insistió Stride—. Has dicho que querías ayudar a Kelli. Yo también quiero ayudarla, y para eso tengo que encontrar a tu padre.

Ella se abrazó las rodillas y se hizo un ovillo tan pequeño como pudo. Se encorvó y apretó la cara contra los muslos. El pelo la cubrió como una cortina raída. Cuando habló, su voz sonó ahogada.

—No te entiendo —dijo Stride.

Ella ladeó la cabeza. Apenas movía los labios.

—Debe de estar en el granero.

Stride empezó a levantarse, pero una de las manos de Sophie salió disparada y lo agarró de la muñeca.

—Nadie entra en el granero —declaró.

—¿Por qué no?

La chica hablaba en susurros, como si se tratara de la clase de secreto que uno no se atreve a pronunciar en voz alta.

—No lo sé. Es la regla. Papá siempre lo dice: «No entres nunca, nunca en el granero».

Kelli estaba tendida sobre la paja, con los ojos cerrados, inconsciente. La sangre se había secado sobre el puente de la nariz y la frente, donde él la había golpeado con uno de sus utensilios de taxidermia, una estaca metálica lo bastante fuerte para romper un hueso, pero no para matarla.

Ya habría tiempo para eso.

Neal contempló a la mujer que yacía a sus pies y agarró el mango del cuchillo entre los dedos sudorosos. Estaba sentado en una silla de madera, a su lado, porque permanecer de pie le resultaba demasiado doloroso. Tenía las largas piernas estiradas y rozaba con ellas la tela de la sudadera de los Packers. Una luz halógena colgaba de un gancho por encima de sus cabezas y proyectaba una luz cálida sobre el cuerpo de la mujer.

—Hola, Kelli —dijo, aunque ella no podía oírlo.

Estaban en la parte trasera del viejo granero, en el rincón que había organizado para su trabajo. Incluso en invierno, incluso quince años después de que aquello hubiera dejado de ser una verdadera granja, el aire estaba impregnado de olor a moho, estiércol y madera vieja. Ya estaba acostumbrado, igual que al olor a sangre, arcilla, conservantes, cola y piel desgarrada.

—Es un placer conocerte por fin.

Neal se inclinó hacia delante con una sonrisa.

—En carne y hueso, si me lo permites.

Dejó el cuchillo y cogió un par de tijeritas, perfectas para el trabajo meticuloso con los ojos de los animales. Tenía todos los instrumentos dispuestos sobre una mesa, a su lado. Le gustaba su tacto, el modo en que se amoldaban a su mano.

—La verdad es que no me gustas, Kelli. ¿Crees que no sé todas las mentiras con las que le has llenado la cabeza a mi hija? ¿Crees que no sé que mi exmujer te contó

un montón de mierda sobre mí? Nadie se interpone entre mi hija y yo. Me he pasado muchos años imaginando esta escena, pero nunca me había decidido. ¿Jet? Él sí que tuvo huevos. Yo no. Yo no podría haber hecho algo semejante. Hasta que el año pasado... El año pasado cambió todo.

Dejó las tijeritas.

Cogió la sierra de asta, la herramienta más adecuada para seccionar la parte superior del cráneo.

—Sophie me ha contado lo que oyó. Cómo hablaban mientras Tom agonizaba. Después de todo, Percy no mató a Jet. ¡Lo mataste tú! Y joder, ¡de qué manera! Pobre Jet. Debo confesarte que, cuando me enteré de lo que habías hecho, me obsesioné un poquito contigo. Como si estuviéramos conectados, ¿sabes? ¿Lo notabas?

Neal se deslizó de la silla y se sentó en el suelo, al lado de Kelli. El pecho de la mujer se elevaba con cada respiración, pero no se movió ni se despertó. Neal solía hablar con los animales, aunque éstos por lo general ya estaban muertos cuando llegaban a sus manos. Ciervos de cola blanca. Zorros rojos. Mapaches. Osos.

—En un par de ocasiones, me pasé a ver a Percy cuando sabía que estaba solo y me llevé algunas cosas tuyas. Cosas que supuse que echarías de menos, sólo para que le dieras vueltas, ¿sabes? Perfume. Ropa interior. Un cepillo. También me llevé un cuchillo. ¿Te percataste de que había desaparecido? Debiste de pensar que compartías tu vida con un fantasma. Yo no sabía adónde me llevaría todo esto, no hasta que el señor Hamlin me escribió una carta. Entonces lo supe. Oh, sí, entonces lo supe.

Esbozó una sonrisita y luego se rio abiertamente.

—El señor Hamlin quería hablar conmigo y sentí que por fin las tornas habían cambiado. Yo no tenía miedo; él era el cobarde. Tuve un plan desde el principio. Tú. Tú eras mi plan. Bueno, y Percy también, no puedo olvidarme de él. Me cité con Hamlin en el teatro. Allí es donde tú te reúnes también con Sophie. ¿Ves hasta qué punto era perfecto? El señor Hamlin no podía imaginárselo. Le golpeé igual que a ti. Bum. Me planteé llevarlo al noviciado, pero me pareció excesivo. Entonces me acordé de la caravana de Tom. Lo ató a la cama y mantuvimos una especie de entrevista escolar. Hice que me relatara de nuevo todas las cosas que me había hecho. Al fin y al cabo, él quería reparar el daño. Confesar sus pecados. Pasamos juntos varios días; el tiempo pasó volando. Quizá más para mí que para él.

Neal volvió a reír y cogió de nuevo el afiladísimo cuchillo. Un cuchillo no servía de nada si no estaba bien afilado.

—Al final el señor Hamlin se desangró, pero era fuerte. Resistió mucho tiempo. Lo abandoné en la caravana, pero dejé un rastro de migas para Percy. Lo primero que hice después de golpear a Hamlin en el teatro fue llamarte desde su móvil. Sabía que Percy se haría cargo del caso de su desaparición y que vería esa llamada. Si estás casado con alguien que ha matado una vez, nunca lo olvidas, ¿verdad? ¿Volverá a hacerlo? Y, de repente, el señor Hamlin desaparece justo después de haberte llamado. El señor Hamlin, atormentado por lo que le había hecho a Jet. Tuve que empujar un

poco a Percy hacia la caravana: le hice una llamada anónima. Imagina lo que debió de pensar cuando entró allí. Olió tu perfume, vio pelos tuyos y vuestro cuchillo de cocina, usado para grabar el pecho de Hamlin. También me ocupé de meter la manta que usé para trasladar el cuerpo de Hamlin en el maletero de tu coche. Caso resuelto. ¿Qué iba a hacer Percy? ¿Delatarte? Aunque debo admitir que el suicidio me cogió por sorpresa. Nunca creí que llegara tan lejos; supuse que lo encubriría y lo dejaría correr. Debía de quererte mucho.

Gandy colocó la mano sobre el cálido estómago de Kelli.

—Es hora de empezar —anunció—. Será mejor que te ate, ¿no? Cadenas, abrazaderas, una mordaza. Pero bueno, ya sabes cómo funciona, ¿verdad?

Volvió a reír. A carcajadas. La cogió de la muñeca, pero al hacerlo, algo cambió en la mujer tendida a su lado. Algo en su cuerpo despertó y regresó a la vida. Había esperado demasiado. Había hablado demasiado. La miró a la cara y la encontró allí, esperando.

Tenía los ojos abiertos.

Convertidos en piedra.

La pared del granero se erguía frente a Stride.

La mayoría de los graneros del condado de Shawano lucían un patrón de colcha pintado en una de las paredes, y el de Gandy no era una excepción. Lo vio bajo la luz de su linterna, un cuadrado de colores vivos en el que se representaban rayos de tormenta entrelazados como una estrella puntiaguda que contrastaba con el rojo desvaído de la pared.

Los cimientos del granero estaban contruidos con pizarra y argamasa, excavados en una ladera poco pronunciada, y configuraban un segundo nivel. Stride encontró una puerta de madera en la piedra; apoyó el hombro para intentar abrirla, pero no consiguió moverla ni un centímetro. En el interior, oyó el ruido de una cadena. Subió la cuesta hasta alcanzar una hilera de ventanas viejas, pero el cristal estaba pintado y las contraventanas, cerradas. Siguió subiendo hasta lo alto de la loma, donde un gran cobertizo sobresalía por encima del granero. La puerta estaba cerrada con candado, pero tomó impulso y la pateó con fuerza; la madera podrida se astilló y cedió con facilidad.

Las telarañas se le pegaron al pelo. De los clavos colgaban herramientas oxidadas: sierras, guadañas, brocas. Sobre el suelo había agua encharcada. Olía a gasolina. La pared que el cobertizo compartía con el granero estaba mohosa y blanda, un amasijo de travesaños medio rotos. Stride presionó la madera vieja, la apartó, abrió un agujero y se deslizó dentro, evitando los clavos.

Stride se vio asaltado por una repentina oleada de frío. Un frío ridículo, insano. El granero era un bosque de hielo. Se sintió como si se hubiera adentrado en una nube de nitrógeno líquido que congelara el aire que expandía sus pulmones. Todo su cuerpo se sacudió y los dedos se le curvaron como garras. Tuvo una visión en la que lo encontraban allí, por la mañana, convertido en una estatua de hielo.

Entonces, como si de un ataque se tratara, la sensación desapareció. El frío se desvaneció como si nunca hubiera existido, y Stride percibió la habitual humedad de un espacio cerrado.

El granero estaba a oscuras. Desplazó la luz de la linterna a su alrededor e iluminó una hilera de esponjosos montones de heno. Unos travesaños largos se doblaban en diagonal sobre el suelo, manteniendo las paredes en pie. Olía a moho y estiércol. Algo se escabulló entre sus botas; una rata blanca, vieja y gorda, que se detuvo el tiempo justo para mirarle con sus ojos carmesíes. Stride oyó el goteo de la nieve que se derretía y atravesaba el techo antes de caer sobre la paja empapada. Al alzar el haz de la linterna, iluminó una lluvia plateada.

Y en mitad de ella, animales.

Animales muertos que parecían vivos. Docenas de ellos. Por todas partes.

Un águila colgaba de un alambre, con las enormes alas extendidas y el pico curvado abierto. Un erizo asustado asomaba entre el heno. Un lobo, con el pelaje del

cuello erizado, sujetaba un hueso ensangrentado entre los dientes. Un mapache lo miraba con el lomo encorvado. Un alce de más de dos metros con la cornamenta como el filo de una sierra permanecía alerta, listo para cargar. Stride navegó por aquel zoo inanimado, esquivando ciervos, ardillas, cisnes trompeteros y puerco espines. Los ojos de todos aquellos animales lo siguieron.

Caminó en silencio. El suelo de cemento estaba enterrado bajo el heno. Cuando el viento soplaba, los animales se movían. Le ponía la piel de gallina.

Se detuvo y escuchó.

En lo más profundo del granero, alguien rio.

No era una risa que pudiera describirse como masculina o femenina. No transmitía humor, sólo amenaza. La risa burbujeó, tóxica como el azufre; empezó en tono muy bajo y fue aumentando de volumen. Parecía surgir bajo tierra, a sus pies.

Stride se hallaba en el nivel superior del granero. Había alguien allí abajo.

Pasó de lado junto a un gran montón de paja que se elevaba prácticamente hasta el techo, y mientras lo hacía vio una columna de luz que emergía en rayos polvorientos de un agujero cuadrado que había en el suelo. Una gruesa viga de madera atravesaba el centro del agujero y dibujaba una cruz muy por encima de su cabeza. Sacó la pistola del bolsillo, se acercó al agujero y miró hacia abajo, una caída de casi cuatro metros hasta las balas de heno.

Un oso negro vigilaba el agujero como un centinela. Estaba incorporado sobre las patas traseras, el pelaje desgredado cubierto de polvo y telarañas, mostrando los caninos. Los ojos de cristal del animal se clavaron en Stride como si le advirtiera: «No bajas».

En el corazón del granero, distinguió unas sombras de enormes proporciones proyectadas sobre el suelo. Oyó un sonido de metal contra metal, como las cadenas de un fantasma. Una de las sombras, distorsionada sobre el heno, tenía la forma de un brazo alzado que terminaba en la hoja curva de un cuchillo. El cuchillo cayó con otro gorjeo enfermizo de risa y provocó un grito.

Un grito agónico. De desesperación. De incredulidad. Un chillido que suplicaba piedad en vano.

—¡Gandy! —gritó Stride—. ¡Detente!

Stride se lanzó por el agujero con las rodillas flexionadas. Su cazadora revoloteó como una capa. La gravedad lo atrajo hacia el suelo, donde las balas de heno se le clavaron como agujas y lo derribaron de lado. El impacto le sacudió todo el cuerpo. Rodó y se puso de rodillas con la pistola empuñada y había dos personas frente a él, bajo una luz que se balanceaba como un péndulo hipnótico. Neal Gandy. Kelli Andrews. La escena no se correspondía con lo que esperaba.

Gandy estaba tendido en el suelo, inmovilizado, con las muñecas por encima de la cabeza atadas con cinta americana, y encadenado a una viga. Le habían inmovilizado también los tobillos. Tenía la cabeza violeta a causa de los moretones.

La camisa vaquera, desabrochada, dejaba al descubierto su pecho, que martilleaba

con la respiración descontrolada. Tenía la boca abierta de par en par y no podía dejar de gritar. La sangre brotaba de dos incisiones de cinco centímetros abiertas en la piel de su torso.

Formaban una letra.

Una T.

Kelli había empezado a grabar la ominosa palabra.

Estaba de rodillas y el pelo le cubría los ojos. Tenía las mangas de la sudadera arremangadas por encima de los codos. Su cara y sus brazos, como los de Gandy, eran un arcoíris de moretones. Ambos habían peleado con violencia sobre el suelo de tierra del granero, pero Kelli había resultado vencedora. Ahora, él era su prisionero. Como Jet.

—Kelli —dijo Stride—. Estás a salvo. No tienes por qué hacer esto.

La mirada de ella estaba vacía; sus ojos eran apenas dos canicas desprovistas de vida. La risa, demencial e inhumana, era suya. Estaba allí, tras sus labios, la carcajada insana de alguien cuyo cerebro había sido vaciado por el miedo. En su lugar, anidaba ahora un instinto de supervivencia desnudo y violento, una sed de venganza que no podía ser saciada.

—Kelli, suelta el cuchillo.

Era un cuchillo de trinchar de quince centímetros con un mango negro; la hoja estaba mojada y las gotas de sangre de Neal Gandy caían sobre la piel del hombre. El filo brillaba bajo la luz. Kelli lo apretaba con fuerza entre los dedos y no daba señales de detenerse. Bajó el cuchillo hasta que la punta de la hoja se hendió en el pecho de Gandy, en el punto donde su corazón latía salvajemente por debajo. Gary gimió.

—Deténgala, dispárole, ¡haga algo!

—Kelli.

Ella presionó sin apenas esfuerzo y la sangre empezó a manar alrededor de la hoja. Le temblaba la mano; miró a Stride y susurró la siguiente letra:

—E.

—No. Kelli, detente. Eres una mujer fuerte. Nadie merece esto, y tú tampoco.

—¡Dispárole! —aulló Gandy.

—E —repitió ella.

La hoja se detuvo. Kelli no se movía, pero con un simple giro de muñeca podía hundirla y rasgar la piel, los tejidos y el músculo. Y abrirle el corazón.

Stride enfundó la pistola y abrió los brazos, con las manos y los dedos extendidos.

—¿Qué coño hace? —gritó Gandy—. ¡Mate a esta puta loca!

—Kelli —dijo Stride en voz baja—. Escucha mi voz. Nadie puede hacerte daño. Nadie puede tocarte.

Poco a poco, fue poniéndose en pie. Una ola de frío ártico volvió a embargarlo. Dio un paso hacia ella y ella lo vio acercarse, desprovista de emoción, sobrevolando el umbral entre la rendición y el asesinato. Él dio otro paso y ella blandió el cuchillo en el aire como si fuera a dejarlo caer, y él se quedó inmóvil.

Gandy se revolvió para librarse de las ataduras, pero no podía escapar.

—Confía en mí, Kelli —le pidió Stride, pero ella no lo hizo.

Stride no sabía cómo llegar a ella, no sabía qué decir. Kelli podría muy bien haber estado al borde de un precipicio con una caída infinita. Sus ángeles luchaban contra sus demonios, pero sus demonios eran fuertes.

—No pierdas la fe en ti —insistió Stride.

Kelli parpadeó. En todo el tiempo que hacía que la miraba, Stride no creía haberla visto parpadear una sola vez. El cuchillo se balanceó.

—Percy perdió la fe —dijo.

—Percy se equivocó.

Kelli miró al hombre tendido a sus pies y volvió a parpadear, como si regresara a la vida. El hielo de sus ojos se derritió y se convirtió en una llama. Ahora estaba furiosa. Furiosa con Neal Gandy, con ella misma. Aún sostenía el cuchillo en el aire. Quería asestar el golpe. Sobre cualquier cosa.

—No.

Y lo repitió él con calma:

—No, no, no.

Stride vio un movimiento en la masa de paja. Era otra rata blanca, albina, con los ojos rojos, tranquila y decidida. Se acercaba centímetro a centímetro atraída por el olor de la sangre. Kelli volvió la cabeza y también la vio. Ambas se observaron a menos de un metro de distancia. Como si la rata fuera Jet Black. Greg Hamlin. Neal Gandy. *Der Teufel*. Todos aquellos que extraían su energía de la violencia y alimentaban la muerte.

Kelli blandió el cuchillo en dirección a la rata.

—Si te acercas más —declaró—, te cortaré en dos.

La rata retrocedió y desapareció a toda velocidad en la oscuridad del granero. La ira de Kelli se desvaneció con la misma rapidez, y el dolor fluyó y ocupó su lugar. Respiró hondo. Cada gramo de fuerza que había atesorado abandonó su cuerpo como si fuera el aire que escapa de un globo. El cuchillo resbaló de sus dedos sin ocasionar ningún daño y ella cayó de lado y se hizo un ovillo. Abrió la boca en un gesto de desesperación, y de sus ojos empezaron a brotar lágrimas silenciosas.

Stride se acercó a ella, cogió el cuchillo y lo lanzó a un lado. Después se arrodilló, la abrazó y la dejó llorar.

—¿Y ahora qué? —le preguntó Kelli.

Estaba sentada sobre el incómodo somier metálico del calabozo del condado, con las manos entre las rodillas. Stride permanecía al otro lado de los barrotes. Weik le había concedido cinco minutos con ella y no le cabía duda de que los estaba cronometrando. Había pasado un día entero, de noche a noche.

—Ahora tienes que contratar a un abogado —dijo—. Puedo darte algunos nombres. En Duluth hay un muy buen criminalista, Archie Gale. Habla con él.

Kelli observó la celda con una expresión de curiosidad, como si estuviera tomando las medidas de su nuevo hogar.

—Siempre creí que tarde o temprano acabaría en este sitio.

—Pero no necesariamente por mucho tiempo —señaló Stride.

Ella se tocó uno de los moretones de la cara, las únicas secuelas de la pelea. Le habían permitido ducharse y cambiarse de ropa, así que volvía a parecer ella misma. Joven. Bonita. Con un punto *punk*. Stride la tenía por una persona que no seguía las normas, y se sentía en parte identificado con ella.

Existían líneas que no había que cruzar. Si lo hacías, no había forma de volver atrás.

—¿Neal Gandy ha hablado? —preguntó Kelli.

Stride se encogió de hombros.

—Según tengo entendido, sigue acusándote del asesinato de Greg Hamlin. Dice que fuiste tú quien lo secuestró a él, y no al contrario.

Kelli pareció preocuparse.

—¿Y le creen?

—Es poco probable. Creo que, si piensa en la posibilidad de que Sophie testifique en su contra, cambiará su historia y aceptará un trato. Era su furgoneta, su granero. Además, ha cometido un tremendo error. ¿Recuerdas que te contó que Percy había recibido una llamada anónima para que acudiera a la caravana de Tom Bruin? Uno de los agentes me ha explicado que han podido localizarla. Se efectuó desde una cabina del supermercado Pick 'n Save del pueblo. Diez minutos después, Gandy hizo la compra y pagó con la tarjeta del establecimiento. Seguramente lo hizo por costumbre, sin pensar.

Kelli agachó la cabeza.

—Pero eso no demuestra nada, ¿verdad?

—No, pero las pruebas circunstanciales también cuentan. A los jurados no les gustan las coincidencias. Además, ahora la policía sabe qué tiene que buscar. Cuando relacionen a Gandy con Hamlin y el escenario del crimen, encontrarán más pruebas. La conclusión es que las posibilidades de que te condenen, o incluso de que te acusen de asesinato, son en esencia nulas.

Kelli sonrió.

—Eso me hace sentir un poco mejor.

—No todas las noticias son tan buenas —comentó Stride—. Tu mayor problema es el mismo que siempre has tenido.

—Jet —dijo ella.

Él asintió.

Kelli se levantó de la cama y se acercó a los barrotes de la celda para cubrir los dedos de Stride con sus manos.

—Pase lo que pase, gracias. Te la has jugado por mí, y no tenía ningún derecho a pedírtelo. No tenía derecho a pedirte que creyeras en mí después de haber hecho algo tan espantoso.

Stride buscó respuestas en sus ojos, pero no había ninguna.

—Supongo que eres consciente de que tengo que contárselo —dijo.

Ella cerró los ojos y asintió.

—Claro. De todas formas, pensaba confesarlo. No quiero que este secreto se cierna como una sombra sobre mi vida. Las revistas llevan años pidiéndome que les conceda una entrevista, y varios editores me han ofrecido contratos para que escriba un libro. Creo que estoy preparada para hablar con franqueza de lo que ocurrió y también de lo que yo hice. Y que venga lo que venga que venir. Si he de pasar unos años en la cárcel, que así sea.

No serían años; ambos lo sabían.

—Archie es un buen abogado —dijo él—. Tu figura inspirará compasión. Es el tipo de caso que un fiscal del condado quiere quitarse de encima con el mínimo revuelo posible. El público no querrá verte en la cárcel, hicieras lo que hicieras. Si llega a juicio, el veredicto del jurado será impredecible. Las pruebas también son un problema. No hay cuerpo, y la mayoría de los testigos han muerto. Es posible que acepten una confesión y te ofrezcan un trato por enajenación mental transitoria. Y que después te dejen cumplir condena en una institución psiquiátrica en lugar de encarcelarte.

—¿Lo crees de verdad? —preguntó ella.

—Opino que la mayoría de la gente creerá que alguien que pasó por semejante experiencia sería incapaz de distinguir entre el bien y el mal —repuso Stride.

Notó las cálidas manos que envolvían las suyas y añadió:

—¿Es eso lo que pasó?

Ella retiró las manos y cruzó los brazos por encima del pecho. Seguían estando cerca, a sólo unos centímetros.

—¿Qué quieres decir?

—No soy muy partidario de las explicaciones místicas —comentó él.

Kelli se encogió de hombros.

—Ya viste lo que sucedió en el granero.

—¿De verdad?

—¿Qué estás diciendo? ¿Crees que lo fingí?

—No tengo ni idea. No era yo quien estaba tendido en el suelo sabiendo lo que estaba a punto de ocurrir. No era yo quien estaba en el noviciado. Desde mi punto de vista, tienes todo tipo de razones para odiar a Jet Black, y también a Neal Gandy.

Stride se inclinó hacia los barrotos y continuó:

—Sin embargo, hay una diferencia entre la enajenación mental transitoria y la venganza deliberada. Si sabías exactamente lo que hacías, la historia cambia.

—¿Parecía saber lo que hacía?

—No.

Kelli le dio la espalda y, por un momento, no dijo nada. Luego giró sobre sus talones.

—Entonces ¿a qué vienen esas preguntas? ¿Por qué dudas?

—Porque hay pequeños detalles que no encajan —dijo Stride.

—¿Cómo qué?

—Como tu huida del noviciado —explicó él—. Lo siento, Kelli. Dios no deja caer argamasa del techo para romper unos grilletes. Y el diablo, tampoco.

Ella vaciló.

—Te dije que hubo una tormenta y cayó un rayo. No tienes por qué creer que tuviera un sentido religioso. En cualquier caso, como has dicho, no eras tú quien estaba allí.

Stride se metió las manos en los bolsillos.

—No, no hubo ninguna tormenta, Kelli. Es el argumento perfecto para elaborar una historia dramática, pero no deberías utilizar hechos que cualquiera puede comprobar. Consulté los registros meteorológicos en la biblioteca. Esa semana no hubo ninguna tormenta en la zona.

Ella lo miró y Stride se preguntó si nunca se había planteado la posibilidad de que él comprobara su historia. De que no se limitara a asumir que le estaba contando la verdad.

—Bueno, yo recuerdo una tormenta —insistió Kelli—. Puede que los registros sean erróneos. O quién sabe, quizá sufrí una alucinación. Estaba desquiciada. ¿Y vas a culparme por eso? Me encontraba en un edificio en ruinas que se cae a pedazos. Tal vez la argamasa se desprendiera del techo y tuve la suerte de que cayera donde cayó. Quizá soñé la tormenta.

—Es una posibilidad —reconoció él.

—¿Y cuál es la otra?

—Que recibieras ayuda.

Una sombra de ira cruzó sus ojos negros.

—¿Que me ayudaron? Me pasé una semana rezándole a Dios para que me socorriera y no hizo nada. Nadie acudió en mi ayuda.

—No intento minimizar lo que te hicieron, en absoluto. Mi corazón está contigo. Es sólo que no creo que un milagro te liberara: lo hizo un ser humano. Creo que alguien te encontró en el noviciado antes de que Percy llegara.

—¿Y crees que Mike Black me rescató? Porque no es cierto.

—¿Mike? No. Me lo planteé, pero era sólo un niño.

—Entonces ¿quién?

—Creo que Mike le explicó a su madre lo que había visto. Era un secreto terrible y fue incapaz de guardarlo, así que se lo contó a Ginnie. Creo que fue a buscarte, y que fue ella quien te liberó.

Kelli permaneció en silencio. Abrió la boca para protestar, pero volvió a cerrarla.

—Ginnie fue muy elocuente respecto a lo que Mike vio hacer a Jet —continuó Stride—. Yo la creía hasta que empezó a hablar del último día y de cómo había muerto Jet. Entonces se le trabó la lengua y tuve la sensación de que estaba inventando una historia. Los detalles sonaban falsos, ¿sabes? Creo que Mike le contó lo que había visto antes de que Jet muriera, no después. Creo que Ginnie Black fue a buscarte al noviciado y te ayudó a escapar. Y creo que las dos mujeres que tanto habían sufrido a manos de Jet Black decidieron que por fin tenían a su alcance el modo de acabar con él de una vez por todas. ¿Cómo lo formulaste? «Le devolví todo el dolor que me había infligido».

Kelli se sentó en el somier y los muelles rechinaron.

—Guau.

—Claro que es más sencillo vender la historia de una mujer que se vuelve loca y que obra poseída por el diablo que la de dos mujeres que elaboran un plan frío y calculado para cobrarse su venganza con un asesinato. Supusisteis que podríais libraros, siempre que tú mantuvieras que estabas sola en las ruinas. De todos modos, no fue necesario que dijeras nada. Percy se encargó de todo. Tom y él hicieron que aquello desapareciera.

—¿De verdad crees lo que estás diciendo? —preguntó ella—. ¿De verdad crees que eso fue lo que pasó?

Stride no respondió enseguida. Llevaba todo el día haciéndose la misma pregunta.

—Creo que eres una mujer muy persuasiva, Kelli. Y no confío mucho en la alternativa.

—¿Que es...?

—Que el diablo te obligó a hacerlo —repuso él.

Kelli no pudo evitarlo. Stride vio la sombra de una sonrisa jugar en sus labios, una sonrisa que apareció y desapareció en un parpadeo. Una sonrisa secreta. Una broma particular. Bastó para convencerlo de que se encontraba ante una actriz de gran talento. Una mujer que había engañado no a uno sino a dos policías veteranos en su corta vida. Él incluido. Una actriz. Víctima. Asesina. Y en absoluto loca.

¿Quién iba a decirlo?

—Entonces ¿le contarás todo esto al *sheriff* Weik? —preguntó ella—. Sabes que nunca podrás demostrarlo. Ginnie lo negará y Mike no dirá una sola palabra en contra de su madre.

Stride se encogió de hombros.

—Éste no es mi caso ni mi pueblo. Pero estás en lo cierto: las sospechas no son pruebas. Además, no creo que me halle en posición de juzgarte. Ni a ti, ni a Ginnie Black. He visto qué pueden hacer los hombres como Jet Black, y las mujeres que acuden a la policía a menudo no reciben ninguna ayuda. Los maltratadores terminan en la calle y las víctimas terminan muertas.

—En eso tienes razón —convino Kelli con fiereza.

Stride se subió la cremallera de la cazadora de cuero y le hizo un gesto con la cabeza.

—Regreso a mi casa. Buena suerte, Kelli. Recuerda que la parte difícil no es lo que haces, sino vivir con lo que has hecho.

Ella se puso en pie y corrió hacia la puerta de la celda antes de que él se marchara. Sacó la mano entre los barrotes y lo agarró del brazo. En su cara había una expresión de curiosidad.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Adelante.

—Si no me creías, ¿por qué me ayudaste? Podrías haberte largado sin más.

Stride había oído antes esa misma pregunta. La gente de su círculo íntimo llevaba años preguntándose por qué hacía lo que hacía: Cindy, Maggie, Serena. Se había esforzado por encontrar una explicación, pero sólo había una que tuviera sentido.

—Porque necesitabas ayuda —contestó.

Richard permaneció de pie en el camino de entrada mientras su sobrino cargaba el Expedition.

—Es tarde —dijo—. Llegarás a Duluth a medianoche. ¿Por qué no te quedas y te marchas por la mañana?

Stride negó con la cabeza.

—No, tengo que irme. Voy con retraso.

—Testarudo —dijo Richard—. Como tu madre.

—Y como su hermano —replicó él.

Stride cerró la puerta trasera del todoterreno de un portazo. Su tío rio en silencio, avanzó por la nieve y rodeó a su sobrino con los brazos. Esta vez no hubo apretón de manos. Stride le devolvió el abrazo. Cuando se separaron bajo la luz del porche, le sorprendió ver los ojos de su tío brillantes de lágrimas. Aún le sorprendió más darse cuenta de que él mismo luchaba por reprimirlas.

—¿Cuándo te veré? —preguntó Richard.

Stride abrió la puerta del conductor, listo para marcharse a casa.

—Si el caso llega a juicio, tendré que volver.

—Somos la única familia que nos queda, Jon. Creo que podríamos hacer las cosas mejor.

Stride pensó en su madre en el cementerio. En su padre en el lago. En Cindy.

Gente que se había marchado antes que él y que lo había dejado solo.

—Creo que en eso tienes razón —admitió.

—Ven el día de Acción de Gracias.

—Puede que lo haga.

Y supo que lo haría.

—Y tráete también a esa belleza morena —añadió Richard—. Soy un hombre mayor; me sienta bien ver a mujeres como Serena.

—Bueno, yo no contaría con ello —repuso Stride.

Richard puso una mano sobre el hombro de su sobrino.

—Escúchame. No estoy seguro de que puedas enmendar los errores del pasado; la mayoría de nosotros ni siquiera tenemos esa opción. El hecho es que la mayoría ni siquiera lo intentamos. Si alguna vez se cruza en tu camino, no la dejes escapar, ¿vale, Jon?

Stride no dijo nada, pero tampoco hacía falta. Sonrió y salió marcha atrás.

Richard lo saludó con la mano mientras él se dirigía hacia el río Wolf y las calles de Shawano. Al cabo de cinco minutos, se hallaba de vuelta en la autopista 29, poniendo fin al trayecto que había comenzado días atrás. Apenas era consciente de los kilómetros que desaparecían bajo sus neumáticos y las horas que pasaban. No había tráfico, tan sólo la amenaza de que se le cruzara algún ciervo, pero podía asumirla. Era tarde, estaba cansado, listo para llegar a casa. No hizo ninguna parada. Cuando cruzó el puente Superior que llevaba a la ciudad de Duluth, su todoterreno estaba en las últimas.

Había llegado a casa.

Eran las dos de la madrugada. Las calles estaban vacías y la nieve volvía a caer, dándole la bienvenida. Bajó por la estrecha franja de tierra que sobresalía entre el lago Superior y el puerto.

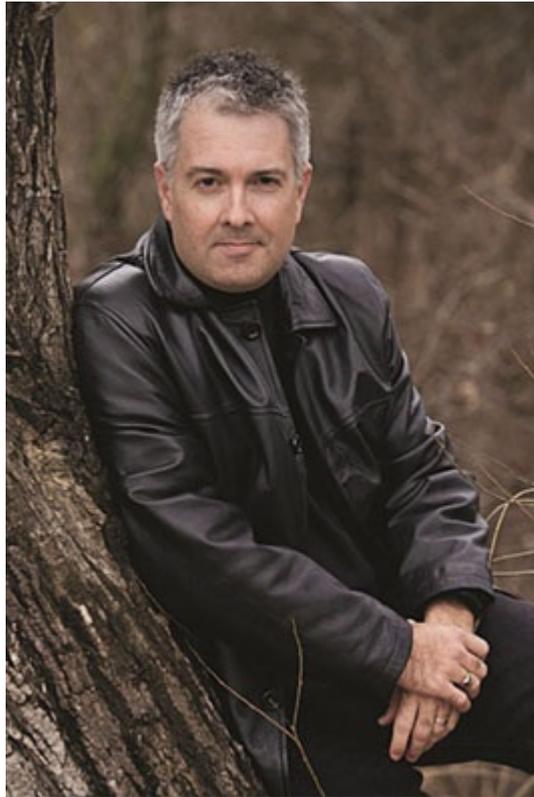
The Point. Había vivido allí con Cindy. Había vivido allí con Serena. La casa estaría vacía y fría cuando llegara, pero lo único que deseaba era escuchar las olas del lago por encima de las dunas y dormir el sueño de los justos. No tenía que velar por nadie.

Las ventanas oscuras de su casa lo reclamaban. El lago rugía y aullaba. Bajó del todoterreno; Shawano parecía hallarse muy lejos.

Lo único que quería era dormir, pero no dormiría. No esa noche. Lo supo enseguida.

Había pisadas sobre la nieve del jardín.

Jonathan Stride sabía que no estaba solo.



BRIAN FREEMAN. Nació en Chicago en 1963 y creció en San Mateo, California, antes de mudarse a Minnesota. Empezó a escribir su primera novela cuando estaba en sexto curso, y todavía recuerda esa primera incursión en la literatura. Como fuentes, cita dos un tanto insólitas: su abuela y una profesora de secundaria. Cursó estudios en Lengua Inglesa, lo que le facilitó el acceso a la colaboración en revistas literarias como *Mystic Fiction*, *Mind in Motion* y *Green's Magazine*. Su trabajo como director de *marketing* y relaciones públicas en la firma de abogados Faegre & Benson le acercó a los dramas de quienes se ven involucrados en asuntos criminales, experiencia que le ha sido de inestimable ayuda a la hora de crear sus argumentos.

El lanzamiento mundial de su carrera editorial a los cuarenta y un años supone para él la culminación de treinta años de fascinación por el *thriller*. *Inmoral* representa su debut en la escena literaria y ha suscitado un gran revuelo, ya que es la carta de presentación de un autor llamado a renovar el género del misterio y la intriga. Los detectives Jonathan Stride y Serena Dial también protagonizan su segunda novela, *Stripped*. Sus libros están a la venta en cuarenta y seis países y han sido traducidos a dieciséis idiomas.

Para más información sobre Brian Freeman: www.bfreemanbooks.com.

Notas

[1] El Señor es nuestro pastor, nada me faltará. (*N. de la T.*) <<

[2] *Teufel*. El diablo. <<

[3] En inglés, Dick es diminutivo de Richard y también significa *cretino*. (N. de la T.)

<<

[4] *Los tres pelos de oro del diablo.* (N. de la T.) <<

[5] El Bosque Negro. (*N. de la T.*) <<

[6] Yo también hablo alemán, señor Stride. (*N. de la T.*) <<